



*¿Te acuerdas de
McKenna?*

MARIA FERRER PAYERAS

¿Te acuerdas de McKenna?

Maria Ferrer Payeras

Julio 2019

Primera edición en formato digital: agosto 2019

Título Original: ¿Te acuerdas de McKenna?

©Maria Ferrer Payeras, 2019

Corrección: Érika Gael

Diseño de portada: Bàrbara Sansó

Maquetación: Olalla Pons

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Para los amigos que siguen ahí aun cuando estoy insoportable.

UNO

Me llamo Laura, tengo treinta años recién cumplidos y creo que he encontrado la solución a mis problemas. ¡Me he comprado algo que va a cambiar mi vida!

Estoy deseando llegar a casa y enseñárselo a las chicas.

Vivo en un piso bastante céntrico, en la zona del Obelisco, nuestro barrio de toda la vida. Yo sola no podría permitírmelo, claro, pero es de una de mis mejores amigas: Merce, y lo comparto con ella y con Claudia, mi otra mejor amiga.

—¡Chiquis, ya estoy en casa! —canturreo nada más entrar.

Paso a mi habitación, que está casi al lado de la entrada, y suelto mi bolso, me quito los zapatos y me voy derechita al baño que hay al fondo del pasillo. Ellas están sentadas en el salón, viendo una serie a la que se han enganchado, y ni me saludan cuando me ven correr como un rayo hacia el lavabo.

Es que mi madre me condicionó de pequeña: nada más entrar en casa, me obligaba a ir al baño tuviera ganas o no, y ahora, en cuanto pongo la llave en la cerradura, me meo, pero de verdad, ¡de tener que correr! Por eso Claudia y Merce ni se inmutan; ya están acostumbradas al numerito.

Cuando salgo del baño, mi nivel de confort ha subido un doscientos por cien. A la serie le faltan cinco minutos para acabar y no quiero molestarlas, así que me dirijo a la cocina y pongo la cafetera. Hay dos cosas que nunca faltan en esta casa: café y pipas. Sí, ya sé que la combinación suena rara, pero sobre gustos no hay nada escrito, ¿no?

En cuanto la telenovela termina, vienen las dos hacia la cocina suspirando por el protagonista, aunque por distintas razones.

—Es que no me explico que un tío como ese, que tiene más de un polvo y medio, pueda hacer series tan cutres. Que yo solo la sigo para verlo a él, ¿eh?, ¡que la trama es ñoña de narices! —La voz de Merce la precede por el pasillo.

—No es una trama ñoña, para nada, es *superromántica*, y espero que algún día te enamores tanto como los dos protagonistas para poder hacerte tragar esas palabras y reírme de ti hasta el infinito y más allá. —Claudia es más de mi estilo, estamos enamoradas del amor, aunque en ese aspecto ella ha triunfado y yo, no.

En el físico, no podemos ser más diferentes. Mientras que Claudia es

rubia, con el pelo liso hasta los hombros, bajita y algo regordeta, Merce es morena, con el pelo a lo afro, más larga que un día sin pan. Y yo, para ser la tercera en discordia, soy castaña y tengo el pelo de rata. Sí, de ese que ni es liso ni rizado, difícil de peinar y que nunca queda bien del todo. En cuanto a la silueta, bueno, estoy en la media. No soy una chica pagada de sí misma, aunque no me desagrada mi físico; excepto los pechos, que me tienen acomplejada (pero eso es por algo que sucedió en el instituto y que ahora no me apetece contar). Lo que más me gusta de mí son mis pecas; tengo millones de ellas, siempre me han encantado. Supongo que mi madre se encargó desde muy pronto de alabarlas para que no me desagradara tenerlas.

—¡Ya está el café! —las interrumpo para que dejen el sonsonete que montan cada día a estas horas, justo cuando salen los créditos de la dichosa telenovela.

—A ti te encantaría, Laura. Es de esas de amor amor, pero verla con esta desabrida le quita todo el encanto —me dice Claudia nada más entrar en la cocina.

Merce le gruñe, enseñándole levemente los dientes mientras se acerca a mí y coge la taza de mis manos. Nunca le pone azúcar al café; siempre espera a que Claudia o yo lo hagamos y después, nos lo roba.

—¿Dónde estabas? —me pregunta Claudia—. Me ha extrañado no encontrarte aquí cuando he llegado.

—He ido a comer con Berta, del trabajo. Me ha acompañado a comprar una cosa que, en cuanto la veáis, os va a volver locas. —Bajo el tono y con la boca pequeña añado—: Y porque no me apetecían las lentejas.

—Nunca comes legumbres, Laura, y son muy necesarias.

—¡Ya salió la enfermera! —le digo a Claudia, aunque sin reproche. Yo sé que lo hace por mi salud, pero es que no me gustan las lentejas; se me hacen una bola en la boca y después no hay manera de pasar esa pasta garganta abajo.

—¿Qué es eso que has comprado? —pregunta Merce enfilando el pasillo en dirección a mi cuarto.

Claudia y yo salimos tras ella, y cuando entramos en la habitación, ya ha esparcido la mitad del contenido de mi bolso por la cama.

—Está ahí, en esa bolsa de papel.

Merce es una cotilla; luego no le gusta que hablen de ella a sus espaldas, pero siempre tiene que estar al tanto de todo.

—¿Qué es esto?

—¿Es un calendario?

Sí. Es un calendario de sobremesa, de esos que antes se veían en los despachos, con páginas finitas y unas anillas para ir pasando cada día. ¿Sabéis a cuáles me refiero? ¿Sí? Pues es supermono y me he enamorado de él. Pero no parece que a mis amigas las haya impresionado ni lo más mínimo.

—Lo interesante no es que sea un calendario, es que cada día tiene una frase motivadora. —El término «autoayuda» no me gusta nada de nada: si necesito ayuda, no voy a pedírmela a mí misma, ¿no estáis de acuerdo?—. Pienso seguir sus indicaciones a pies juntillas.

—¿Qué quiere decir que seguirás sus indicaciones? Laura, aquí solo hay frases de «superación» —me dice Merce en tono de reproche mientras pasa las hojas hacia delante y hacia atrás sin ninguna delicadeza.

—¿Qué tendrá de malo la motivación?, ¡dime!

—Vale, no es mala, lo que quiero saber es qué te ha hecho pensar que esto es un libro de instrucciones de la vida. A ver.

—Ha sido Berta —digo, de nuevo con la boca pequeña, porque sé que no le va a gustar nada.

—¡Otra vez dejándote influenciar por esa loca!

—No está loca, solo vive la vida de otra manera Y, excepto en su faceta esotérica, sois mucho más parecidas de lo que te imaginas.

Merce agacha la cabeza y me mira por encima de las gafas, que solo lleva en casa, por cierto. Ella es muy pragmática, por eso a todas estas cosas las califica de chorradas. ¡Y yo que creía que iban a alucinar con mi compra!

—No entiendo que no os guste —suelto frustrada—. Es preciosísimo y muy de mi estilo. Además, ¿no hay gente que lee su horóscopo y después actúa en consecuencia durante toda la semana? Pues, ¿por qué no puedo hacer yo lo mismo con una frase cargada de positivismo?

—Bueno, no está tan mal pensado —interviene Claudia, que se ve venir que nos vamos a enzarzar en una discusión—. En el fondo, un poco de enfoque positivo no le irá nada mal a Laura; hace un tiempo que tiene el ánimo por los suelos.

Merce resopla. Ella sabe por qué hace unos meses que me siento especialmente sensible, pero a Claudia no se lo he contado porque no quiero que piense que es la causante.

Vamos a ver, no es que mi amiga me haya hecho nada a mí, es que se casa; la semana que viene, para ser más exactos.

Yo estoy muy feliz por Claudia, la quiero como si fuera mi hermana;

más, porque si tuviera una hermana no conocería tantos secretos míos como ella, pero...

Lo que pasa es que yo pensaba que cuando llegara a los treinta ya habría dejado de ser interina, tendría una plaza fija, un piso que fuera mío y, por supuesto, marido e hijos. Esto último es culpa de mi madre. Cuando me tuvo, ya pasaba de los cuarenta y muchos, y sus ideas son, digamos, algo «anticuadas». Estaba locamente enamorada de mi padre y, como no tuvieron hijos hasta que yo llegué, cuando ya no lo esperaban, su relación era muy estrecha. Eran amigos, amantes y confidentes (eso que nos venden en las pelis y solo se da en uno de cada cinco matrimonios). Ese tipo de amor es lo que busco yo para mí. Un hombre al que querer, que me mire con adoración y que me ame más que a nada en el mundo.

Bueno, a decir verdad, lo de casarme tampoco me urgía hasta hace unos meses (vale, quizás la palabra no sea «urgir»). Pero es que la boda de Claudia va a ser tan bonita que me emocio cada vez que pienso en las cosas preciosísimas que hemos estado preparando. Aparte de su vestido, *madredelamorhermoso*. Tendríaís que verlo. No me atrevo a explicaros cómo es porque, solo de pensar en la cara que va a poner Félix —su novio—, con lo enamorado que está de ella, se me llenan los ojos de lágrimas. No, sé positivamente que no sería capaz de plasmar lo divino que es y lo requeteguapísima que está Claudia con él. Y eso que es de segunda mano. A ver, no es que lo haya comprado en una tienda de saldos, es que es el mismo que usó su hermana cuando se casó, hace dieciséis años. Nos invitó a Merce y a mí a su boda, y las tres quedamos prendadas de ese vestido para la eternidad (claro que solo teníamos catorce años, pero nos pareció perfecto y de lo más romántico; Claudia decidió, en ese mismo instante, que ella lo llevaría cuando se casara, y no ha habido nada que haya podido hacerla cambiar de opinión).

Con todo esto, lo único que os vengo a decir es que, desde que en enero Merce y yo empezamos a ayudarla con los preparativos de la boda, me entró la envidia cochina. Ya sabéis, por aquello de «culo veo, culo deseo».

Sí, ya sé que en lugar de quejarme tendría que estar dando gracias por trabajar en un sitio que me encanta, vivir con mis mejores amigas y tener una familia que me adora y me mimas. Pero todo el tema de la boda de Claudia me ha vuelto un poco paranoica, y me ha dado por pensar que me quedaré sola para siempre, rodeada de gatos y dando de comer a las palomas del parque.

Como mis amigas me siguen mirando con suspicacia, digo:

—Además, ya he empezado a ponerlo en práctica. La señora de la

tienda me miraba un poco mal cuando ha visto que estaba ojeando los libros y los calendarios; se ve que no le gusta que le toqueteen las cosas.

Merce resopla.

—¿A quién le gusta que vayan husmeando sin comprar?

—He estado a punto de recomendarle que se comprara uno ella también. —Sigo a lo mío sin hacerle caso—. A ver si le cambiaba la cara de amargada que tenía. Pero después he pensado en una de las frases que he leído al azar: «Antes de decir algo tienes que hacerte tres preguntas: ¿es cierto?, ¿es necesario? y ¿es algo amable?». Así que me he tenido que morder la lengua, porque aunque era cierto y necesario (si es que la señora quiere tener clientes), no era para nada amable.

Merce se tira de espaldas sobre mi cama, riendo, cuando acabo mi perorata.

—¿De qué te ríes?

—Me temo que hoy vas a hablar poco si tienes que hacerte esas tres preguntas cada vez que vayas a abrir la boca. ¡Con lo que a ti te gusta!

Claudia se echa a reír también, pero le da una patadita a Merce para que me deje tranquila mientras me acaricia la espalda. La voy a echar mucho de menos cuando se vaya la semana que viene.

Si tengo que ser sincera, Merce lleva razón en eso de que quien me ha metido en la cabeza la idea de las frases ha sido Berta. Mientras comíamos me ha dicho:

—Laura, esta tontería tuya de que has llegado a los treinta sin tener nada «propio» —ha entrecomillado la palabra con los dedos. ¿Por qué hará eso la gente? Una vez puede ser divertido, pero convertirlo en un tic... En fin...— tiene que acabarse. Eres una mujer joven, bonita, con clase, con estudios. Vamos, que no te falta de nada.

—Has olvidado decir que no tengo novio...

—Ni lo necesitas; no sabes lo bien que estás sola. Los hombres, por la mañana, lo único que hacen en la cama es molestar.

—Es lo mismo que le dice Merce a Claudia todo el tiempo cuando hablamos de su boda...

—Eso es lo que te sucede, Laurita, que Claudia se casa y te ha dado envidia.

—Hombre, gracias, hace un momento me tirabas piropos y ahora me insultas. Con amigas como tú...

—¡Ca, ca, ca! —Mi compañera siempre hace ruidos con la boca; son

muy chistosos, lástima que no podáis oírla—. ¿Sabes? Una prima mía me contó que alguien le había dicho que, en su trabajo, una chica había comprado un libro de autoayuda; antes de salir de su casa, escogía como mantra una frase del libro para repetírsela durante todo el día. Desde que lo hace, es mucho más feliz, porque siempre piensa en positivo. Yo creo que eso es lo único que te hace falta a ti.

Por eso he ido a cotillear a la tienda de papelería creativa que han abierto cerca de nuestro piso, y así he topado con esa maravilla que tiene Merce en las manos.

—Lo único que no sé es qué método seguir para elegir una frase cada día. Con lo insegura que soy, tardaré media hora en decidir cuál me conviene más.

Merce y Claudia se miran y niegan con la cabeza. No lo dicen en voz alta, pero están pensando: «Nena, lo tuyo no tiene remedio». ¡Si no las conociera tan bien!

—He llegado a la conclusión de que tengo varias opciones: una es seguir el orden cronológico del calendario; eso sería cómodo, pero ya estamos en junio, ¿qué hago con todas las frases que han quedado atrás?

—Nada, pasas de ellas y listo, como deberías hacer con todas las demás —me espeta Merce con la poca paciencia que le queda.

—La segunda sería abrir el calendario al azar cada mañana, pero si después no me gusta la frase, ya me veo intentándolo de nuevo, y otra vez, y otra, hasta que dé con una que me convenza.

Claudia, que es más comprensiva, ladea un poco la cabeza para asimilar la información que voy desgranando.

—La tercera, y que me parece la más factible, es que sea Merce quien la elija, porque, de las tres, ella es la más centrada y la que tiene más inteligencia emocional.

Merce pasa de tumbada a sentada en menos de un milisegundo.

—¡Soy la más centrada! ¿Lo has escuchado bien, Claudia? ¡La más centrada!

Claudia y yo negamos con los ojos en blanco.

DOS

Estoy segura de que la frase que Merce ha escogido hoy para mí no es más que una venganza por el tiempo que llevo quejándome de que no he encontrado a alguien que me ame como es debido.

La felicidad está dentro de uno, no al lado de alguien.

Y lo peor no ha sido la frasecita, sino el sermón que la ha acompañado:

—¿No te bastó la experiencia que viviste con Jose? Parece mentira que después del calvario que te hizo pasar ese capullo sigas creyendo en el amor. Claudia y tú no sois más que unas ilusas.

—Merce, no seas tan cínica. Además, eso es el pasado; no significa que todos los hombres con los que me encuentre en mi vida vayan a ser tan gilipollas como él.

—No añadiré nada más, pero ya sabes lo que siempre te digo: «Más vale sola que mal acompañada». Y no creo que ese Enrique con el que tonteeas en el trabajo sea mejor que él.

—Lo tendré en cuenta —le contesto con un gruñido—. Pero que conste que, de las dos, la loca de los gatos tienes que ser tú, que llevas pregonando que los hombres son como los clínex desde que empezamos el instituto.

Ella asiente con la cabeza mientras agita la mano, quitándole importancia al asunto.

Trabajo en La Misericordia, un espacio cultural en pleno centro de Palma. Cuando se construyó el edificio, a finales del mil seiscientos, era un asilo de beneficencia para mujeres, pero hoy alberga la sede de la Conselleria de Cultura. Es una construcción que me encanta, y que acoge también el Archivo de Sonido y de la Imagen, la Biblioteca de Cultura Artesana y la Biblioteca Lluís Alemany. Yo me encargo de las actividades de fomento de la lectura en esta última. Planifico eventos para niños y adultos. Me lo paso pipa, no cambiaría esa labor por nada del mundo. Lo peor es que aún no me he sacado la plaza; tampoco es que haya tenido oportunidad, no se han convocado oposiciones desde hace un montón de tiempo.

Tengo un horario que me gusta y no tardo más que diez minutos si voy a pie desde casa. ¿Se puede pedir más?

Aunque hoy el sol empieza a picar, voy contenta por la calle,

reflexionando sobre la frase del día: *La felicidad está dentro de uno, no al lado de alguien.*

Hace unas semanas que uno de los bibliotecarios del turno de mañana me está haciendo ojitos, y el chico es mono, pero no es mi tipo. Merce se equivoca al pensar que me gusta. Tiene un hándicap importante: no es pelirrojo.

Me pirran los pelirrojos, es superior a mis fuerzas; los ojos se me van detrás de todos y cada uno de los que veo por la calle, que no son muchos, todo sea dicho. Así que: ¿me hace ilusión que un chico del trabajo suspire cuando me ve y me sonría de forma encantadora? La que diga que eso no le haría ilusión miente como una bellaca. ¿Puede que suceda algo entre nosotros? Lo veo improbable. Es cierto que he estado hablando bastante de él, pero no me gusta más allá de lo que me remueve las entrañas este coqueteo inocente. Además, pensando en la máxima de hoy, juntarme con alguien como él sería un error.

Llego a la sala común y lo primero que hago es poner la cafetera; es la parte que más me gusta de todo el proceso de beber café. El olor a grano molido llena mis fosas nasales en cuanto abro la bolsa; creo que solo por eso ya merece la pena prepararlo yo misma. En el momento en que el oscuro líquido empieza a brotar por el pitorro central (ni idea de cómo debe llamarse eso de forma correcta), los compañeros aparecen por nuestro pequeño cubículo como las moscas atraídas por el azúcar.

Enrique me sonríe desde la puerta y yo me preparo para hablar con él seriamente. Tengo que buscar la felicidad por mí misma, me repito una última vez.

Ahí viene. Se lo diré, seguro que se lo diré.

—Hola, preciosa. ¿Cómo estás hoy? —me pregunta en cuanto se acerca. Su mirada tierna me acaricia y me calienta el corazón, pero tengo que acabar con esto.

—Muy bien, Enrique. Esto... creo que deberíamos hablar.

Él eleva las cejas mientras vierte café en uno de los vasos. Cuando ha terminado, tiro de su manga. Quiero que me siga, para alejarnos un poco de los demás y poder hablar con tranquilidad. Me lo llevo aparte, a la escalera.

—Enrique —empiezo—, me halaga mucho que te sientas atraído por mí, pero yo no siento lo mismo. Si propiciara una relación entre nosotros, sería para no estar sola, y eso ni es sano ni es justo para ninguno de los dos.

Él enrojece hasta la raíz de los cabellos, y la verdad es que siento

haberle hecho daño, ¡es tan mono! Pero esto tenía que acabar. Me felicito por lo diplomática que he sido.

—Esto... —balbucea Enrique.

—No hace falta que digas nada, lo único que pretendo es que tu enamoramiento no vaya a más —lo interrumpo—. Nosotros, como pareja —digo mientras nos señalo a uno y a otro alternativamente—, no somos viables.

Él aprieta los labios con fuerza y yo decido rematar la faena.

—La felicidad está dentro de uno, no al lado de alguien.

Me coloca los dedos de una mano encima de los labios para hacerme callar. Huelen a café y a libros. ¡Ay! Qué combinación más maravillosa. ¿Estoy segura de querer perderme esto?

—Mira, Laura, yo... Es cierto que siento algo por ti.

Abro la boca para intervenir, pero él vuelve a acallarme.

—Me gustas mucho, ¡me encantas! Pero creo que has malinterpretado las señales. No estoy enamorado de ti. Tengo pareja, se llama Pedro.

«¿Perdona?, ¿pero qué me estás contando? ¿Y todos los besos que me has tirado?, ¿y las miradas tiernas?, ¿los suspiros? ¿No eran para mí, entonces?». Mi cerebro va a mil por hora. Mi labio superior tiembla debido a la tensión; abro la boca varias veces para contestar, pero tengo la garganta comprimida. Parezco un pez fuera del agua.

Me doy la vuelta y salgo corriendo escaleras abajo. Enrique me sigue y me agarra por un brazo.

—¡No pasa nada! —me dice mirándome con sus, ahora lo sé, perennes ojos tiernos—. No es la primera vez que me sucede. No tienes nada de qué avergonzarte.

Sigo con la cabeza gacha y sin poder articular ni media palabra, ¡estoy tan abochornada!

—Tienes razón en eso de que la felicidad está dentro de uno. Esto que ha ocurrido —me dice con dulzura— es una anécdota que contaremos una y otra vez a nuestros amigos. Porque seguimos siendo amigos, ¿verdad?

Solo soy capaz de asentir, no despego los labios. «Sí que estoy desesperada si he interpretado tan mal las señales».

—¡Venga! Volvamos arriba. Los demás se estarán preguntando qué maquinamos los dos solos en la escalera.

Llego a casa sobre las siete —hoy tenía jornada doble— y encuentro a Félix y a Claudia volcados sobre un plano lleno de grandes círculos que han colocado

en la mesa del comedor. Merce está repantigada en el sofá comiendo pipas.

—¿Qué tal te ha ido con la frase de hoy? —me pregunta jocosa—. ¿Has podido aplicarla?

Convierto mis ojos en dos rendijas y le contesto enfadada:

—¿Qué hay de lo que te dijo Claudia el otro día de que si sigues comiendo pipas en esa posición te vas a ahogar?

—¡Uy, uy, uy! Presumo que no te ha ido demasiado bien.

Félix y Claudia dejan de hacer lo que sea que estuvieran haciendo para mirarme.

—No, no me ha ido bien, pero no ha sido culpa de la frase. Ha sido culpa mía, que soy una puñetera idiota, engreída, ilusa...

Por el rabillo del ojo veo como Félix le da un beso rápido en los labios a su novia y huye hacia el pasillo.

—Tendréis cosas de las que hablar —oigo que balbucea mientras se marcha.

—¡Vuelve aquí, cobarde! —lo insta Claudia, pero el portazo retumba por toda la estancia. El piso no es demasiado grande, todo está cerca. ¿Qué queréis que os diga?

Merce se sienta y da unas palmaditas al sofá para que me coloque junto a ella. Claudia se acomoda al otro lado y me cogen una mano cada una.

—¿Qué ha pasado?

TRES

Después de que mis amigas hayan escuchado la situación —nada divertida— que me ha llevado a flagelarme mentalmente durante todo el día, las veo agachar la cabeza sin poder evitar reírse; aunque quieran disimularlo, no son capaces. Y al cabo de dos minutos, están retorciéndose de la risa en el sofá y en los ojos de las tres empiezan a asomar las lágrimas, aunque las mías no son de diversión como las suyas.

—Vamos, tontina, no llores —me dice Claudia mientras me seca una lágrima con el dorso de uno de sus dedos—. No me negarás que la situación es cómica.

—No es nada cómica, Claudia —me quejo—; ya me gustaría verte a ti en mi lugar. No he podido mirar a Enrique a la cara durante el resto del día. Es más, cada vez que lo he visto, lo he rehuido. Voy a tener que cambiar de trabajo, ¡con lo que me gusta este!

—Anda, no seas boba —me riñe Merce—. En dos días lo habrás olvidado. En menos; en cuanto oigas la noticia que te tiene reservada Claudia, se te va a pasar «ese» cabreo de golpe.

Así que por eso se ha largado Félix como alma que lleva el diablo, me digo. Ya me parecía raro que no se hubiese quedado a escuchar el cotilleo, ¡no es chismoso ni nada el tío!

Veo que Claudia le da a Merce una patada que intenta ser disimulada. Así que me vuelvo hacia ella y la interrogo con los ojos.

—Verás... —carraspea. Soy consciente de que lo que tiene que contarme no me va a gustar.

—Si crees que lo que vas a decirme es realmente malo, mejor espera a mañana, porque por hoy ya he tenido suficiente —la interrumpo.

Merce se ha echado a reír y noto como la ansiedad de Claudia sube de forma exponencial. Claudia es de esas personas que siempre temen molestar a los demás con sus actos, y muchas veces les da importancia a cosas que no la tienen; aunque me da en la nariz que hoy no es uno de esos días. Y que, encima, Merce esté metiendo cizaña de la manera en que lo hace no augura nada bueno.

Claudia se retuerce las manos y maldice en silencio. ¡Oh, oh! Esto va a ser feo de narices. Lo veo venir.

—Pues ya, si eso, te lo cuento mañana, ¿vale?

—O mejor espera al día de la boda y que se entere en directo — ironiza Merce. No sabe estar con la boca cerrada, pero no es mala, solo un poco... *rompequinotos*, como dice una amiga suya que es argentina; vamos, lo que viene siendo una tocacojones de toda la vida.

—¡Ahora, por tu culpa, ya no voy a poder dormir, la duda me va a mantener despierta toda la noche si Claudia no me cuenta lo que sea! —Esta vez soy yo quien le propina una patada a Merce, que se queja de que le he dado en el tobillo y le he hecho mucho daño, ¡menuda exagerada!—. Será mejor que me expliques eso tan malo, sea lo que sea. Si no, esta no parará de darnos por saco a ti y a mí hasta mañana.

Claudia me mira como si yo fuera el único superviviente de un naufragio y ella tuviera que darme la noticia. Me estoy poniendo de los nervios. Como no lo suelte ya, esta noche voy a tener que cenar chocolate: para calmar la ansiedad, por eso de que ayuda a producir endorfinas, ¡no me digáis que no lo habéis hecho alguna vez!

—¡Dilo, mujer, seguro que no es tan malo! —la insto con voz temblorosa.

—¡Que no, dice! —Merce se está partiendo de la risa de nuevo, claro.

—¿Tú te acuerdas... te acuerdas... —empieza con voz todavía más entrecortada que la mía— te acuerdas de McKenna?

Myles McKenna es el culpable de mi obsesión por los pelirrojos. Me enamoré perdidamente de él cuando cursábamos cuarto de la ESO.

Se hace la oscuridad en mi mente y me veo catapultada al pasado en milésimas de segundo.

Estamos en el instituto, Claudia, Merce y yo; es el primer día de clase de cuarto y, como os podéis imaginar, la idea de que acabe el verano y comiencen las clases no me emociona especialmente. Llevo aparatos y un corte de pelo que no me favorece nada. De repente entra en mi campo de visión el chico más guapo que he visto en mi vida: es pelirrojo y tiene casi tantas pecas como yo, pero no lo afean nada (¿o será porque me gustan las mías por lo que también me gustan las de él?). Es alto, muy alto, sobresale al menos una cabeza entre todos los demás. Y cuando pasa por nuestro lado, se para unos segundos, me mira y me sonríe.

Puedo morir ahora mismo de felicidad: mi estómago, mi pecho y mis cuatro extremidades están repletos de mariposas o, para el caso, puede que sean *leprechauns*, porque me apostaría algo a que ese adolescente que acaba

de hechizarme con solo una sonrisa no es mallorquín.

—¿Quién es ese chico tan guapísimo? —pregunto a mis amigas con el corazón en la garganta.

—¿Cuál? —dicen al unísono mientras miran a un lado y a otro.

—¿Cómo que cuál? Ese, ese —señalo con la barbilla en su dirección—, ¿no lo habéis visto?

Ellas escrutan cada centímetro del patio intentando localizarlo; al cabo de nada, se vuelven de nuevo hacia mí elevando los hombros y negando con la cabeza las dos al mismo tiempo.

—¡El pelirrojo! ¿Estáis ciegas?

—¿McKenna? —me pregunta Merce con un gesto de extrañeza en la cara.

—¿Cómo va a ser McKenna ese adonis? El alto, joder, el altísimo y pelirrojo. ¿Hacia dónde has mirado?

—Es McKenna —confirma Claudia con una mueca parecida a la de Merce—. Habrá dado el estirón este verano, pero sigue igual de feúcho que cuando íbamos a primaria.

—¿Feúcho? No lo has mirado bien. Está buenísimo, tías. Me lo pido para mí, para siempre.

—¡Todo tuyo! No me gusta nada, pero nada de nada —exclama Claudia—. Y ni se te ocurra involucrarnos con sus amigos, que son todos unos frikis.

—*Seep* —le da la razón Merce con cara de hastío.

Vuelvo en mí. Estoy en el salón de nuestro piso de nuevo; Claudia y Merce me miran como si hubiera perdido un tornillo. Empiezo a abanicarme con la mano al tiempo que me revuelvo en el sofá sin saber cómo ponerme.

—Claro que me acuerdo de McKenna. —Él es también la fuente de todas mis inseguridades—. ¿Qué te hace pensar que he podido olvidarlo?

—La verdad es que hace tanto que no hablas de él... —dice Claudia muy flojito.

—Bueno, porque ya no estoy resentida —contesto con una voz donde el rencor es palpable.

Las dos arquean las cejas de forma interrogante.

—¿Qué? —me defiende—. ¡Como si no supierais lo mal que lo pasé por su culpa! ¡Me dejó plantada! ¡Acaso no os acordáis?

—Teníamos diecisiete años, mujer, ¡anda que no ha llovido! —Me doy

cuenta de que Claudia pretende defenderlo. ¡Pues claro que lo hará! Su novio es uno de los frikis con quienes no quería involucrarse hace trece años.

La amenazo con los ojos entrecerrados y la peor cara de cabreo que le he dirigido en mucho tiempo.

—¿Así que va a venir a tu boda? Claro, tenías que liarte con uno de sus mejores amigos. Esto me pasa por no haber dejado de hablarte cuando te enredaste con Félix.

—¡Si precisamente eras tú la más interesada en que me enrollara con él para que pudiera interrogarlo acerca de McKenna!

—¿Pero qué dices? Yo no he dicho nunca tal cosa.

—Sí, en el *pub* ese donde nos los encontramos a él y a JC. Dijiste al menos veinte veces: «Félix te pone ojitos como en el instituto; anda, sé buena y enróllate con él y así le puedes preguntar qué ha sido de Myles» —recuerda, haciendo una triste imitación de mi voz de borracha.

—¡Te lo estás inventando! ¿Serás...?

—No se lo inventa, chiqui. Estabas como una cuba y no paraste de repetirle esas palabras hasta que la pobre, harta de oírte, fue a hablar con Félix. Y de esos polvos (nunca mejor dicho), estos lodos. ¡Que estamos a las puertas de su boda por tu culpa!

Las miro a ambas con los ojos saliéndoseme de las órbitas. Sí, en los dos años que llevan juntos Claudia y Félix, me he cuidado muy mucho de no mencionar a Myles McKenna, pero ¿por qué no me han contado todo esto antes?

Merce y Claudia intercambian información de forma telepática (como otros muchos grupos de amigas, sabemos hacerlo, y normalmente una de las tres se queda fuera de la conversación; hoy me ha tocado a mí).

—¿Qué pasa? —inquiero—. Sé que estáis hablando mentalmente de mí, así que parad de hacerlo y compartid lo que sea conmigo.

Ambas asienten al mismo tiempo y Claudia empieza a hablar:

—Esa noche, en el *pub*, cuando te conté que Myles se había instalado definitivamente en Escocia, y que se acababa de casar, montaste un pollo impresionante. Te echaste a llorar y a decir que McKenna era el hombre de tu vida y que desde que te había dejado todo te había salido mal en el amor.

Mi pasmo crece de forma desmesurada y empiezo a enrojecer al imaginarme la situación. Noto como me voy haciendo pequeña y desearía que me tragara la tierra. Pero estoy segura de que eso no va a suceder. ¡Con la de veces que se lo he pedido al cosmos y nunca me lo ha concedido!

—Félix y JC tuvieron que acompañarnos hasta aquí y ayudarnos a meterte en la cama. Fue un *show*.

Me tapo la cara con ambas manos. Con razón JC me mira siempre con lástima y Félix ha huido esta noche.

—A la mañana siguiente te comportaste como si no hubiera pasado nada y nosotras no quisimos hurgar en la herida, por eso nunca más hemos sacado el tema, porque creíamos que disimulabas y que no querías hablar de ello.

—¡No te culpo! —Merce pone una mano en mi rodilla—. Yo haría lo mismo.

—Pero es que no estoy ocultándoos nada, chicas, os juro que no me acuerdo de ese rollo patatero que me estáis contando.

Nos quedamos las tres en silencio durante un rato.

—Y... y... y ¿va a venir con su mujer? —me atrevo a preguntar finalmente.

—No, se separaron hace cosa de un año.

Claudia se está revelando como una total desconocida para mí, ¿cómo ha podido ocultarme toda esta información? Ella lee la pregunta en mis ojos y se apresura a contestar:

—No me atrevía a mencionártelo. Hace casi seis meses que ha vuelto a Palma. Me extraña que no te lo hayas encontrado por la calle, porque vive en casa de su madre.

Empiezo a hiperventilar. No me hace falta pensar dónde debe de ser eso; sé perfectamente dónde vive la madre de McKenna. A pocas manzanas de casa. Si monté un espectáculo tan paupérrimo como estas insinúan, sus amigos tardarían menos que nada en irle con el cuento a Myles. Por Dios, ¿cómo voy a enfrentarme a él y a su mirada socarrona, que tengo grabada en las retinas desde hace tanto tiempo?

Merce ha dejado de reírse. Se da cuenta de que no estoy para chistes.

—Aún hay algo más.

—¿Más? ¿En serio?

—Myles es el padrino de bodas de Félix —sentencia, mirándome con cara de arrepentimiento. Percibe que estoy al borde de las lágrimas y no quiere provocar mi derrumbe—. Durante el banquete va a sentarse a la misma mesa que nosotras.

Me vuelvo hacia Claudia, que tiene la cabeza gacha.

—Es lo que estábamos mirando con Félix cuando has entrado; no

podemos poneros en ninguna otra mesa ni a ti ni a él. Necesito que me ayudes en esto, Laura, todo lo demás ya es suficientemente complicado. Por favor, ¿lo harás por mí?

Menuda chantajista emocional.

CUATRO

Ceno un par de galletas y un trozo de queso, por poner algo en mi estómago, porque no tengo hambre. Un puño de hierro me cierra el esófago. Por supuesto que le he dicho a Claudia que me sentaré a la misma mesa que McKenna, JC y algunos otros compañeros que hemos recuperado de nuestra época del instituto desde que ella sale con Félix. Sabe qué teclas tocar para hacerme ceder. Y no será tan malo: tendré a Merce a mi lado (y a ella también le repatean los higadillos algunos de los invitados que compartirán mesa con nosotras); el mal compartido es más fácil de sobrellevar, ¡o como quiera que sea el dicho!

Me meto en mi habitación con la excusa de que quiero leer un rato, pero lo que en realidad deseo es quedarme sola. Tengo que pensar en cómo afrontaré esta situación.

Seguro que os parezco una exagerada. Estamos hablando de un chico del que me enamoré con dieciséis años y al que no veo desde hace, al menos, trece. ¿Por qué tengo que ponerme tan intensa? Cualquiera en mi misma situación ya habría pasado página, ¿no? ¡Qué cojones! Si hasta he superado lo de Jose, y eso que viví con él dos años antes de que pusiéramos fin a lo nuestro.

No consigo concentrarme lo suficiente para hacer mis ejercicios de *mindfulness*. ¿Conocéis la técnica de la atención plena? Si no es así, os la recomiendo: ayuda mucho a centrarse en el aquí y el ahora, aunque esta noche yo sea incapaz de realizar unas simples meditaciones rutinarias. Me rindo al cabo de media hora y me meto en la cama.

En cuanto cierro los ojos, la imagen de Myles empieza a flotar tras mis párpados. Voy a pasar la noche en blanco, lo sé. Quizás lo mejor sería que dejara de evitar pensar en él, me digo.

Esa es justo la excusa que necesitaba para empezar a fantasear y, como era de esperarse, me tiro de cabeza a ese pozo sin fondo que son mis recuerdos.

Myles McKenna Serra. Su padre era un escocés que vino de vacaciones a Mallorca y se enamoró tan perdidamente de la recepcionista del hotel donde se hospedaba que decidió quedarse en la isla.

Asistimos a la misma escuela desde párvulos. Como vivíamos en el mismo barrio, coincidíamos en muchos otros sitios: en catequesis, en clases de pintura e incluso, durante un mes, en clase de *taekwondo*; hasta que mi madre

decidió que ese deporte no era para mí, porque siempre volvía a casa llena de moratones cuando se suponía que no debía haber contacto físico al practicar los *pumses* (que es la forma en que mi profe llamaba a las figuras).

A pesar de todas esas actividades en común, Myles nunca fue para mí más que un niño de mi clase: molesto, ruidoso, sudoroso después de los recreos... hasta aquel «encontronazo» con él el primer día después de las vacaciones, cuando íbamos a empezar cuarto de la ESO.

Y encima tuve tan mala suerte que, a pesar de haber coincidido con él en la misma clase durante casi toda la vida, ese año nos separaron; solo porque yo elegí el itinerario de humanidades y él, el de ciencias. Aunque todavía podía verlo en el patio, así que cada día arrastraba a Claudia y a Merce hasta alguna posición privilegiada para deleitarme en su contemplación. Me pasaba el tiempo del recreo suspirando por sus huesos, pero yo no le era indiferente: cada vez que nuestras miradas se cruzaban (y os aseguro que era muy a menudo), se quedaban trabadas durante unos segundos, tras los cuales nos sonreíamos con timidez y apartábamos la vista del otro.

Un día, después de las vacaciones de Navidad (en las que había intentado localizarlo sin éxito en cada rincón del barrio), se me acercó antes de entrar en clase. Merce y Claudia se disculparon y nos dejaron solos. Mientras se iban, me levantaron el pulgar y me guiñaron un ojo tantas veces que estoy segura de que no quedó nadie en el instituto sin enterarse de lo contentas que se sentían por mí.

—Hola, Laura. ¿Te gustaría que fuéramos a la bolera esta tarde, cuando salgamos de clase?

—Claro, pero ¿nosotros dos, solos?

—Sí, esa era la idea. —Apoyó una mano en la pared, justo al lado de mi cabeza. Yo tuve que alzar la vista para seguir viéndole la cara—. Pero estoy seguro de que Félix se morirá del gusto si le digo que Claudia también viene.

Yo arrugué la nariz ante la idea de tener que exponerle ese tema a Claudia. Tanto Merce como yo le habíamos dicho, por activa y por pasiva, que Félix estaba coladito por ella, pero cada vez que se lo mencionábamos, nos mandaba a la mierda, en plan borde, ¿eh? Una vez incluso me amenazó con dejar de acompañarme en el recreo por si el chico se creía que lo estábamos persiguiendo a él.

—Pues a Claudia no le va a hacer ninguna gracia ese plan.

—¡Ya! —Desvió la mirada; tenía esa sonrisa socarrona, que me volvía

loca, dibujada en el rostro. Como si se diera cuenta de que me tenía en el bote y lo estuviera celebrando de antemano (eso lo vi después; en ese momento me pareció la sonrisa más bonita que nadie me había regalado jamás, todo hay que decirlo)—. Entonces, ¿vamos tú y yo solos?

Yo asentí con la cabeza; estaba tan emocionada que temía que, si le decía que sí en voz alta, se me notara demasiado.

—Te recojo a las cinco en el portal de tu casa.

Volví a asentir. Myles me dedicó otra de aquellas sonrisas que hacían temblar mis piernas y se marchó sin añadir ni una palabra más, sin ni siquiera volverse para comprobar en qué estado me había dejado.

Cuando suena el despertador a las siete de la mañana, me doy cuenta de que en algún momento de la noche me he quedado dormida. He tenido un sueño extrañísimo en el que Myles y yo estábamos en la bolera y, por alguna razón, los bolos se rebelaban contra nosotros y empezaban a rebotar sobre nuestras cabezas. Seguro que es por eso por lo que noto el principio de lo que sin duda será una fuerte jaqueca, o por las horas que he pasado *in albis* (podéis escoger la opción que más os atraiga; yo al final me quedaré con la de los bolos golpeándome una y otra vez sin compasión).

Me arrastro a la cocina y cojo un vaso enorme y transparente que uso para tomar té. Me encanta ver cómo la bolsita va tiñendo a ráfagas el agua caliente. No hace ni dos minutos que estoy sentada a la mesa de formica que tenemos al lado de la ventana cuando aparece Claudia.

—¿Cómo estás?

—He estado mejor, pero no tan mal como imaginaba.

—No entiendo que puedas seguir obsesionada con él después de tantos años, te lo juro.

—Ni yo. Mis locuras no siempre tienen explicación, ya deberías saberlo.

—Ni las tuyas ni las de nadie. Pero es que ni siquiera llegasteis al primer aniversario.

—Ya, pero supongo que eso de que el primer amor siempre es el más importante es cierto. O al menos lo es en mi caso. Además, la forma que tuvo de dejarme... Eso no se lo perdonaré en la vida.

Claudia se echa a reír.

—A mí no me hace maldita la gracia. —Ella sigue desternillándose, así que le hablo un poco más fuerte—: ¡Que te calles ya! Que me estás

hinchando las narices.

—¡Callaos las dos! —La voz ronca de Merce atraviesa el pasillo con una amenaza latente.

Claudia se tapa la boca con la mano, pero las pedorretas siguen escapándosele por entre los dedos.

—¿Por qué quieres humillarme de esta manera tan temprano? ¿Es alguna vena sádica que has desarrollado porque sabes que después de tu boda serás una maruja que va del trabajo a casa, y de casa al trabajo, y que no podrá divertirse tomándoles el pelo a sus pobres compañeras de piso?

Me da en el brazo una palmada con la mano abierta que resuena por toda la cocina.

—¡Oye! —le grito—. Te recuerdo que me has comprado un vestido de tirantes para que lo luzca en tu boda. Si me haces un moratón, tendrás que verlo durante sesenta años en las fotos, ¡como poco!

Merce entra con cara de cabreo y ojeras de dos palmos y nos gruñe a las dos.

—¿Nadie se ha dignado a poner la cafetera?
Ni siquiera le contestamos.

CINCO

No tengas miedo de los cambios lentos, solo ten miedo de permanecer inmóvil.

Anda que no se ha vuelto a lucir Merce ni nada con la frasecita de hoy. Creo que esto de que las elija ella se va a acabar. Lo hace adrede para martirizarme porque no está de acuerdo con esta nueva filosofía de vida que he adoptado, estoy segura.

Con excepción del fracaso estrepitoso del primer día, el resto de la semana me ha venido muy bien tener una frase a la que anclarme; así que, aunque Merce se empeñe en fastidiarme, no logrará que desista.

Voy a ponerlos al corriente, porque la semana ha pasado volando. ¡Mañana es el gran día! Claudia se casa y nosotras, en lugar de estar felicísimas, nos hemos puesto melancólicas. Hemos abierto una botella de vino blanco y lo bebemos a sorbitos en el sofá, abrazadas unas a las otras, suspirando y con los ojos llorosos.

—Jolín, chicas, cuánto os voy a echar de menos.

—Y nosotras a ti.

Llevamos repitiendo lo mismo desde las diez, y son las doce. Nos hemos pillado el día libre las tres, pero, como sigamos a este ritmo, a las dos de la tarde ya estaremos borrachas y nuestros planes de belleza se habrán ido al garete.

La madre de Claudia quería que fuera a dormir a su casa esta noche, pero ella se negó. Lleva viviendo en este piso desde que acabamos la carrera y Merce lo heredó. Yo me vine un poco más tarde, cuando dejé a Jose. De todas formas, solía pasar más tiempo aquí que en el piso que compartía con mi ex, así que cuando me mudé, tampoco me sentí una extraña, para nada, ni las chicas lo hubieran permitido, claro.

Lo que pasa es que a Claudia le molestan los cambios, por decirlo de forma suave, y tampoco es que le guste mucho desprenderse de las cosas. ¡Ostras, acabo de darme cuenta de que quizás la frase de hoy le sirva más a ella que a mí! El subconsciente ha traicionado a Merce y por eso ha elegido ese proverbio chino. ¡Claro que ha sido eso!

Si no conocéis a nadie para quien los cambios supongan un verdadero suplicio, no podéis entender de qué hablo. Para que os hagáis una idea: en un

cajón de su habitación, que aún no ha vaciado porque no se atreve, Claudia tiene una especie de museo de los recuerdos. Están organizados en cajas de zapatos (forradas con papel de regalo precioso, ¡faltaría más!); en una guarda los billetes de avión, de tren, de metro y de cualquier transporte que haya usado en su vida; en otra, las entradas de cine... y así tantas clasificaciones como cajas. La cuestión es no desprenderse de nada.

Desde que se ha levantado por la mañana ha empezado a despedirse de la casa. Pero de manera exagerada:

—Adiós, lavabo del baño pequeño; hemos tenido nuestros momentos, pero ya no te odio tanto como al principio de nuestra relación, hasta has llegado a gustarme a pesar de tu color rosa marchito. Adiós, baldosa agujereada que siempre llamas mi atención y me obligas a mirarte mientras me lavo los dientes. ¿Qué azulejo reclamará mi interés ahora?

En el momento que ha entrado en su habitación se ha puesto a llorar a lágrima viva, y ha sido cuando Merce y yo hemos decidido abrir la botella de vino.

—Oye, cielo, ¿no sería conveniente que hicieras las maletas? Todavía tienes la ropa en el armario. ¿O es que piensas venir a cambiarte aquí todos los días? Vale que tu piso de señora casada está cerca, pero no será plan, ¿no crees? —le dice Merce cuando ya han dado las tres y empezamos a estar un poco amodorradas.

—Es que lo he pensado mejor: creo que no voy a casarme, no quiero dejaros nunca, chicas. Os quiero más que a nadie en el mundo.

—No eres tú la que habla, es el vino —le contesto, y me levanto para tirar de ella a fin de ponernos en movimiento—. «Solo hay que tener miedo a quedar inmóvil». —Claudia me mira como si le estuviese tomando el pelo—. Es la frase de hoy, voy a hacértela seguir a ti —le digo, muy ufana.

Ella frunce el ceño y forcejamos un poco, pero entre Merce y yo conseguimos arrastrarla hacia el baño. Al principio la muy puñetera se resiste y lloriquea, pero cuando se da cuenta de a dónde nos dirigimos, se relaja un poco. Le encanta ponerse potingues, y le hemos prometido que le haremos un tratamiento de belleza preboda que será mejor que el de cualquier esteticista profesional.

Después de dos horas entre mascarillas, tónicos, toallas calientes y demás, está mucho más animada. La ayudamos a empaquetar algunas cosas. Pero la mayoría se quedan donde están; le harán falta muchos viajes de su nueva casa a la nuestra para llevárselo todo, pero lo hará y después se

alegrará por ello.

A las nueve de la noche ya hemos cenado, para poder irnos pronto a dormir. Tenemos que descansar bien si mañana queremos amanecer bellas y relajadas.

Nos metemos las tres en la cama de Merce, que es la más grande, y al cabo de un rato ellas dos ya roncan (Merce, porque no está para nada nerviosa, y Claudia, por el Valium que le hemos metido en la copa de vino de la cena), pero yo sigo sin poder conciliar el sueño. No paro de dar vueltas, por lo que decido irme a mi habitación y que al menos ellas puedan seguir roncando.

¿Que por qué no puedo dormir? Pues porque no paro de pensar en Myles y en los «cambios» que habrá experimentado. Cuando sus progenitores se separaron y él decidió irse a Escocia con su padre en lugar de quedarse en Palma con su madre, era un crío. Tenía dieciocho años, habíamos acabado segundo de bachillerato y la última vez que lo vi llevábamos un año, dos meses, tres semanas, cuatro días y doce horas sin hablarnos.

Me da por recordar la última conversación que mantuvimos, el día que me dejó. No es la primera vez, pero últimamente no lo estaba haciendo con asiduidad, como antes.

—Mira, Laura, me gustas mucho, sabes que te quiero. Pero es que Ana me ha pedido que lo intentemos.

—¿Y puede saberse qué tiene esa que no tenga yo? —le pregunté muy ofendida.

—Hombre, no me negarás que tiene más tetas.

—¿Ah, sí? Y ¿cuántas tiene? ¿Tres, cuatro? —Estaba tan enfadada que ni siquiera esperé a que pudiera contestarme algo gracioso. No quería oírlo decir que podíamos ser amigos. ¿Amigos? ¿Eso cómo se hace? Nunca he vuelto a ser amiga de ningún chico con el que haya cortado. Será que soy un poco anticuada, pero cuando algo se acaba, se acaba. Y sobre todo si crees que el chico en cuestión es el amor de tu vida y te dice que «Ana tiene más tetas». ¡Grrr!

Mañana voy a verlo de nuevo, después de trece años (también llevo la cuenta de los meses, los días y los minutos desde que lo vi por última vez, pero no me voy a humillar desgranándolos para vosotras, por si queréis saberlo), y empieza a atronar con fuerza en mi cabeza la frase de hoy: *No tengas miedo de los cambios lentos, solo ten miedo de permanecer inmóvil.*

Ni siquiera sé cómo es Myles en la actualidad. Pero con lo guapo que

era entonces, y no era más que un chaval, ahora tiene que estar de vértigo. Me pregunto si habrá madurado o si seguirá siendo el mismo capullo insensible de cuando íbamos al instituto. Doy unas cien vueltas más en la cama, pero no consigo dormir. Incluso se me ocurre levantarme para cotillear sus fotos en Facebook. Me reprimo. Si he podido evitar hacer eso durante todos estos años, ¿voy a caer en la tentación cuando queda tan poco para verlo en persona?

Me tumbo boca abajo, abrazada a la almohada, a ver si esta postura consigue que me relaje, pero mi cerebro continúa: ¿cómo será? ¿Tendrá acento después de tantos años en el extranjero? ¿Con qué frecuencia habrá venido a ver a su madre y a su hermana después de haberse marchado? ¿Será su sonrisa tan arrebatadora como hace trece años? ¿De qué hablaremos mientras estemos sentados a la mesa? ¿Hablabamos?

La mierda de frase de hoy no surte ningún efecto. Sigo anclada en el pasado. ¿Qué hizo ese chico conmigo para que me cueste tanto olvidarlo?

¿Relajada por la mañana? ¡Y un huevo!

SEIS

Estamos sentadas en la parte trasera de un Citroën 11 y vamos en dirección a la iglesia de Sant Bernat, en el Secar de la Real. El coche es negro y con los flancos de color crema, de los años cincuenta. Es un clásico elegante y que quedará precioso en las fotos.

Claudia se sienta entre Merce y yo. Está muy nerviosa y no deja de moverse, a pesar de que su hermana le ha dicho que si no se queda quieta, llegará a la iglesia con la falda arrugada.

—No querrás que por culpa de tus nervios la ropa desluzca lo guapísima que estás hoy —fueron sus palabras exactas. Es que eso de que Claudia lleve «su» traje de novia la ha empoderado un montón.

Es un vestido precioso, con corpiño separado de la falda y un centenar de botones en la espalda. Lleva una cola discreta (es lo único que ha hecho retocar, porque antes era larguísima) y un bordado de florecitas en el ruedo de la falda y el corsé, que brillan levemente cuando les da el sol.

El mío y el que lleva Merce son un regalo de la novia. Claudia quería que fuésemos sus damas de honor y se empeñó en comprarnos los vestidos a conjunto. Son color rosa palo, de corte helénico, con una ancha cintura postiza que acaba en un lazo detrás y falda plisada larga hasta los pies.

Veo por el rabillo del ojo que las florecillas silvestres del ramo de Claudia tiemblan levemente. Está repiqueteando con el pie sobre el suelo del coche y la vibración se ha extendido hasta la mano con la que sostiene el *bouquet*. Ese ramo me encanta, con flores de colores románticos: amarillo, morado, rosa y verde oscuro. Es sencillo y armonioso, como su vestido y su peinado.

—Todo saldrá bien, cariño, relájate. Lo hemos organizado al detalle, será una boda maravillosa; tienes el vestido que habías soñado, la iglesia más bonita de la isla y a Félix, ¿te das cuenta? ¡A Félix!

—¿Quién me lo hubiera dicho, verdad? Cuando hacíamos segundo de bachillerato no lo soportaba y ahora estoy a punto de casarme con él.

—¡Por tu culpa! —me machaca de nuevo Merce, que no para de hacerlo desde que me enteré de lo que había pasado en realidad la noche del reencuentro de Claudia y Félix.

El vehículo empieza a perder velocidad en cuando entramos en el pueblo.

—Mi padre se acercará desde el otro coche para ayudarme a bajar. Todo el mundo estará dentro, así que no nos vamos a entretener demasiado. Vosotras os colocáis delante de mí y empezáis a caminar —dice Claudia por enésima vez desde que nos hemos levantado esta mañana.

—Si lo repites antes de que lleguemos, te juro que entraré en la iglesia bailando la *Macarena* —le contesta Merce muy seria.

Claudia abre la boca para hablar y la cierra de golpe, haciendo que suene un breve «plop»; después la mira con los ojos entrecerrados, tratando de adivinar si es capaz de arruinarle el día de una forma tan grotesca. Merce le sostiene la mirada, más por diversión que porque esté tan enfadada como quiere aparentar.

Tras la última curva, Claudia se empieza a acelerar de verdad.

—Ya estamos, ya estamos —repite como un mantra—. Tenéis el ramo, yo tengo el ramo; estáis peinadas, yo estoy peinada; los zapatos...

—Para, para —la corto antes de que se embale todavía más—. Está todo controlado, así que haz el favor de no estresarte y disfrutar de tu día.

—Vale, vale. No me estreso, no me estreso, no me estreso.

—¿Que no te estresas? Nena, estás empezando a hiperventilar —le dice Merce.

Cuando nos detenemos ante la iglesia, el padre de Claudia ya nos espera. Merce y yo nos apeamos y nos situamos al frente de la comitiva. Oigo como mi amiga le dice a su padre:

—No llores, papá, que me harás llorar a mí y estas lobas de aquí delante me matan si me cargo la obra de arte que han hecho en mi cara con el maquillaje.

El hombre se ríe al tiempo que Merce se gira y le gruñe a Claudia (supongo que os habéis dado cuenta de que es un comportamiento frecuente en ella; es lo que más abunda en nuestro día a día: sus gruñidos intimidatorios y las patadas que quieren ser disimuladas).

—¡La música! —anuncia el padre de Claudia, y los cuatro nos ponemos en movimiento.

Entro en la iglesia y no quiero perder de vista la cara de Félix. Uno: porque si miro detrás de él, me encontraré con la de Myles, y no puedo perder la compostura justo ahora. Y dos: porque lo más bonito en las bodas, para mí, es la cara del novio al ver a su prometida en la puerta de la iglesia. Y está claro que para Félix no hay nadie más en el precioso recinto que Claudia. En

cuanto la ha visto, ha inspirado con fuerza, llenando a fondo su pecho; ahora la mira extasiado mientras contiene la respiración.

Yo sonrío, feliz; me encanta la buena pareja que forman, pero lo que más me gusta es lo mucho que se quieren. Al fin y al cabo, por eso estamos aquí, ¿no?

Claudia se vuelve para entregarme su ramo de novia. Quiere que se lo sujete durante la ceremonia (igual tiene razón Merce y nos hemos pasado viendo películas románticas americanas, pero qué más da). Si ella quiere que su gran día sea así, ¿qué hay de malo en ello?

Bueno, ha llegado la hora de la verdad. Ahora que todo el mundo está concentrado en los novios y el cura, voy a darme la oportunidad de mirar a Myles. En el tiempo que llevo en la iglesia no le he echado ni un solo vistazo, como si fuera transparente, pero ya no puedo aguantarme más las ganas de hacerlo.

Decido empezar por sus pies. Y, para mi gran sorpresa, me encuentro que en ellos luce unas Ghillie Brogues, unos zapatos que se atan a los tobillos, y que yo creía que nadie llevaba fuera de Escocia. ¿Pero qué cojones se ha puesto? ¡Oh, no! ¡Oh, no! ¿Recordáis cuando os conté que por su culpa estaba obsesionada con los pelirrojos? Pues se me olvidó deciros que cuando se fue a Escocia, adquirí una malsana afición por todo lo que tuviera que ver con esa tierra. ¡Dios! Y ahora resultará que ha venido a la boda con el traje tradicional y me voy a fundir delante de todos los invitados.

Merce me pellizca sutilmente cuando ve que soy yo la que está hiperventilando ahora.

La miro y abre mucho los ojos, instándome a comportarme. Yo señalo a Myles de forma discreta y ella encoge un poco los hombros, dándome a entender que no me queda más remedio que aguantar el tipo. Aprieta mucho la boca y me doy cuenta de que la mía está abierta de par en par. La cierro de golpe.

Me concentro en la ceremonia y en evitar dirigir mi mirada de nuevo hacia las piernas del padrino, y como era de esperar, fracaso de forma estrepitosa.

Se sujeta los calcetines, que le llegan a la altura de la rodilla, con un par de *garter flashes*. ¡Ahí va! Si hasta lleva un *sgian dubh*. ¡Vamos!, que o bien el tío se cree que es un auténtico hambretón de las Tierras Altas escocesas o bien le ha gustado tanto la serie *Outlander* como a Claudia y a mí.

En lo que no puedo dejar de fijarme es en que tiene unas piernas

musculosas y muy bonitas. ¡Madre mía, va a resultar que está aún más bueno de lo que recordaba y yo no voy a poder esconder lo mucho que he pensado en él durante estos años!

Sigo observándolo en orden ascendente. Ahí están el *kilt* y el *sporrán*. Por descontado, lleva chaqueta hasta la cintura y chaleco negros. Parece que los músculos que guardan en su interior esas dos prendas no son moco de pavo. ¿Qué hay de aquello de que en las bodas se liga? ¡Igual incluso puedo tener una noche loca!

¡No, no, ni hablar! «¿Estás pirada o qué? Con él, nunca en la vida, ni aunque fuera el último hombre de la Tierra. ¿No te bastó con que te dejara una vez? ¿Piensas darle otra oportunidad?». Sonríó al pensar en el millón de veces que Merce, Claudia y yo escuchamos, cantamos y bailamos esa canción de Los Secretos cuando Myles me dejó por la tetona. ¿Qué pasa? Las chicas somos crueles y, desde entonces, Ana ha sido para nosotras «la tetona».

Elevo unos centímetros más la vista y lo miro de frente. ¡Oh, Dios mío! Es mucho más guapo de lo que recordaba y me está sonriendo, se ha dado cuenta de cómo lo he escrutado de los pies a la cabeza. Desde aquí puedo distinguir el brillo travieso de esos ojos azul cielo que han estado poblando mis sueños desde el bachillerato.

Merce se inclina un poco hacia mí, y así, sin anestesia ni nada, me dice:

No mires hacia atrás, tú no vas en esa dirección.

SIETE

En serio, ¿qué pretende este fotógrafo? ¿Batir el récord Guinness de fotos tomadas a una pareja dentro de la iglesia después de su boda?

Creo que ya no me queda nadie con quien posar. Y eso que no soy yo la que se ha casado. Os prometo que solo por eso vale la pena no pasar por el altar, ¡qué hartura, por Dios!

Hasta ahora he podido esquivar a Myles, y eso que el fotógrafo ha hecho varias fotos en las que salimos ambos. Ha saludado a Merce con un abrazo cariñoso y dos besos. Yo no pienso hacerlo.

—¿Qué ha sido eso de besar al enemigo? —le pregunto a ella cuando conseguimos quedarnos a solas.

—Solo he sido amable. Y no creas que a ti no te tocará hacer lo mismo. Desde que ha acabado la ceremonia te está persiguiendo a donde vayas.

—¿Crees que no me he dado cuenta? Si hasta he tenido que ocultarme un rato detrás de un santo en esa capilla.

Merce se ríe, lo que hace que la mitad de los que están en la iglesia se vuelvan hacia nosotras. El pellizco que le doy cuando veo como se acerca Myles la pilla por sorpresa, aun así, tiene tiempo de darme un manotazo como respuesta. Intento escabullirme de nuevo, pero mi amiga me sujeta por un brazo.

—Si sigues huyendo, se dará cuenta de que todavía estás ofendida —me susurra.

—Es que sigo ofendida, ¿crees que ya no hace falta que disimule más? —contesto en el mismo tono.

—El repaso que le has dado antes decía más bien lo contrario.

Me giro hacia ella para fulminarla con la mirada, pero Merce hace como si no se diera cuenta y sonrío en dirección a mi primer novio igual que si fueran íntimos.

—Hola, Laura. —Por todos los santos, su voz es aterciopelada y armónica, un poco más ronca de como la recordaba, y me deja noqueada. Inspiro con fuerza.

—Hola, Myles.

No se mueve de donde está, a unos tres pasos de mí. ¿Qué hay de mi abrazo y mis besos?

—Estás guapísima, como siempre.

Alzo una ceja para hacerle creer que sus palabras no me emocionan, ¡menos mal que no puede oír el repiqueteo de mi corazón!

—Pues sigo teniendo solo dos tetas. Creía que a ti te ponían las mujeres que tienen un número impar.

Merce hace un esfuerzo de contención inútil y se le escapa la risa en forma de pedorreta.

—Vaya, no lo olvidarás jamás, ¿verdad? —Se ha quedado serio de repente.

—Supongo que si hasta ahora no he podido hacerlo, será difícil que lo haga en un futuro. Al menos en un futuro cercano.

—¿Ni siquiera si te recuerdo que entonces era un chaval imberbe dominado por las hormonas?

—Eh... Probablemente, no.

—Chicos, esto se está poniendo un poco incómodo, incluso para mí —arguye Merce antes de emprender la retirada—. Será mejor que os deje solos para que podáis aclarar vuestro pasado.

Se larga sin darme tiempo a impedirselo o ir tras ella siquiera. ¿Cómo lo hace la cabrita para correr con esos taconazos?

—¿Qué te parece si esta noche pactamos una tregua? Aunque sea para que Félix y Claudia no tengan que sufrir por habernos sentado a la misma mesa.

—Pactar una tregua requiere que antes haya habido hostilidades. Creo que aquí la única ofendida y con derecho a estarlo soy yo. ¿Por qué tendrías que estar enfadado tú, a ver?

—Si quieres hago una lista.

—¿Perdona?

—Pues, para empezar, porque el supuesto delito que cometí contra ti ya ha prescrito y tú sigues castigándome al ostracismo.

—Estoy hablando contigo, ¿no? —le contesto. La irritación crece por momentos en mi interior.

Myles sonrío levemente, solo con un lado de la boca. Recuerdo muy bien ese gesto tan arrogante. Significa que por dentro se está partiendo de la risa por esta conversación absurda que estamos manteniendo, que quiere que me dé cuenta de que la situación le resulta de lo más graciosa, pero sin demostrarlo de forma abierta. De mi garganta sale un gruñido parecido a los de Merce. ¿No dicen que cuando uno pasa tiempo con un cojo al final andan

cojos los dos? Pues ahí lo tenéis.

Por fortuna, el fotógrafo parece haber acabado aquí; es hora de que todo el mundo vaya hacia el claustro para continuar ahí con el suplicio. Así que, sin prestarle a McKenna ni un segundo más de atención, me dirijo hacia la salida junto a los demás.

Durante las siguientes cinco mil fotos intento no mirar a ese *highlander* salido de mis sueños más húmedos; sin embargo, cada vez que me traiciono a mí misma haciéndolo, allí está el, devolviéndome la mirada y sonriendo en mi dirección.

Solo en una ocasión lo pillo despistado y mirando a otro lugar; entonces me recreo en la vista. Lleva el pelo peinado hacia atrás, un poco más largo de como solía llevarlo. Una barbita corta y bien cuidada que le confiere un aspecto muy diferente al del «chaval imberbe», como se ha definido a sí mismo, que era entonces. Se mueve con elegancia y todo el tiempo sonrío. Les hace comentarios a los novios, que se ven incómodos por tanta pose, pero mucho más relajados que al principio de la ceremonia. No sé qué les habrá dicho ahora, pero todos se desternillan de la risa. Junta las manos en una especie de aplauso silencioso y de repente se vuelve hacia mí, como si hubiera notado mi mirada recorriéndolo centímetro a centímetro. Me pierdo en sus ojos y él, al darse cuenta, me dedica un guiño y me invita a que me acerque agitando una mano. Niego con la cabeza; aunque mi rictus ha mudado en una sonrisa, no pienso acercarme a su área de influencia más de lo estrictamente necesario.

Merce me da un susto de muerte cuando se acerca a mí por la espalda y me repite en tono lúgubre:

—No mires hacia atrás, tú no vas en esa dirección.

—¡Joder! ¡Qué susto! —Me llevo la mano al pecho intentando calmar el ritmo frenético que ha emprendido mi corazón.

—¡Pues tampoco soy tan fea! —me contesta, risueña—. De hecho, creo que este vestido me queda genial. Supongo que entre tanto invitado alguno habrá que piense como yo y quiera llevarme al huerto esta noche. He visto unos cuantos que no tienen desperdicio.

Pongo los ojos en blanco (otro gesto que Merce me arranca con frecuencia).

—Por cierto, y hablando de llevarse a alguien al huerto. —La miro con suspicacia, porque veo venir lo que va a decirme—: Myles te mira como si fueras una fuente de chocolate en la que rebañar fruta.

—¿Me mira como a una *fondue*?

Me atiza un golpecito en el brazo. Deberíamos dejar de ser tan violentas unas con otras, esto no puede acabar bien.

—¿Vas a dejar que te coma? —Su pregunta está impregnada de burla.

—Ni en un millón de años. Antes me crece otra teta.

Merce se echa a reír.

—Pues no tendrás que currártelo ni nada para sacártelo de encima.

—¿Te apuestas algo a que si le doy dos cortes más no se acerca en toda la noche?

—¿Qué quieres apostar?

—Lavaré los platos durante una semana seguida —contesto ufana. Odio fregar los platos.

—¡Uh! —exclama Merce—. Quieres jugar fuerte, ¿eh? Acepto. Puedes empezar por comprar unos guantes de goma, porque tu pasado se acerca por ahí. —Y la muy zorra se escabulle, dejándome sola ante el peligro.

—¿Tregua? —repite Myles cuando se planta a mi lado.

Niego con la cabeza y me voy tras Merce. Primer corte; solo me queda uno y me lo habré quitado de encima. Este no se acerca a mí ni a un millón de años luz. ¡Ya lo veréis!

OCHO

Después de trillones de fotos más en los jardines del restaurante, durante las cuales Myles no ha intentado volver a hablar conmigo, pasamos al fin al comedor. El resto de invitados, los que no aparecerán en la mitad de páginas del álbum de boda, han tomado un vermut, pero nosotros no hemos llegado a tiempo. Cuando encontramos la mesa que nos han asignado Félix y Claudia, solo quedan cuatro sitios libres.

Saludamos al resto de comensales; casi todos son amigos de Félix, que han venido con sus novias; casi todos compañeros nuestros del instituto; casi todos casados o a punto de hacerlo. Los únicos que hemos venido sin pareja somos JC, Myles, Merce y yo. ¡Pues vaya!

Tiro del brazo de Merce para que se siente a mi lado y deje los sitios vacíos para JC y Myles a su otro flanco. Pero la muy asquerosa se ríe por lo bajini y me dice entre susurros:

—A mí tampoco me gusta nada fregar los platos, monada. ¿Piensas que dejaré que ganes esa apuesta con tanta facilidad?

—¿Serás cabrona?

—Pobrecito, no deja de mirarte con ojos de cordero degollado. Creo que voy a echarle un cable.

Se sienta y deja una silla libre entre nosotras. Os juro que como Myles decida quedarse esa, Merce me las va a pagar. Aún no sé cómo, pero me las paga, ¡seguro!

Los chicos llegan muy poco tiempo después, y veo de refilón como JC le cede el sitio a mi lado a Myles mientras sonrío y le guiña un ojo (otro que entra en mi lista de más odiados a partir de ahora). Myles, que aparenta no haberse dado cuenta de nada, retira la silla y se sienta. Dedicaba una gran sonrisa a nuestros antiguos compañeros de clase y a sus parejas y se vuelve hacia mí.

—¡Qué placer volver a verte!

Se escuchan varias tosecillas al unísono. ¡No me digas que todos recuerdan tan bien como yo lo que pasó en el instituto, porque me muero!

—Laura, Myles y tú ¿no salisteis juntos cuando hacíamos bachillerato? —pregunta Eva, que está sentada al lado de un pedazo de rubio que no le pega para nada. ¡Pues va a ser que sí se acuerdan!—. ¿No dicen que de una boda sale siempre otra? ¡A ver si vosotros vais a ser los próximos!

Myles carraspea y niega con la cabeza.

—¡Jamás!

¿Qué acaba de decir? Esa afirmación rotunda me ha sentado como una puñalada en el pecho. Lo miro indignada; estoy segura de que me sale humo por las orejas y que, además, forma círculos sobre mi cabeza, como en los dibujos animados. Él tarda un poco en procesar lo que implica su comentario, pero cuando lo hace, tiene al menos la decencia de ponerse rojo como un tomate.

—No, no, no te ofendas. No es algo personal. —Levanta ambas manos en mi dirección, intentando disculparse también por gestos—. Lo que quiero decir es que ya me he casado una vez y que no pienso repetir la experiencia.

—Sí, ahora trata de arreglarlo —se ríe Eva, maliciosa.

Un murmullo se extiende por toda la sala del banquete, se oyen los primeros acordes de la marcha nupcial y los novios hacen su entrada en el comedor.

Claudia tiene cara de cansada, «y aún no ha empezado lo gordo», me digo. Félix la abraza, muy sonriente, por la cintura.

Félix está enamorado de Claudia desde que íbamos al instituto, pero era muy tímido y nunca se atrevía a decirle nada. Se limitaba a mirarla, porque cada vez que intentaba hablar con ella se ponía a tartamudear, pero a lo bestia, ¿eh?

Salimos varias veces todos juntos: JC, Félix, Merce, Claudia, Myles y yo mientras duró lo nuestro; aunque no demasiadas, porque mis amigos pensaban que los amigos de Myles eran unos plastas muy frikis y siempre ponían excusas para no venir. Después, cuando cortó conmigo, yo lo odiaba tanto que, por extensión, empezamos a odiar también a Félix y a JC. Hasta esa noche, hace solo dos años, que nos reencontramos en un *pub*, esa en la que por lo visto hice el ridículo y yo ni me acuerdo...

Se vieron tres o cuatro veces y empezaron a salir. ¡Y hasta hoy! Por fin, una vez que superó eso de la timidez, consiguió enamorar a Claudia; además de que, al parecer, en la cama es un máquina.

Hace medio año compraron un piso a medias, y si no se han ido a vivir juntos ha sido porque la madre de Claudia, que es tan anticuada como la mía, no quería ni oír hablar del asunto.

—Solo quedan unos meses para la boda. Paso de darle un disgusto. Quédate a dormir en mi piso conmigo y listo —le dijo a su novio, y Félix, con tal de tener a Claudia contenta, no se ha quejado ni una sola vez. ¿Creéis que

habrá otro como él en el mundo, pero para mí? Yo lo dudo.

Los camareros empiezan a servir el vino. Inmersa como me encuentro en mi estado de semidepresión-envidia cochina, me echo la copa de golpe al colete. ¡El pobre chico que esté asignado a rellenar mi vaso lo va a flipar!

Myles tapa su copa con la mano para que no le sirvan. Aunque la intriga me mata, no pienso preguntarle por qué no bebe.

—McKenna, ¿es cierto eso de que debajo de la falda los escoceses no llevan nada? —La pregunta ha salido de los labios de Antonio, el bruto más bruto que he conocido nunca. Se ríe como un bobo; pensará que ha hecho una pregunta muy original, supongo.

Myles, lejos de sentirse ofendido, le sonrío malicioso:

—Si quieres podemos ir al baño y te lo enseño. —Le guiña un ojo y Antonio, que casi se atraganta con el vino, se pone serio mientras el resto nos reímos a su costa.

La cena pasa relativamente deprisa; McKenna es el centro de atención en la mesa.

—¿Qué has estado haciendo todos estos años en Escocia? —pregunta otro de nuestros excompañeros—. Te fuiste nada más acabar segundo de bachillerato y nunca más se supo de ti hasta hoy.

—Pues lo mismo que vosotros aquí, supongo. Primero estudiar, luego encontrar un trabajo... Seguir con mi vida, solo que en otro país.

Merce me mira de tanto en tanto. Yo sigo envarada; no puedo relajarme con Myles tan cerca y no paro de llevarme la copa a la boca. No como nada, solo picoteo moviendo la comida de un lado a otro del plato. Si sigo bebiendo a este ritmo, dentro de poco estaré tan mareada que ni siquiera podré hablar.

—Un pajarito me ha dicho que JC y tú habéis montado una empresa de informática.

A JC, que hasta ahora no ha abierto la boca, se lo ve un poco incómodo. No le gusta nada ser el centro de atención. Lo recuerdo porque cada vez que algún profesor lo hacía salir a la pizarra se ponía de un color rojo intenso y parecía que se iba a desmayar. Myles le echa un cable. No se puede negar que siempre ha sido muy empático, o al menos lo recuerdo así.

—Correcto. Aunque nuestra vocación es la de ayudar a las pequeñas y medianas empresas para que su entrada en el mundo digital sea una transición tranquila y sin problemas.

—Vamos, que sois asesores informáticos.

—Podríamos decirlo así, sí.

—¡Por ti y por JC! —Eva ha levantado su copa para brindar. Se está comiendo a Myles con la mirada, la muy...—. Por un futuro que sé que será magnífico.

—Brindemos por eso.

Todos levantamos la copa a la vez y Merce le dice algo al oído a JC que lo hace reír a carcajadas. Nos volvemos hacia ellos y el pobre se pone de nuevo del color de la grana. Mi amiga le da unos golpecitos que pretenden ser tranquilizadores, pero que lo único que consiguen es que el pobre se ponga aún más nervioso.

Cuando retiran el primer plato, me doy cuenta de que Claudia nos está haciendo señas. Habíamos convenido una serie de señales para comunicarnos durante el banquete, pero ahora soy incapaz de adivinar si quiere que la acompañemos al baño o que le quitemos a algún invitado molesto de encima. Será lo del baño, porque veo que Merce se levanta y se dirige hacia los aseos. Por descontado, la sigo al cabo de unos minutos; se trata de que disimulemos un poco y de que no se entere nadie de que la novia necesita ayuda para levantarse la falda.

—¿Qué os parece? ¿Qué tal va todo? —nos pregunta cuando ya estamos las tres en el cubículo.

—Maravillosamente —contesto con la voz cargada de sarcasmo—. No podría ir mejor.

—No tienes que preocuparte por nada, Claudia, todo está yendo a la perfección —la tranquiliza Merce—. A esta ni la escuches, que desde que se ha sentado al lado de McKenna parece que le han metido un palo por el culo.

—¿Serás...? Si has sido tú quien prácticamente lo ha obligado a sentarse a mi lado...

—Chicas, chicas, no os peleéis, que solo me falta eso. Creo que me pasé cuando le pedí a la modista que me metiera el dichoso corsé y no puedo ni respirar. Estoy agotada.

—¿No estás feliz?, ¿deberías ser la mujer más feliz del mundo en estos momentos! —Estoy entrando en pánico, ¿no se supone que este día tendría que ser perfecto para la novia?

—Claro que soy feliz, ¡pero eso no quita que esté incómoda de cojones! Ojalá pudiese sacarme este dichoso trasto ya. Vaya cabrona, mi hermana. Si me hubiese advertido de que el vestido era tan incómodo, no me lo hubiese puesto.

—¿Y haberse perdido el placer de decirles a todos y cada uno de los

invitados que el vestido es el suyo? Parece que no conoces a tu hermana —le contesta Merce.

Entre las tres intentamos estirar un poco la tela, pero no cede ni medio centímetro.

—Dejadlo, que si lo rompemos, sí que montaremos un *show*.

Decidimos volver a salir por turnos (por eso que os he dicho de disimular), y Claudia y yo nos quedamos solas en el baño.

—¿Cómo lo llevas? —me pregunta.

—No demasiado bien. ¿Cómo puedo seguir enfadada después de tantos años, Claudia?

—No lo sé. A lo mejor es que sigues enamorada de él —me dice con cariño cogiéndome una mano.

—No, yo creo que más que amor es obsesión. Como si se tratara de un ciclo que no cerré.

—Pues date el gusto: te lo llevas a la cama y lo olvidas.

—Ni loca. Si ahora estoy obsesionada, ¿qué haría después? Voy a mantenerme lo más alejada que pueda de Myles y listo.

—Pues será una lástima, porque últimamente hemos quedado varias veces con él y con JC y me hubiese encantado poder pedirte que vinieras.

—¿Que habéis quedado con él a mis espaldas? —le grito furiosa.

—¡Eh! Que soy la novia y se supone que tienes que mimarme, no gritarme —me contesta ella en tono belicoso.

—Por hoy, vale, pero mañana te pediré explicaciones.

Cuando me acerco a la mesa, Eva está sentada al lado de Myles, en mi sitio. Me hierve la sangre al ver cómo le pasa los dedos bajo las solapas de la americana. ¡Qué asquerosa!, y encima coqueteando delante de su propia pareja. Le doy un toquecito en el hombro para que se levante de «mi» silla. Se pone en pie despacio y se encara conmigo.

—Ya te lo devuelvo, chica. Me habían dicho que eras celosa, pero no imaginaba cuánto —me susurra para que no la oiga nadie más.

¿Será cerda? ¿Qué sabe esta de mis celos y de si son infundados o no? La miro con desdén y después me siento. No le presto ninguna atención mientras se dirige a su lado de la mesa, pero sigo preguntándome de dónde cojones ha sacado esa información.

Después de los cuatro platos y el postre, empiezan a sonar las primeras notas del vals. Claudia y Félix salen al centro de la pista para abrir el baile; él le

susurra cosas al oído y ella sonríe, ¡se los ve tan bien juntos, tan felices! Claudia tiene los ojos llorosos y estoy a punto de echarme a llorar yo también. Bailan durante mucho tiempo y no paran de mirarse emocionados y sonrientes, ¡qué pareja más bonita hacen!

Me pongo en pie para aplaudir en cuanto acaba la música. Aunque no he dejado de beber durante toda la cena, estoy bastante serena, o eso es lo que creo.

Myles, que también se ha levantado, me tiende la mano invitándome a bailar con él. Estoy a punto de decir que no cuando descubro que Eva nos observa, así que decido borrarle la sonrisa de suficiencia que lleva escrita en la cara. A pesar de que ha venido con un chico casi tan guapo como Myles (que conste que solo he dicho «casi»), no ha parado de tirarle los tejos a este durante toda la noche. Si llego a ser yo su acompañante, me levanto y me largo. Os lo aseguro.

Así que solo por molestar a Eva, coloco la mano en la de McKenna y me dejo guiar por él hasta la pista. Me doy cuenta del error que he cometido en cuanto me pega a su cintura.

—Oye, que yo no tengo ninguna curiosidad por saber qué llevas debajo del *kilt* —le digo mientras me separo un poco de él.

—¿En serio no vas a perdonarme nunca?

—No.

—¿Por qué has querido bailar conmigo, entonces?

—Por hacer rabiar a Eva. No me caía bien en el instituto y sigue sin hacerlo ahora.

Myles se echa a reír tan fuerte que varias personas se detienen y se vuelven hacia nosotros para comprobar qué pasa.

Quizá he bebido un poco de más; empiezo a mostrarme demasiado sincera.

—¿Por qué no bebes? —pregunto, sin acordarme de que me juré a mí misma que no pensaba preguntárselo.

—Mi padre murió de cirrosis hace unos meses. Cuando se separó de mi madre, empezó a beber como un cosaco, y eso ha acabado con su vida en menos de quince años.

—Vaya, lo siento —le contesto, recuperando parte de la serenidad de golpe.

—No te preocupes, era lo que él quería.

—¿Morirse?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque mi madre y él tenían diferencias irreconciliables, pero él la seguía amando, no dejó de hacerlo nunca.

Bailamos un rato en silencio.

—Hay otras razones.

—¿Por las que no bebes?

—Sí.

—¿Como cuáles?

—Para poder bailar sin hacer el ridículo, por ejemplo.

Le doy un pisotón lo más fuerte que puedo e intento alejarme de él, pero me lo impide sujetándome todavía más cerca que antes.

—No te recordaba tan susceptible. —Su risa de medio lado vuelve a aparecer y yo me siento flotar entre sus brazos—. En cambio, no he podido olvidar ni una sola de tus miles de pecas. —Se ha puesto solemne para decirlo.

¡Dios! Cómo me pone este hombre, no lo puedo disimular, así que sonrío halagada y lo miro a los ojos. Myles me devuelve la mirada y, con lentitud, la desvía hacia mi boca. Entreabro un poco los labios para que no le quepa duda de que quiero que me bese, cuando la canción se interrumpe de forma abrupta y empieza a sonar *Déjame*, de Los Secretos.

Claudia y Merce aparecen y nos separan a Myles y a mí para obligarme a bailar con ellas.

—Os dais cuenta de que esta canción no es nada adecuada para una boda, ¿no?

—Pero lo es para ti, que parece que has olvidado que juraste al menos un millón de veces que «nunca, pero nunca» volverías a liarte con él.

—¡Ni pienso hacerlo!

—No, ¡qué va! —dicen las dos al unísono.

Todo el mundo nos mira mientras hacemos el loco por la pista de baile, pero nosotras nos lo pasamos teta cantando a pleno pulmón y saltando como auténticas lunáticas.

NUEVE

Las canciones se encadenan una tras otra, y bailo un rato con unos y con otros, pero en toda la noche no me divierto tanto como cuando he bailado con mis dos amigas. Creo que me he pasado un poco con la bebida, pero no estoy borracha: me falta un pelín, aunque todavía sé lo que me hago.

Sobre las cuatro de la madrugada, solo quedamos en el restaurante los amigos de los novios, e incluso algunos empiezan a marcharse. No veo a Merce por ninguna parte. Supongo que se habrá largado con un tío, así que busco mi bolso para ver si me ha mandado algún mensaje.

En la mesa que hemos compartido, McKenna está sentado mirando el espectáculo. Se ha desabrochado el corbatín negro y su postura relajada lo hace todavía más irresistible. ¡Cómo está este hombre, por todos los santos!

—¿Has visto mi bolso? —le pregunto cuando llego a su lado.

—¿Es ese? —Señala el *clutch* que compré a juego con el vestido y asiento.

Busco dentro el móvil y, en efecto, ahí está el mensaje de Merce diciéndome que no la espere, que llegará tarde, o mañana.

Me siento mientras doy un bufido.

—Por lo que veo, las cosas no cambian: sigues enfadada conmigo, Merce se larga con alguien y te deja tirada...

—No sigo enfadada contigo, solo que *tuviste tu oportunidad*.

La risa de Myles retumba en el gran salón casi desierto.

—Por eso os habéis puesto a bailar como posesas.

Yo le sonrío, bastante avergonzada.

—Sí.

—Recuerdo que lo cantabais cada vez que pasaba cerca de vosotras cuando estábamos en el instituto, después de que cortáramos.

—¿Cortáramos?

—Ya sabes. —Agita una mano, restándole importancia—. Yo me preguntaba por qué os habríais aficionado a una canción tan antigua. Pero no pensé que fuera por mí.

—Pues ahora ya lo sabes. —Suspiro con vehemencia—. Olvídalo, fue en otra vida. Ha pasado mucho tiempo y he tenido algunos otros novios.

—Estoy seguro de que ninguno ha sido tan guapo como yo.

—Ni tan presuntuoso, desde luego.

Claudia se acerca a nosotros.

—Félix lleva una curda de espanto. Me lo voy a llevar a casa, ¿tienes con quién irte?

—Yo la llevaré —se ofrece McKenna.

Claudia me mira pidiendo mi aprobación y yo cabeceo afirmativamente.

—Buenas noches. Y sed buenos. No hagáis que tenga que arrepentirme de haberos dejado solos.

Cuando llegamos al portal de mi edificio, Myles aparca el coche y baja para abrir la puerta de mi lado, aunque no le da tiempo, porque cuando se planta ante mí, yo ya me he bajado. Se acerca tanto que tengo que levantar la cabeza para verle la cara.

—¿Te he dicho ya que estás muy guapa? —comenta con voz ronroneante.

—McKenna, voy borracha, pero no tanto. No me camelarás con cuatro palabras bonitas. —Apoyo los brazos en su pecho para apartarlo un poco de mí y me maldigo por no darme el gusto de tocar esos músculos sin ropa de por medio—. Lo nuestro acabó por falta de tetas. ¿Te acuerdas?

—Bueno, sin intención de ser grosero: parece que, en los años que he estado fuera, el problema se ha solucionado.

—No, el problema sigue siendo el de hace trece años: yo solo tengo dos tetas. No esperes que te dé otra oportunidad si no me crece una tercera.

Myles se ríe y agacha la cabeza como si se sintiera abatido.

—Te tiraste un año entero sin hablarme solo por eso, ¿no es suficiente castigo?

—Soy muy rencorosa, por si no lo sabías —le digo con una sonrisa ladeada, como las suyas.

—Me marché y fuiste de las únicas personas que no se despidieron de mí.

—Rencorosa —repito.

—Pues yo creo que eso merece una compensación. —Cada vez está más cerca, su nariz casi roza la mía, y yo puedo notar como los cables de mi cerebro cortocircuitan. Se me aceleran la respiración y el pulso. Cierro los ojos y entreabro los labios.

Entonces en mi mente resuena la voz de Merce: «No mires hacia atrás, tú no vas en esa dirección». Y con un movimiento brusco, me escabullo entre

él y el coche. Me da tiempo a ver como McKenna besa la puerta justo donde hace cinco segundos estaba mi cara y me entra la risa tonta.

Myles menea la cabeza. No está enfadado; sonrío.

—Supongo que me lo merezco por haber dejado escapar la oportunidad.

—¡Correcto! —contesto, pagada de mí misma.

—Está bien, aunque creo que deberíamos ser amigos, al menos. La salud mental de Félix y Claudia lo agradecerá.

—¡Uf! No me recuerdes lo cobardes que han sido, por favor. Lo que debéis de haberos reído a mi costa.

—No, te equivocas —me dice, poniéndose muy serio—. Nunca nadie ha mencionado el motivo por el que no venías a cenar con nosotros. Lo he tenido que deducir yo solito con un comentario pillado por aquí y otro por allá.

—Dicho así, la verdad es que mi comportamiento suena bastante infantil. —Arrugo la nariz.

Él se ríe, pero sin mucha alegría.

—Al principio me pareció una gilipollez que siguieras enfadada conmigo, la verdad, pero ahora hasta me parece gracioso.

Le doy un golpe en el brazo y lo miro con los ojos entrecerrados.

—Pero qué creído te lo tienes.

Eleva los hombros levemente.

—He visto cómo me miras —me dice mientras se dirige al coche—. Este *kilt* te vuelve loca.

Le saco la lengua, pero yo también me estoy riendo.

Myles se apoya en el techo del automóvil y me mira. Aun con la distancia que nos separa, noto sus ojos recorriéndome, hambrientos.

—Pues, entonces, ¿amigos? —me pregunta al cabo de unos segundos.

—Amigos. —Sonrío.

Da dos golpecitos en el capó y se mete en el coche. Baja la ventana del lado en el que me encuentro y me dice:

—Buenas noches, *breac-seunach*.

Le sonrío con toda la cara; no tengo ni idea de qué me acaba de decir, podría estar insultándome y ni me habría enterado, pero se me ha puesto la piel de gallina desde el cogote hasta las puntas de los pies.

A ver cómo le digo mañana a Merce que voy a lavar los platos durante una semana seguida sin que se ría de mí lo que resta de año.

DIEZ

Antes de acostarme cerré las persianas y puse el *foscuro*, así que acabo de despertarme y no sé si todavía es de noche o si ya ha pasado la hora de comer. Me duele la cabeza y tengo la boca pastosa. ¿Por qué bebo? ¿Por qué? Si ya sé lo mal que me siento después. Joder, es que soy una inconsciente.

Intento levantarme de la cama, pero todo me da vueltas. ¡Socorro! Creo que todos los enanos de Moria se han puesto de acuerdo para golpear mi cerebro al mismo tiempo.

No volveré a beber en lo que me queda de vida. Lo juro.

Cuando soy capaz de apoyar los pies en el suelo, me entran unas ganas tremendas de hacer pipí (*mecagoen* mi madre y su condicionamiento operante). Salgo corriendo al pasillo y me dirijo al baño. Derrapo al pasar por delante de la habitación de Claudia. ¿Qué hace ella aquí? ¿No debería estar disfrutando de su primera mañana de casada con un superdesayuno en la cama?

—Buenos días, señora —le digo con sorna.

Ella levanta la vista y me mira, sonriente.

—Buenas tardes, más bien.

—¿Qué hora es? —Frunzo el ceño.

—Casi las seis.

—¡No puede ser!

—¿Qué pasó anoche? —Después aparece el espanto en su cara—.

¿Está aquí?

—¿Quién?

—Joder, Laurita, estás espesa, ¿eh? —Hace una pausa y, cuando ve que no la sigo, aclara con énfasis—: ¡McKenna!

—¿Por qué iba a estar aquí?

Mi amiga sacude la cabeza muy despacio.

—Anda, vete a mear, que creo que la urea te está afectando al cerebro.

Esas palabras me recuerdan las ganas que tenía de ir al lavabo antes de encontrarme con ella, y salgo disparada hacia el baño pequeño, que es el que nos queda más cerca.

—¿Me lo vas a contar o no?

—No pasó nada de nada. Le hice la cobra, bueno, no fue exactamente la cobra, pero algo parecido. Aun así, me pidió que fuéramos amigos, pero

solo por tu salud mental y la de Félix.

—¿A quién le hiciste la cobra? —Merce acaba de aparecer por el pasillo. No sé si ha salido de la cocina o si viene de la calle, pero en todo caso lleva el vestido de anoche. Se la ve radiante. Hace mucho tiempo que no la veía tan feliz. Seguro que ha tenido una noche de sexo del bueno. ¡Qué envidia, joder!

—A Myles —respondo, escueta, para cambiar al tema que me interesa—. Y a ti, ¿quién te ha hecho pasar una noche tan memorable? ¡No lo niegues, que lo llevas escrito en la cara!

—¿Qué haces aquí? —Pasa de mí por completo y se dirige a Claudia.

—Estoy preparando la maleta. Dentro de dos horas Félix y yo tenemos que estar en el aeropuerto, ¿te acuerdas de que me voy de viaje de novios?

—¿Ves por qué tienes que llevarte la ropa a tu piso de una vez? Esto no es ni medio normal.

Merce se dirige hacia su habitación intentando desabrocharse la cremallera; Claudia y yo nos miramos intrigadísimas. No ha querido contar nada de su noche loca, está esquivando el tema. Corremos tras ella; por supuesto que su estrategia para despistarnos no ha funcionado, lo único que ha conseguido es que crezca nuestra curiosidad.

—¿Con quién te fuiste, Merce? —le pregunta Claudia fingiendo inocencia.

—No lo conocéis.

—¡Venga ya! ¿Cómo puedo no conocerlo si era un invitado a «mi» boda? —exclama mientras se señala el pecho.

—Es que no era uno de los invitados de tu boda. Estaba en la boda que se celebraba en el otro comedor del restaurante, sabihonda.

Miente. Claudia y yo lo sabemos, Merce sabe que lo sabemos. Pero no va a decir nada más. Ahora me pasaré meses especulando sobre quién es el hombre misterioso que la ha hecho gozar tanto. Porque eso sí que no lo puede negar. Es algo que se le nota; lo proclama a los cuatro vientos con su aspecto. Joder, si parece que ni siquiera tiene resaca. Y mientras, yo aquí muriéndome de dolor de cabeza.

—Y tú, ¿qué tal la noche de bodas?

—La noche de bodas es un mito. De sexo, nada de nada. ¡Si he tenido que dormir con el corsé puesto! Félix estaba tan pedo que no me pudo desabrochar los dichosos botoncitos.

Merce y yo nos miramos y después empezamos a partirnos de la risa.

¡Qué imagen tan penosa!

—No me hace ninguna gracia; cuando pille a mi hermana, se va a enterar. Seguro que a ella le pasó lo mismo y no me lo advirtió. Lo que se habrá reído a mi costa.

Después de ayudar a Claudia a terminar de hacer la maleta, Merce y yo nos sentamos en el comedor con una bolsa de pipas, un cuenco y dos cocacolas. Estamos tan cansadas que ni siquiera tenemos ganas de hablar. Yo me recreo en el recuerdo de Myles. Está buenísimo, ¡*mecagondena!* ¿Qué voy a hacer con este cosquilleo que me recorre todo el cuerpo cada vez que me acuerdo de él, de la última mirada que me echó anoche y de lo poco que me faltó para caer en sus redes? Además, me reprendo, dejó bien claro durante la cena que no pensaba volver a casarse. Y yo quiero una boda en mi futuro; tan bonita como la de Claudia, aunque con un vestido más cómodo, claro, y una noche de bodas espectacular.

Merce, tan oportuna como siempre, me saca de mi ensimismamiento:

A las personas más importantes no hay que buscarlas, la vida te las presenta.

Lo pienso durante unos segundos y no veo por dónde coger la dichosa frasecita.

—¿Esa va por ti, por mí, por Claudia? No te sigo.

—Por ti, claro. Es tu frase para hoy.

—Pues a mí me parece que más bien es para ti. La vida no me ha presentado a nadie.

—¿Quieres decir que el McKenna al que conociste ayer es el mismo de hace trece años?

Mi cerebro va más lento de lo normal y por eso tardo un poco en contestar:

—Supongo que no.

Antes de que Merce pueda replicar, suena mi teléfono, avisándome de que ha entrado un mensaje, y otro, y otro.

Alargo la mano para cogerlo y ver quién está tan activo a estas horas de la tarde. ¿Un número desconocido? Miro la foto para dilucidar de quién se trata. Nada, es una imagen de una puesta de sol. ¡Qué manía tiene la gente de poner fotos que no los representan, jolines!

Leo los mensajes:

Teléfono desconocido: *Hola.*

Teléfono desconocido: *¿Ya te has levantado?*

Teléfono desconocido: *¿Quieres que vayamos a tomar algo?*

Tiro mi terminal sobre el sofá. Si casi no tengo la fuerza necesaria para leer los mensajes, cómo voy a responder a alguien que claramente se ha equivocado.

Al cabo de unos minutos, se escucha otro pitido del móvil. Al final va a ser que sí, que tendré que decirle a quien sea que está desperdiciando mensajes con quien no es.

Teléfono desconocido: *¡Vamos, breac-seunach! Contesta, dijiste que podíamos ser amigos.*

Ahogo un chillido mientras lanzo el móvil lejos de mí. Miles de *leprechauns* (a estas alturas ya estoy segura de que se trata de eso) invaden de golpe mi estómago.

—¡Es McKenna! —contesto a la pregunta muda de Merce.

—¿Qué quiere?

—Que vayamos a tomar algo.

—Pues dile que sí. De perdidos, al río. De todas formas, ya tienes que limpiar los platos toda la semana...

Y a esta, ¿qué le sucede? Ayer me aconsejaba alejarme de Myles y hoy me dice que me vaya con él a tomar algo.

—No voy a contestar. Necesitaría todo el bote de antiojeras para borrarle estos círculos de oso panda que tengo dibujados en la cara.

—¡Si te ha visto con aparato y aquel peinado horroroso que llevabas en el instituto! Ya sabe cómo eres en tus peores momentos. —¿Qué agradable es Merce cuando se lo propone!

Myles: *¿Estás ahí?*

Yo: *Sí, estoy aquí, pero no voy a salir esta noche. De hecho, aún no entiendo por qué me he levantado de la cama. Estoy para el arrastre.*

Myles: *Otra razón para no beber.*

Yo: *No soy tan perfecta como tú, a mí me gusta la sensación de seguridad que me da el estado de embriaguez.*

Myles: *Esa sensación es efímera y no trae consigo nada bueno.*

Yo: *Sí, papá, lo que tú digas. ¿Quién te ha dado mi número, por cierto?*

Myles: *Félix.*

¿Cómo no? Voy a tener unas palabritas con el marido de Claudia cuando vuelva de América, eso seguro. La pantalla me avisa de que Myles

está escribiendo un nuevo mensaje.

Myles: *¿Quedamos mañana, entonces?*

—Merce, me voy a morir. Le he dicho que no quería quedar hoy y me pide que salgamos mañana. ¿Qué hago?

—Dile que sí, te mueres de ganas.

—Pero no quiero salir con él, Merce. Tenemos objetivos diferentes en lo referente a parejas.

—Pues no salgas con él, solo tíratelo.

—Pero qué bruta eres a veces.

—A lo mejor es lo que necesitas para olvidarlo de una vez por todas. En el instituto no lo hicisteis y eso es lo que te pesa, que no lo has catado.

Los ojos se me ponen en blanco de forma automática.

Yo: *Vale, quedamos mañana.*

—Pero que conste que no me lo pienso tirar —le digo a Merce después de mandar el último mensaje.

—Lo que tú digas. —Se levanta y se va al baño, dejándome sola con Myles (teléfono de por medio).

Myles: *¿Quieres que vayamos a la bolera? Hace siglos que no voy.*

Yo: *Pues va a ser que no, hace mogollón que está cerrada.*

Myles: *Ah. Ok.*

Yo: *¿A qué hora quieres que quedemos?*

Myles: *Todavía no lo tengo del todo claro, JC y yo tenemos una reunión con un cliente a las tres y media. ¿Qué te parece si nos vemos cuando acabemos con él?*

Yo: *¿Y el señor sabe que se reúne con vosotros para morir?*

Myles: *¿Cómo dices?*

Yo: *Hombre, acabas de escribir que piensas acabar con él.*

Myles: *Ja, ja, ja.*

Miro el móvil con una sonrisa en los labios. Estoy pillada, lo sé, pero no quiero ponérselo fácil. Yo quiero un novio, no un polvo y adiós. Si se lo tiene que currar, igual consigo enamorarlo, ¿no os parece?

Myles: *Te llamo cuando acabe. Hasta mañana, preciosa.*

Yo: *Hasta mañana.*

Hala, voy a pasar otra noche en blanco. Tendré que salir a comprar valeriana si quiero descansar un poco.

ONCE

Al final, con tantos mensajitos, Myles y yo no decidimos dónde nos vamos a ver, así que llevo toda la mañana pendiente del teléfono (negaré que haya dicho eso, es más, negaré que lo haya pensado siquiera).

Estoy un poco atacada de los nervios; como no empiece a fingir que trabajo y siga mirando a las musarañas, ya me veo a la mitad de mis compañeros preguntándome qué me pasa. Menos mal que esta mañana no tengo demasiada faena, porque no me encuentro yo en situación de estar concentrada.

Voy al baño y, por supuesto, me llevo el móvil. Estoy pensando que quizás debería haberme puesto el vestido rojo con lunares que me queda tan bien. Aunque por la mañana, cuando me lo he probado, me ha parecido que iba demasiado arreglada. Tampoco quiero que Myles crea que he dedicado mucho tiempo a acicalarme para que me vea guapa, ¿o sí quiero?

Jobar, es que no tengo ni idea de qué quiero. El problema es que el sábado le dije que nunca, pero nunca, volvería a salir con él, ¿no? Si ahora me arreglo demasiado, ¿pensará que me estoy echando atrás y que quiero ligar? Pero tampoco puedo ir hecha un adefesio... Es que el día de la boda estaba guapísima con el vestido de dama de honor, el listón está bastante alto. Que si hablamos de nivel, él también estaba de escándalo con el *kilt*; será difícil que pueda superar eso.

A ver, Laura, recapitulemos, me digo cuando me levanto del inodoro. Si, cuando te llame, no es muy tarde, aún tienes tiempo de ir a casa a cambiarte. No, no, no, lo que tengo que hacer es dejar de pensar en McKenna y en la cita que tengo con él esta tarde. ¿Es una cita? ¿No, verdad? Dijimos que quedábamos como amigos.

Me abrocho el pantalón y oigo el ruido que hace mi móvil al vibrar, pero el sonido no proviene de donde debería (léase: el bolsillo trasero de mis vaqueros). Retengo el aire en mis pulmones. ¡Joder, joder, joder, joder! Miro dentro de la taza del váter y ahí está. ¡Por Dios! Iba tan ensimismada pensando en tonterías que no me lo he sacado del bolsillo antes de sentarme. ¡Mierda, mierda, mierda!

Lo extraigo de la taza cogiéndolo con dos dedos y me voy corriendo hacia el secamanos. Parece que todavía funciona, ¡menos mal! Santo Dios, ¿en qué coño estabas pensando, Laura?

Tengo que tranquilizarme. ¿Cuál era la frase de hoy? ¡Ah, sí!

La felicidad de tu vida depende de la calidad de tus pensamientos.

Es que no podría ser más acertada: por la mierda de pensamientos que estaba teniendo en bucle me veo en esta situación. Ni que la loca de Merce hubiera podido prever que hoy tendría la cabeza en otro sitio. Bueno, supongo que eso no era difícil de adivinar, ¿no? ¡Aish! Tengo que dejar de pensar durante un rato. Debería encontrar un rincón apartado y meditar un poco. No, primero tengo que ocuparme del móvil.

Cuando me parece que lo he secado bien, salgo del baño y me voy corriendo a ver a Enrique; es quien más sabe de tecnología de toda la biblioteca, seguro que puede echarme una mano.

—Enrique —digo con tono falsamente tranquilo—, he tenido un pequeño percance con el móvil. —Deposito con cuidado el teléfono sobre su mesa. Él lo recoge y lo inspecciona de arriba abajo.

—¿Qué le pasa? Parece que funciona.

—Se me ha caído al váter, y no solo eso. —Bajo la voz todo lo que puedo para que no me oiga nadie más—. Creo que le he hecho pipí encima.

Enrique abre la mano de inmediato, como si se hubiese quemado, y el móvil cae sobre su mesa con un «pam» que no me gusta nada. Me mira muy irritado.

—¿Eso ha estado en el interior del váter? —dice señalando el aparato con cara de asco.

—S-sí —tartamudeo.

—¿Y le has meado encima?

—Creo que sí. —Me estoy haciendo pequeña, diminuta.

—Quítalo ahora mismo de mi mesa.

Me apresuro a recoger el móvil al tiempo que lo veo abrir un cajón del que saca una botellita de líquido desinfectante. Se embadurna de potingue azul y se frota las manos de manera casi desesperada. Después, del mismo cajón, saca un bote de limpiamuebles y un paño y limpia la mesa a conciencia; se entretiene especialmente en los sitios donde ha apoyado el móvil, pero repasa toda la superficie una y otra vez.

Ahora entiendo por qué en su mesa no hay más que lo imprescindible y siempre está tan ordenadita. No me había fijado en que fuera tan obsesivo con esto de la limpieza.

—¿Le vas a echar un vistazo o no?

—¿Tú qué crees? Eso no es más que una fuente de gérmenes y suciedad. Ni siquiera debería dejar que lo tuvieras en las manos sin

protegértelas. Lo mejor que puedes hacer es tirarlo y comprar uno nuevo.

—Pero si hace poquísimo que lo tengo —exclamo, alterada.

—De todas maneras no va a funcionar. Aún no se ha apagado, pero no tardará en hacerlo, y después ya nunca más se va a encender —dice en un plan tétrico que no le conocía.

—Mientras funcione, no pienso comprar otro.

—Allá tú, aunque calculo que para dentro de dos horas ya no tendrás móvil. Y por favor, no toques nada con esas manos, lávatelas primero.

¿Cómo que dentro de dos horas no tendré móvil? ¡No, no, no! Hoy no puedo quedarme incomunicada. Dios mío, déjame sin teléfono cualquier otro día del año, pero hoy no, por favor te lo pido.

Paso la mañana lanzando miradas furtivas al dichoso aparatito, pero sigue funcionando, así que no me altero. A mediodía voy al lavabo, de nuevo, pero esta vez dejo el teléfono sobre la mesa en mi despacho; no quiero sufrir ningún otro accidente. Al volver del baño me doy cuenta de que se ha apagado y, como ha predicho Enrique, no vuelve a ponerse en marcha. Se ha muerto y me he quedado sin teléfono.

Cuando salgo del trabajo, lo primero que hago es dirigirme a una tienda de móviles que, como no podía ser de otra manera, está petada de gente. Cojo un número del dispensador y me dispongo a esperar lo que haga falta. Como no tengo el móvil para distraerme, me dedico a observar al resto de personas que hay en la tienda. Todos parecen tener prisa hasta que se plantan delante de la dependienta; entonces dejan de estar impacientes y se entretienen cuanto haga falta. Así, en hora y media, la pobre ha atendido a tres personas y yo estoy a punto de sufrir un síncope.

Al fin es mi turno; creo que hasta me he echado una cabezadita durante el rato que he podido estar sentada en una silla.

—¿Cómo puedo ayudarla?

—Pues verás, esta mañana, esto... El móvil se me ha caído al váter, aún no me explico cómo...

—No se preocupe —me interrumpe. Estará harta de oír historias sin sentido—. Le pasa a mucha gente. Aunque siento decirle que ese tipo de accidentes no los cubre la garantía.

Eso ya me lo imaginaba yo. Si una es así, un poco idiota, y se mea en su móvil, encima no le van a dar uno nuevo. Me parece justo, ¿a vosotros no?

—Puedo mandarlo al servicio técnico para que le hagan una revisión —continúa—, pero si se ha sulfatado la batería, habrá poco que hacer al

respecto.

—La cuestión es que yo lo necesito para el trabajo —miento descaradamente.

—Tampoco tenemos móviles de repuesto —me ataja, viendo mis intenciones antes incluso que yo.

—¿Qué puedo hacer? —El tono de mi voz roza la desesperación.

—Lo más rápido es comprar uno nuevo.

Si ya me lo advirtió Enrique. Es que no sé para qué le consulto si después no hago caso de lo que me aconseja. Lo que pasa es que yo no me lo quería creer. Este mes he gastado bastante dinero con el tema de la boda y la verdad es que me viene fatal comprar un teléfono nuevo, pero ¿qué más puedo hacer?

La dependienta parece leerme el pensamiento, porque me dice:

—Hay gente que lo ha puesto en un cuenco con arroz durante toda la noche y de esa forma lo ha salvado. Puede probar eso, solo que estará sin móvil al menos hasta mañana por la mañana.

Al final acabo comprando uno nuevo, claro. En cuanto lo pongo en marcha, lo primero que hago es comprobar que no haya mensajes. Tengo casi cien. Ninguno de Myles. Casi todos son de mi madre preguntándome una y otra vez por qué no le cojo el teléfono, de los compañeros del trabajo para saber dónde me he metido y del chat que compartimos Merce, Claudia y yo. Claudia y Félix han llegado bien a París, donde hacen escala para ir a Nueva York.

¿Se habrá olvidado Myles de que quedamos en vernos? ¡No, qué va! Todavía debe de estar reunido. Ostras, ya veréis que hasta tendré tiempo de ir a casa a cambiarme. Porque, con tanto esperar, llevo la camisa hecha un guiñapo, y yo no debo de presentar mejor aspecto que la ropa. No he acabado de procesar este pensamiento cuando entran tres mensajes seguidos:

Myles: *Hola.*

Myles: *Yo ya estoy.*

Myles: *¿Tú cómo lo llevas?*

¿Y ahora qué le digo? No sé qué hacer, ¿por qué tengo que ser tan indecisa? No hay derecho.

Yo: *Hola.*

Yo: *Quería pasar por casa y cambiarme de ropa. ¿Te va bien que quedemos dentro de un rato?*

Myles: *¿Sigues tardando tanto en cambiarte de ropa como cuando teníamos dieciséis años?*

Yo: *¡Hum! No sé cómo tomarme eso.*

Myles: *Tómatelo cómo quieras, pero en media hora paso a recogerte.*

¿Media hora? ¿Está loco o qué? Si media hora es el tiempo que necesito para llegar a casa.

Yo: *Mejor cuarenta y cinco minutos.*

Myles: *¿Dónde estás? Voy a recogerte ya.*

¡No lo dirá en serio!

Yo: *No, no, no. Quedamos en mi casa, en cuarenta y cinco minutos.*

Después cambio de opinión y le escribo de nuevo.

Yo: *O, mejor, yo pasaré a recogerte por la tuya.*

Myles: *Ni hablar. Te doy cuarenta minutos, ni uno más.*

No le contesto. Echo a correr hacia el piso. Espero que Merce no esté, porque si tengo que contarle todo lo que me ha pasado hoy, no me van a bastar ni dos horas.

DOCE

El telefonillo de la calle suena y yo estoy a medio peinar. Voy corriendo a contestar:

—¿Sí?

—Soy Myles, ¿bajas?

—¡Ahora mismo!

¿Tendría que haberle dicho que subiera? ¡Ni de coña!

Me he lavado el pelo y quería pasarme las planchas, pero ya no me va a dar tiempo, así que me lo seco un poco a lo loco. ¡Ni tan mal! Apenas me maquillo: un poco de rímel, casi nada de *eyeliner* y labios discretos. Arreglada pero informal.

En cuanto salgo a la calle, lo veo. Está apoyado en el coche, en la portezuela del acompañante, para ser más exactos. Está vigilando el portal y, cuando salgo, agacha la cabeza. ¿Intuyo una sonrisa?

Ahora que estoy más cerca de él, me señala el reloj con un dedo mientras arquea una ceja.

—Tus cuarenta minutos siguen durando una hora.

—¡No sabía yo que tuvieras esa memoria de elefante!

Encoge los hombros; es un gesto indolente que lo hace parecer aún más atractivo.

—¿Te apetece ir a Valldemossa? Hace años que no voy.

—Por mí, genial.

Me abre la puerta del coche; antes de entrar dudo si debo darle dos besos o volver a esquivar el momento, como hice el sábado. McKenna se acerca imperceptiblemente, así que me lanzo al ruedo y le planto un beso en cada mejilla. Besos sonoros de amiga, nada de dulzura, ¡no nos vayamos a confundir!

Aprovecho para aspirar su perfume; sigue siendo Dolce & Gabbana Pour Homme. En cuanto ese aroma traspasa mis fosas nasales, me veo con solo dieciséis años, sentada encima de él, con las manos metidas bajo su cazadora y la nariz pegada a la curva de su cuello. Tengo que obligarme a volver al presente y dejar de olisquearlo. Me siento rápidamente en el asiento del copiloto para que no se dé cuenta de la flojera que me ha entrado.

En cuanto se incorpora al tráfico, busco una pregunta intrascendente que hacerle.

—¿Cómo se te da conducir por la derecha?

—Muy bien, no hay tanta diferencia. Solo tengo que mantenerme en mi carril y prestar atención en las rotondas, pero el resto no es difícil. Lo complicado sería llevar un coche con el volante a la derecha. Eso sí que te descoloca un montón.

—Y ¿cómo llevas lo de vivir en casa de tu madre después de tantos años?

—Tampoco es como si me hubiera marchado y no hubiera vuelto jamás. He venido a menudo de visita. No abandoné a mi madre y a mi hermana ni nada parecido, ¿sabes?

—Ya, me lo imagino. Pero estar de visita no es lo mismo que instalarte con ella de nuevo. Yo habría sido incapaz de volver con mis padres cuando me separé de Jose.

—¿Te separaste? No sabía que te habías casado —dice, retirando un momento la vista de la carretera para fijarla en mí. Su expresión apesadumbrada me desconcierta.

—Es una manera de hablar. Jose y yo llevábamos dos años viviendo juntos cuando decidí dejarlo. No hubo bodorrio como el del sábado ni nada de eso. —Intento restarle importancia con un gesto de la mano.

—Estuvo bien la boda, ¿eh? Claudia y Félix forman una pareja estupenda. No habría apostado ni un chelín por esos dos hace quince años, ¿y tú? —Su tono es completamente distinto, no se me escapa que ha cambiado de tema.

—¡Yo no lo habría apostado ni siquiera hace dos!

Llegamos a Valldemossa y Myles deja el coche en uno de los aparcamientos públicos. Muchos turistas, sobre todo extranjeros, visitan cada día el pueblo. Es que es muy bonito, hay que reconocerlo; además, el chocolate a la taza con coca de patata que sirven en la mayoría de bares es mundialmente conocido. Aunque estamos casi a finales de junio; quizás será mejor que pida helado con la coca, ¿no?

—¿Por qué decidiste irte con tu padre cuando se separó de tu madre?

—Es algo que me ha rondado por la cabeza desde que se marchó, pero no había tenido ocasión de preguntárselo a él, y supongo que este es tan buen momento (o tan malo) como cualquier otro.

Myles toma aire y me mira de una forma extraña. A lo mejor he tocado un tema peliagudo.

—La idea era irme con él unos cuantos años, mientras estudiaba en la

universidad. Después se suponía que iba a volver.

—¿Qué te hizo cambiar de idea?

—Su deterioro, supongo. Y que mientras hacía la carrera conocí a Sheyla.

—Tu exmujer —afirmo.

Myles asiente, pero no dice nada más.

Nos perdemos por las calles del pueblecito, adoquinadas y llenas de macetas. Caminamos muy cerca uno del otro. De tanto en tanto la piel de mi brazo roza los pelillos del suyo y siento un escalofrío; ¿lo sentirá él igual? No me atrevo a mirarlo por si acaso, pero intuyo que le gusta tanto como a mí.

El silencio es agradable; el paseo, también. Hoy me parece todo más luminoso, más verde, más bonito que la última vez que vine.

Sin necesidad de decir nada, nos dirigimos a una de las terrazas que abundan en la calle principal.

Nos sentamos frente a frente. Myles me mira directamente a los ojos y yo tengo que bajar la vista, azorada. Pone las manos sobre la mesa y yo sujeto las mías sobre el regazo. ¿Qué es esta mierda de timidez que se ha apoderado de mí? ¡Que ya no tengo dieciséis años, joder!

El camarero viene para interrumpir el momento incómodo, y me siento aliviada al tiempo que su intromisión me molesta. ¿Veis como tenía razón cuando os decía que casi nunca sé qué puñetas quiero?

Cuando vuelve a dejarnos solos, Myles suelta un leve bufido y se revuelve el pelo. ¡Cómo me gustaba que hiciera eso!, y por lo visto aún me sigue cautivando, porque contengo un suspiro a duras penas.

—¿Sabes que el único que no pilló cacho en la boda fui yo? —me pregunta con sorna en cuanto tenemos el helado delante.

—Creo que eso no es del todo exacto porque, por lo que yo sé, Félix no pudo consumar su matrimonio, y JC... No vi con quién se fue. ¿Tú lo viste?

—No, desapareció y no ha querido soltar prenda de con quién. Pero creo que hoy pensaba verla de nuevo.

—¡Bien por él! —exclamo un poco más alto de lo que pretendía. ¡Vaya, qué voz más chillona tengo a veces!

Myles se ríe. Estira el dedo meñique de la mano con que sujeta su vaso de helado y roza levemente el mío. Esta vez no me retiro y consigo mantenerle la mirada.

—¿Por qué dejaste a tu ex? —¿En serio me ha preguntado eso? Vaya corte de rollo. Aparto mi mano y mi helado de su alcance.

—Es una historia muy larga. Para resumir: habíamos evolucionado hacia objetivos diferentes.

Myles frunce las cejas, hace como que no me entiende. Me encojo de hombros.

—Ya no queríamos lo mismo. Nos tratábamos de forma bastante irrespetuosa; discutíamos por todo y nos culpábamos mutuamente de los problemas que sobrevolaban nuestras cabezas. Me acusaba de que no confiaba en él y yo lo acusaba a él de que no me prestaba suficiente atención. Jose siempre tenía cosas mejores que hacer que pasar el tiempo conmigo y... un día me harté y me fui.

Le he contado la misma versión de la historia a tanta gente que la mentira me sale sola. Bueno, en realidad sucedió más o menos así. Omitir información no es lo mismo que mentir, ¿verdad?

—Vaya, lo siento, no pensaba que tuvieras un pasado tan turbulento.

Sonrío, pero no aparecen las arruguitas de felicidad alrededor de mis ojos.

—¿Tu separación fue más civilizada, acaso?

—No sé si fue más civilizada. Un día, mientras cenábamos, Sheyla me dijo que se le había terminado el amor, así que a la mañana siguiente recogí todas mis cosas y me mudé a casa de mi padre. Pero no hubo gritos ni peleas ni nada por el estilo.

—Será por esa flema legendaria que dicen que tenéis los británicos.

—¡Será eso! Pero yo sigo siendo medio mallorquín, o al menos lo era la última vez que lo miré en el DNI. De Palma, zona de la plaza de toros, para ser más concreto.

Pongo los ojos en blanco y a Myles parece hacerle mucha gracia; siempre he sido un poco payasa. Me sonrío y no puedo evitar ponerme como un tomate. ¡Señor! Nunca se me ha dado demasiado bien esto de la interpretación.

—Pues el sábado nadie lo hubiera dicho —replico a modo de defensa.

—¡Ya vi lo mucho que te gustaba mi *kilt*!

Chasqueo la lengua contra el paladar.

—Me gustan los *kilts* y otras muchas cosas escocesas.

—¿Ah, sí? ¿Y de dónde te viene esa afición? —Su sonrisa no puede ser más vanidosa.

—Pues de una serie de televisión, no sé si la habrás visto —respondo sin alterarme—. *Outlander*.

Quien pone los ojos en blanco ahora es Myles.

—*Of course*. ¿Por qué será que no me sorprende?

Sonrío mientras chupo la cucharilla del helado. Los ojos de Myles quedan prendidos de mi lengua, y no puedo evitar sentir como mi estómago se vuelve del revés.

—Esto... Pues quizás podría elaborarte una cena típica escocesa y así ves lo buen cocinero que soy.

—¡Ostras! ¿De verdad? Me encantaría, y ni te digo lo que le parecerá a Claudia. A ella le gusta todavía más Jamie, y todo lo que tenga relación con Escocia, que a mí.

—«Jamie». ¡En serio, no sé qué le veis a ese tío! —Después se queda en silencio unos segundos. Parece que va a decir algo, pero cambia de opinión—. Pues en cuanto vuelvan Félix y Claudia del viaje de novios, organizamos una cena, pero ya te aviso de que tendrás que hacerme de pinche.

—¡Hecho! —exclamo mientras alargó la mano para sellar el trato.

TRECE

Pasan un par de días muy raros. Apenas he visto a Merce, aunque el chat que tengo con ella y con Claudia está *on fire*. No paran de llegar mensajes desde Estados Unidos: nuestra amiga lo está pasando de miedo y parece empeñada en que muramos de envidia.

Hoy he salido del trabajo un poco más tarde, porque el último grupo que ha visitado el edificio era de esos que no acaban nunca de hacer preguntas. Me encanta la gente que muestra interés por lo que les explico. Los grupos que no me gustan son los de los institutos: los pobres chicos vienen obligados y ni siquiera escuchan, tengo que desgañitarme para que se oiga mi voz por encima de todas las suyas. En fin, no quiero torraros la oreja con eso.

Al abrir la puerta de casa, me asalta un olorcillo a galletas que quita el hipo. ¿Os he dicho que Merce es una estupenda cocinera? Podría abrir su propia pastelería, porque el dulce es lo que mejor se le da, aunque no suele cocinar a menudo. Solo se pone ante los fogones cuando algo le preocupa, y eso no sucede con frecuencia.

—¿Qué te pasa? —le pregunto por todo saludo.

No me oye porque lleva unos cascos puestos y canta una canción irreconocible (todo lo que tiene de buena cocinera lo tiene de mala cantante); podría ser cualquiera, pero me parece reconocer la letra de una balada. ¡Uy, que esto va a ser mucho más gordo de lo que me temía!

Hago ruido con una silla para llamar su atención y se vuelve hacia mí.

—¿Que qué te pasa?

—¿A mí? ¡Nada! ¿Por?

—*Cookies* caseras y baladas. ¡Por eso!

Apaga rápidamente el reproductor y se coloca el pelo detrás de las orejas. Lo tiene tan indomable que apenas se nota la diferencia. Se agacha para revisar las galletas que todavía están en el interior del horno sin tenerme en cuenta.

—No pasa nada, hoy me apetecía cocinar y punto.

Cuando se pone en ese plan es que no quiere contarte lo que ronda por esa cabeza loca suya. Hace tantos años que la conozco que no me impaciento. Total, por mucho que la presione, no dirá ni pío. Sea lo que sea lo que la tiene abstraída, no lo sabré hasta que ella quiera. Que, por cierto, no será hoy.

—¿Dónde has estado toda la semana?

—Pues aquí, ¿dónde querías que estuviera?

—No has parado por casa, ni te he visto el pelo.

—Ni que ahora tuviera que darte explicaciones de cuándo entro y salgo. —Está mucho más irritable de lo que había pensado en un principio; lo que le sucede no es gordo, es tamaño Everest. Me digo que mi mejor opción es la retirada, así que retrocedo despacio sin dejar de mirarla y simulando que huyo de un animal peligroso.

—¿Serás pava? —Me lanza el cucharón con el que remueve la masa de la segunda o la tercera hornada de galletas y yo salgo corriendo de la cocina sin decir «esta boca es mía».

Me siento delante de la tele y voy pasando los canales sin encontrar nada que me apetezca ver. Cuando la apago, la voz desentonada de Merce me llega de nuevo desde la cocina. ¿Qué demonios le ocurrirá?

El libro que empecé a leer ayer no ha conseguido engancharme y no me apetece retomararlo. Cojo el móvil y lo miro durante unos instantes. ¿Debería mandarle un mensaje a McKenna? Y ¿qué le digo?

Desde que fuimos a Valldemossa el lunes no nos hemos visto. Sí que nos hemos mandado unos cuantos mensajes intrascendentes, algún meme y alguna que otra chorrada más, pero nada del otro mundo. La cuestión es que tengo ganas de hablar con él, pero no sé de qué.

Yo: *Buenas tardes, ¿ya has terminado de trabajar?*

Myles: *No, aún no.*

Vaya, pues parece que nada de conversación por aquí, tampoco.

Myles: *¿Te apetece ir a la playa más tarde?*

¡Uf! Odio la playa. ¡Ya lo sé, Dios da pan a quien no tiene dientes! Pero es que no me gusta nada la sensación de la arena sobre la piel, y mucho menos la de la sal después de haber nadado. Te queda toda la piel tirante, ¡puaj! No lo soporto. Además, tomar el sol es muy malo. ¡Malísimo! Y encima, ¡estoy sin depilar! Bueno, vale, me hice la cera la semana pasada para lucir mi vestido de dama de honor, pero ya me empiezan a salir pelillos, y esa es una excusa tan buena como cualquier otra, ¿no?

Yo: *La playa no es lo mío.*

Myles: *¿Ah, no?*

Yo: Nop.

Myles: *Le he prometido a mi sobrina que la llevaría a Ciudad Jardín esta tarde.*

Yo: *¿Playa y niños? Esa sí que es una mala combinación.*

Myles: *Niña. Solo una.*

Yo: *Ve con ella, no te preocupes, nos vemos otro día.*

Myles: *¡Cobarde!*

Yo: *Y gallina, y capitán de las sardinas.*

Myles: *Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja.*

Merce entra en el salón cargada con una fuente repleta de galletas y cara contrita.

—«Un amigo es quien nos conoce y nos ama de todas formas».

—¿En serio? Empiezo a dudar de a quién de las dos le gusta más el calendario de frases.

Me saca la lengua.

—Vengo en son de paz y te traigo mis galletas como ofrenda.

—¡Vale! Aceptamos galleta.

Pone la bandeja sobre la mesita baja que hay delante del sofá y se sienta a mi lado con las piernas recogidas contra el pecho. Se va deslizando con lentitud hasta que su cabeza reposa en mi hombro.

—¿Por qué la vida es tan complicada?

—«No hay vidas complicadas, solo personas que se complican la vida».

Merce levanta un poco la cabeza y nos miramos a los ojos. Despacio, muy despacio, vamos frunciendo los labios; primero se nos escapa una pedorreta y después rompemos a reír como posesas.

Tengo que secarme las lágrimas. Esto es lo mejor de tener amigas como las mías: podemos partirnos de la risa por cualquier chorrada hasta que las mandíbulas y la tripa nos piden que paremos, por su bien.

—Creo que esto de las frases se nos está yendo de las manos —me dice.

—Sí, creo que sí. —Hago una pequeña pausa—. ¿Me vas a contar qué te pasa?

—Me parece que aún no estoy preparada.

—¿Estás bien?

—Lo estaré cuando se aclare un poco el lío que tengo en la cabeza.

—Ya sabes que estoy aquí.

—Sí, lo sé.

Nos quedamos unos minutos en silencio.

—¿Sabes que tienes la cocina llena de cacharros por fregar? —Merce empieza a reír de nuevo; en serio, es una cabrita. Tiene que sujetarse la

barriga porque le va a estallar.

Cuatro horas más tarde, quedan muy pocas galletas y nosotras estamos tiradas en el sofá. No hemos hecho nada en toda la tarde, ni ganas. Mi teléfono vibra varias veces, están llegando mensajes muy seguidos. Lo miro y es Myles, que me manda fotos de él y su sobrina en la playa haciendo poses. La niña es tan pelirroja como su tío, pero tiene la carita de su madre. Y yo soy gilipollas por haberme perdido el espectáculo de ver a ese pedazo de hombre casi sin ropa.

—¿Es McKenna?

—Sí. —Esbozo una sonrisa muy tonta.

—Te estás pillando por él.

—¡Qué va!

—¿Quieres volver a apostar?

Ni le contesto; me levanto para ir al baño. Entonces su teléfono comienza a vibrar. Merce no le presta la más mínima atención.

—Te llaman.

—Ya.

—¿No piensas cogerlo?

—No.

Mira, cuando se pone así es para tirarla por la ventana. ¿Se puede ser más críptica? La curiosidad me está matando; lo que es una tontería como un piano, porque seguramente todo este mutismo sea por algún tío al que Merce habrá olvidado antes de que yo tenga ocasión de enterarme siquiera de quién es.

De regreso a la sala de estar, paso por la cocina para coger unas galletas saladas y un poco de queso. Mi teléfono empieza a vibrar como un poseso.

Myles: *Breac-seunach, me apetecía un montón invitarte a cenar hoy, pero mi sobrina me ha dejado molido.*

Me muerdo el labio inferior con fuerza para no gritar de emoción. ¡Pero qué mono es!

Yo: *No te preocupes, otro día quedamos.*

Myles: *Empiezo a echar de menos tus pecas.*

Yo: *Y yo tu kilt.*

En cuanto aprieto el botón de enviar, me arrepiento de haberlo hecho.

Myles: *Ya sabía que te volvía loca.*

Yo: *Yo no he dicho tanto.*

Myles: *Pero yo sé leer entre líneas.*

Pongo los ojos en blanco.

Yo: *Retiro lo de tu faldita.*

Myles: How you dare? *Ni siquiera tú puedes llamar «faldita» a mi kilt.*

Yo: *Vale, retiro lo de «faldita».*

Myles: *Te veo muy ¿retiradora?, ¿retirante?*

Merce entra en la cocina y me encuentra de pie y sonriendo con cara de boba, con el móvil en una mano y el plato con las galletas y el queso en la otra. Como no puede ser de otra manera, primero me gruñe y después me espeta:

—¡Quieres hacer el favor de tirártelo ya! Qué asco me da que seáis todos tan empalagosos. ¡Joder! —Sale de la cocina dando un portazo.

¡Un momento! ¿Qué acaba de pasar? Vale que Merce es una enemiga acérrima de cualquier cosa que huela a amor, carantoñas, mimos, arrumacos y cosas por el estilo. Ella va a lo que va, o al menos siempre ha querido hacérselo creer. Pero lo de hoy empieza a rozar la enajenación. *Mecagondena*, y encima Claudia está en la otra punta del mundo y no voy a poder diseccionar el comportamiento de nuestra amiga con ella.

CATORCE

Hoy he ido a comer a casa de mis padres. Suelo hacerlo al menos una vez a la semana. Me encanta que me mimen y me traten como a su princesa; al fin y al cabo lo soy, ¿no?

Sé que en el fondo se alegran de que haga mi vida y todo eso, pero también es cierto que piensan que como la comida de su casa no hay ninguna (que alguien se atreva a decir lo contrario, a ver qué pasa) y que en ningún sitio me van a alimentar tan bien como lo hacen ellos.

—Todavía no nos has contado nada de la boda de Claudia —dice mi madre mientras entra al comedor, cargada con una fuente enorme de huevos fritos con patatas, mi plato favorito. ¿No os he dicho que me malcrían cuando vengo aquí?

—Todo fue genial, mamá, como era de esperar. Ella estaba radiante y Félix no cabía en sí de contento. Hubo un momento, cuando entrábamos en la iglesia, que incluso creí que se pondría a llorar.

—Este Félix siempre ha sido un poco llorón. Lo hablábamos a menudo con su madre cuando os esperábamos a la salida del colegio. Supongo que su padrino era JC, ¿no? Me parece un chico majísimo, siempre me lo ha parecido.

—Sí, los padrinos eran él y Myles —digo a toda prisa, antes de meterme una cucharada enorme de comida en la boca.

—¿Cómo? —grita mi madre, dejando caer con estrépito la cuchara de servir en la fuente—. Espero que solo viniera para la boda y que ya esté de vuelta en Irlanda. Su madre es una bellísima persona, pero él...

—Es Escocia, mamá, no Irlanda. Y no, no se ha ido, creo que más bien ha venido para quedarse.

—No te alteres, gordita, no es bueno para tus nervios. —Mi padre siempre tan pragmático.

—Muy calmado te veo, ¿acaso tú ya lo sabías?

—Me lo encontré el otro día en el bar de Paco. Estaba tomando un café con su hermana.

—Espero que ni siquiera le dirigieras la palabra.

—No soy tan incivilizado. Lo saludé y le di el pésame por la muerte de su padre. Por eso ha vuelto, ¿verdad, nena?

—Sí, y porque JC le propuso que montaran un negocio de informática a

medias. —Ni por asomo se me ocurrirá decirles que se divorció y que esa es la tercera causa de su regreso.

Nunca hablamos de Myles en casa. Es una especie de tema tabú, ¿sabéis? Hay que tener en cuenta que teníamos dieciséis años cuando empezamos a salir juntos, que él era mi primer amor y que yo —todavía— se lo contaba todo a mi madre.

Creo que os he comentado que nací cuando mis padres eran ya mayores, bueno, al menos lo que se consideraba mayores entonces, porque ahora mucha gente tiene hijos después de los cuarenta y no pasa nada; pero cuando yo vine al mundo todavía no estaba tan normalizado. Ellos dos eran, y siguen siendo, todo su mundo el uno para el otro. Están muy enamorados, lo que es maravilloso y me da mucha envidia. A mí también me encantaría llegar a su edad y seguir bebiendo los vientos por mi media naranja, la verdad.

—Nena, ya sabes lo que pienso de ese chico. Un hombre que no sabe respetar a una mujer no es más que un cerdo. Aunque esté convencido de lo contrario. —Siempre que mi madre me repite esa frase (y os puedo asegurar que es muy a menudo), pienso en que los pobres cerdos gozan de demasiada mala fama.

Las ideas de mi madre acerca del amor, y por lo tanto sus consejos, no son, lo que podríamos decir, muy modernas. Ella llegó virgen al matrimonio, como exigían los cánones de su época («y aunque algunas se saltaran ese precepto a la torera, hija, yo no fui de esas»). Otra de sus frases célebres). Así que, quieras que no, yo iba con la lección bien aprendida sobre lo que significaba la virginidad y cuándo era adecuado «entregarla». Supongo que ahí empezaron mis problemas con McKenna.

Myles y yo estábamos superenamorados, o eso me gustaba creer a mí. Él fue el primer chico al que confié mi corazón sin reservas, y a veces pienso que el único. Cuando empezamos a salir, yo era muy inocente, pero tengo que decir que algunas barreras cayeron fulminadas y que las ideas de mi madre empezaron a no parecerme tan acertadas.

Vamos, que nos metíamos mano a todas horas y yo lo disfrutaba muchísimo, aunque, por supuesto, no le contaba nada de eso a mi progenitora. Pero cuando las cosas pasaron a mayores y la palabra «sexo» (y me refiero a sexo con penetración, porque entonces pensaba que no existía ningún otro) empezó a sobrevolar nuestras —ya no tan inocentes— cabecitas, me acojoné. Me negué en redondo.

Quiero pensar que mi subconsciente estaba baqueteado por las

enseñanzas de mi madre, o a lo mejor es que era bastante inmadura y mi cabeza y mi corazón lo sabían, pero no quise hacerlo. Ni siquiera un fin de semana en que los padres de Myles se fueron a un hotel, para ver si conseguían salvar lo suyo en un entorno más romántico, y su hermana nos cedió la casa trasladándose a la de su novio.

Myles se esmeró de verdad: compró docenas de velas y arregló su habitación (cosa no muy habitual en él); se vistió para la ocasión con unos vaqueros y una camiseta que a mí me volvían loca. Estaba para comérselo, en serio, pero cuando llegó el momento crucial, yo me eché atrás. Me asusté y le pedí que me acompañara a casa.

No mucho tiempo después, la tetona se le tiró a la yugular, así que supongo que, como vio que Ana iba a darle lo que yo le había negado, decidió cortar conmigo y probar suerte con ella. Siempre he pensado que lo de las tetas era una manera delicada (a lo bruto, pero delicada al fin y al cabo) de decir que me dejaba por estrecha.

Por descontado, cuando Myles y yo cortamos, se lo conté todo a mi madre, hecha un mar de lágrimas. Como os podréis imaginar, se enfadó muchísimo. Tuve que cortarle el paso en la puerta de la calle, porque estaba dispuesta a ir y cantarle las cuarenta a McKenna y, de paso, a su madre.

Lo mío con Myles había sido bastante formal, por lo que él venía a menudo a mi casa y yo iba a la suya. Yo conocía a sus padres y él, a los míos. Así que la decepción de mi madre fue doble. Por una parte estaba dolida por lo mal que yo me sentía y por otra: «enfadada conmigo misma por no haber visto que el chico no era de fiar», palabras textuales.

A mí la tristeza me duró tiempo, seguía fatal cuando ya hacía mucho que Ana y Myles habían dejado de estar juntos (lo suyo no se alargó demasiado, la verdad). No volví a dirigirle la palabra nunca más, hasta el día de la boda de Claudia, claro.

—La verdad es que jamás entendí lo que habías visto en ese chico. Era un descarado y tenía muy poca vergüenza.

—Mamá, no seas así, que tú eras su fan número uno hasta que rompimos.

—Fue él quien rompió contigo si no lo recuerdo mal. Muy mala memoria se te está quedando a ti de repente.

Mi padre y yo negamos al unísono.

Después de comer, mis padres se echan una cabezadita y yo aprovecho para

meterme en mi antigua habitación, que está tal y como la dejé el día que me fui a vivir con Jose, para rebuscar entre las carpetas del instituto que todavía conservo.

Trasteo un rato entre mis cosas y al fin encuentro lo que andaba buscando. Claudia y yo siempre nos sentábamos una frente a la otra y aprovechábamos el tiempo que duraban las clases para mandarnos notitas; aún conservo algunas de ellas. Distingo perfectamente la letra de Claudia, redondeada en comparación con la mía, mucho más puntiaguda. Algunas líneas ya casi se han borrado después de tantos años, pero el mensaje sigue entendiéndose a la perfección.

Claudia: *Entonces, ¿te ha dicho que te quiere?*

Yo: *Sí, ¿te lo puedes creer?* —Toda la frase está llena de signos de exclamación e interrogación, se ve que estaba entusiasmada de veras.

Claudia: *¿Qué le has contestado?*

Yo: *Que yo también.* —Aquí me dediqué a pintar corazones antes de pasarle la nota a mi amiga.

Claudia: *No tenías que haberlo hecho, ahora ya sabe que te tiene en el bote.*

Yo: *Eso ya lo sabía cuando me invitó a ir a la bolera, Claudia, no seas boba.*

Claudia: *No sé si deberíais seguir metiéndoos mano bajo las gradas del gimnasio. Me parece poco seguro.*

Yo: *Ya, yo también se lo he dicho. Esta tarde subirá a casa, espero que mi madre lo deje entrar en mi habitación.*

Claudia: *¡Que te crees tú eso!*

Sonríó al terminar de leer ese papelito en concreto. Qué inocentes éramos y qué poco sabíamos sobre lo que se nos venía encima. Y por si tenéis dudas, por supuesto que mi madre no dejó que Myles entrara en mi habitación. A lo máximo que llegamos en mi casa fue a estar sentados a la mesa camilla haciendo los deberes. ¡Pero en la suya...! En su casa sí que nos dejaban meternos en su habitación con la puerta cerrada. Suspiro de añoranza al recordarlo. ¡Con lo bueno que está ahora! ¡Y esa voz! «Laura, déjalo ya, que te estás poniendo demasiado nostálgica. Le has dicho que no vas a repetir y es que no. No nos fiamos de él, ¿verdad? ¡Pero lo que daríamos por fiarnos!».

Cuando mis padres se levantan de la siesta, me proponen ir a tomar una horchata al bar de Paco. Quieren aprovechar hasta el último minuto de los días

que me acerco a verlos; aunque viva a poco más de dos manzanas de su casa, cuando los dejo, parece que viviera en Reikiavik.

Encontramos una mesa fuera, a la sombra, y pedimos tres horchatas. ¿Podéis creerlo que aún me cuesta pedir cerveza cuando voy con ellos? Suelo optar por beber cocacola, pero hoy, con el calor que hace, he estado a punto de pedir una clara. ¡Como siempre, a última hora me he rajado!

—Hablando del rey de Roma —oigo que murmura mi madre. Levanto la cabeza de inmediato, porque sé a quién se refiere aunque no haya pronunciado su nombre.

Myles está de pie al otro lado de la calle y nos ha visto. Levanta una mano para saludar y cruza hacia donde nos encontramos.

—Hola, Laura. —Me mira con cara de pícaro. Seguro que está pensando cómo reconquistar a mi madre. Aunque ahora hable tan mal de Myles, cuando salíamos juntos era su ojito derecho, y él lo sabe—. Señora Melis, está igual que hace trece años, no ha envejecido ni un minuto desde la última vez que la vi.

¡Adulador! No creo que con eso le baste, pero ha ganado unos cuantos puntos de golpe. Lo veo en la expresión —mucho más relajada— de mi madre.

Mi padre se levanta y le ofrece la mano.

—¿Quieres tomar algo con nosotros? —Siempre ha sido un hombre muy perspicaz, e intuyo que sabe que McKenna y yo estamos jugando al gato y al ratón.

—Me encantaría, pero le he prometido a mi sobrina que la llevaría al cine a ver *Aladdin*. Ahora iba a casa de mi hermana a recogerla.

¿Qué os había dicho? ¡Ahí está el golpe de gracia que mi madre necesitaba! Se pirra por los hombres a los que les gustan los niños. Es su fetiche. La primera pregunta que me ha hecho cuando he salido con algún chico ha sido siempre la misma:

«Y ¿le gustan los niños?».

Será porque mi padre y ella hubieran querido tener media docena y solo me tuvieron a mí; si no es eso, no sé a qué achacar esa obsesión.

Meto la nariz en el vaso de horchata para disimular mi sonrisa cuando veo cómo le cambia la cara a la «señora Melis» de forma inmediata.

—Nena, ¿a ti no te apetecía mucho ver esa película?

Casi escupo el trago que me acabo de meter en la boca. Me atraganto y me sorprende un ataque de tos. Mi madre enarca las cejas de una forma que quiere ser disimulada.

—Sí, me apetece mucho, mamá, pero estoy pasando la tarde con vosotros.

—¡Tonterías! —Mueve la mano restando importancia a mi afirmación—. Deberías ir con Myles y su sobrina al cine. Seguro que te divertirás más que con los carcas de tus padres; además, allí se estará de maravilla con el aire acondicionado. Ni lo pienses, vete con Myles.

¿Vosotros os habéis dado cuenta del cambio que ha experimentado esta mujer en menos de dos minutos? Jamás la había visto comportarse de esta manera. Casi me empuja a los brazos de un chico al que decía detestar hace apenas unas horas.

—Por supuesto, hija, te lo pasarás mejor que con nosotros. Podemos estar juntos cualquier otro día —la apoya mi padre.

He entrado en la dimensión desconocida, estoy en un mundo paralelo al mío y no me he dado cuenta del cambio, ¿o qué?

Me encojo de hombros y miro a McKenna para ver qué tiene él que decir a todo esto. Si se trata de una tarde tío-sobrina, no es que quiera entrometerme. Enseguida capta mi muda pregunta y contesta:

—Seelie estará encantada de que vengas con nosotros. Y yo también, por supuesto.

Por su sonrisa taimada me doy cuenta de que Myles se está acordando de la última vez que él y yo fuimos juntos al cine. No paramos de besarnos y toquetearnos, pero será mejor que no confíe en que eso se vaya a repetir hoy. ¡Ni se va a acercar a mí!

—Está bien. Si insistís tanto, me voy al cine.

Me levanto de la silla y me agacho para darle un beso de despedida a mi madre. «Nena, no me habías dicho que este hombre se había puesto así de guapo. Haríais mejor pareja, incluso, que cuando ibais al instituto», me susurra al oído. Pongo los ojos en blanco en mi mente. No me atrevo a hacerlo de verdad porque no quiero que Myles se lo crea todavía más. Estoy segura de que la ha oído; ¡buena es mi madre para disimular!

QUINCE

De camino a casa de su hermana, McKenna me pone la mano en el hombro y se mofa de mí:

—Ya me he metido a tu madre en el bote. Ahora solo me falta convencerte a ti.

Me paro en medio de la acera, los ojos convertidos en dos rendijas.

—Eres más presuntuoso de lo que podía imaginar.

Myles estalla en carcajadas. Me pongo en marcha y no reduzco la velocidad hasta que llega a mi altura.

—¿Cómo has sabido qué decirle para caerle bien de nuevo?

—Lo de la edad es infalible.

Gruño por lo bajo.

—Y me he acordado de que siempre me preguntaba si me gustaban los niños.

—Entonces, ¿no es cierto que fueras a llevar a tu sobrina al cine?

—Totalmente cierto. No te vas a librar de Seelie, pero, si te portas bien, después te invito a cenar.

Cuando llegamos a casa de su hermana, la niña ya nos espera sentada en la entrada.

—Tío Myles —grita aferrándose a su cuello. Empieza a hablar en inglés y casi no puedo seguirla, aunque mi nivel siempre ha sido bastante bueno. Cuando repara en que ella y su tío no están solos, cambia al mallorquín para dirigirse a mí.

—Hola, soy Seelie y tengo seis años —me dice modosa. Me río y le contesto:

—Yo soy Laura y tengo algunos más.

—¿Eres la novia de tío Myles? —me pregunta a bocajarro.

La risa cristalina de Cati, la hermana de Myles, resuena desde el pasillo.

—¡Qué más quisiera el bobo de tu tío! —le contesta a la niña mientras le tensa las coletas.

—Mamá, no me hagas eso, que me tiras de los ojos para arriba.

Myles, Cati y yo nos echamos a reír. Se nota que la niña es tan traviesa como parecía en las fotos de la playa que me mandó McKenna el otro día.

—¡Venga, vámonos, que si no, no vamos a tener tiempo de comprar

palomitas! —Tira de él hacia la puerta.

—Me ha encantado verte otra vez, aunque solo haya sido durante dos minutos —me dice Cati cuando ya estoy saliendo tras Seelie y Myles—. Espero verte de nuevo pronto.

¿Solo me lo parece o Myles se ha puesto rojo cuando su hermana ha dicho eso? Sea como sea, no pienso liarme con él, ¿os lo había comentado ya?

En el cine, la estrategia me ha salido redonda: Seelie ha querido sentarse entre su tío y yo. *Aladdin* es exactamente igual a los dibujos de mi infancia, y por supuesto, me ha encantado; la niña también lo ha pasado en grande. Creía que no aguantaría una película tan larga, pero se ha portado como una jabata y no ha echado ni una cabezadita.

—¿Vamos a cenar al restaurante chino, tío? —pregunta en cuanto salimos de la sala helada al calor sofocante del exterior. Aún no estamos ni en julio y ya no se puede respirar en la calle.

McKenna me mira pidiendo mi aprobación y yo me encojo de hombros y asiento.

—¿Cómo sabías que la comida china era mi favorita? —le pregunto a Seelie.

—No lo sabía. Pero a mí me encanta, sobre todo el plátano frito con helado, y tío Myles siempre me lleva al chino cuando salimos juntos.

No puedo evitar reírme. Es una sabihondilla, pero requetegraciosa.

Cuando vamos por la calle, Seelie me coge de la mano y, sin poder evitarlo, algunas lágrimas acuden a mis ojos. Jose y yo intentamos quedarnos embarazados, pero no hubo manera. Sé que ha tenido un hijo con su actual novia, así que todo me lleva a pensar que soy yo quien no puede tenerlos.

Myles me mira y frunce el ceño. Sacudo la cabeza para hacerle entender que no pasa nada. Ha sido solo un segundo, ya se me ha pasado.

En el restaurante, y antes de llegar al plátano frito, Seelie se queda dormida como un tronco, con la cabecita apoyada sobre la mesa y roncando levemente.

—Mi hermana dice que tendrán que operarla de los cornetes, pero a mí me parece adorable cuando hace esos ruiditos.

Sonrío enternecida.

—La quieres mucho, ¿eh?

—La adoro. No sé si estoy hecho para tener hijos propios, más de una tarde con niños me parece mucho tiempo, pero ella me ha ganado. Es

superinteligente, ¿sabes?

—Como su tío. Tú solías sacar muy buenas notas y nunca te vi estudiar demasiadas horas seguidas.

Me guiña un ojo.

—Porque cuando estaba contigo tenía mejores cosas que hacer que estudiar.

Me agito en mi silla y agacho la cabeza. Quizás pensar en Jose y en los niños que no tuvimos me ha revuelto un poco las entrañas, porque no me siento inclinada a tontear con Myles.

—Creo que es hora de que nos marchemos; mañana hay que trabajar.

—Sí —contesta azorado. Creo que se ha dado cuenta de que yo no quería seguir por ese camino y ha cortado el avance. No se puede imaginar cuánto se lo agradezco—. JC lleva unos días muy nervioso. No sé qué le sucede, pero salta a la mínima y la mayoría del tiempo parece estresado.

—¿Os va bien el negocio?

—Nos va de coña, mucho mejor de lo que hubiese podido imaginar, por eso no entiendo a qué viene tanta ansiedad.

—Todos tenemos temporadas mejores y peores. Déjalo tranquilo, seguro que es una fase.

—¿Desde cuándo te has convertido en psicóloga?

—¡Uy! Una biblioteca es el nuevo modelo de confesionario. No te imaginas lo que la gente que viene a buscar libros te puede llegar a comentar.

—¿En serio? Nunca se me hubiese ocurrido ir a contarle mis problemas a un bibliotecario, la verdad. Será porque no conocía a ninguno tan hermoso como tú.

Vaya cumplido más raro, no sé cómo tomármelo, así que decido no contestar.

Myles acomoda a la niña en la parte trasera de su coche y nos ponemos en marcha.

—¿Por qué vas tan despacio? —Creo que ni siquiera llegamos a los treinta kilómetros por hora, me estoy poniendo un poco nerviosa.

—Seelie va sin cinturón, la he tumbado en el asiento. No quiero tener un accidente.

Me enternezco de verdad. ¿A que es supermono? Lo miro y le sonrío.

—Serás un padre genial.

—¿Cuántos hijos vamos a tener?

Lo miro de refilón y me limito a ignorarlo, pero sonrío.

Vamos primero a casa de su hermana a dejar a la niña. Después McKenna conduce hacia mi piso.

—¿Quieres que vayamos a tomar la última?

—Hoy no me apetece, pero te lo agradezco mucho, Myles. Lo he pasado estupendamente. ¡Seelie es un amor!

—No creas que dejaré de intentarlo.

Mi corazón da un vuelco. ¿Está diciendo lo que creo que está diciendo?

Inclino la cabeza para observarlo unos segundos. Me devuelve la mirada y creo intuir una sonrisa pícara en ella. Me acerco para darle un beso en la mejilla. Myles me coge una mano:

—Me gustas mucho, Laura, más que cuando teníamos dieciséis años. Y eso es mucho decir.

Decido no contestarle porque en serio que hoy no tengo el «*chichi pa' farolillos*»; pensar en Jose y en su hijo me ha dejado más hecha polvo de lo que querría admitir incluso ante mí misma. Me bajo del coche y le digo adiós con la mano. Mañana será otro día, pienso. A ver si Merce está en casa y me sugiere alguna frase que me levante este ánimo de mierda que se me ha despertado.

Aún no he abierto la puerta del piso y entra un mensaje en mi móvil:

Myles: *¿He hecho algo mal sin darme cuenta, Laura?*

Yo: *No has sido tú. Ha sido algo que ha sucedido, pero no quiero pensar más en ello.*

Myles: *Quedamos en que seríamos amigos. Los amigos se cuentan este tipo de cosas, ¿no?*

Yo: *Ja, ja, ja. No sé si hemos llegado a ese nivel de amistad.*

Myles: *¿Hay exámenes para subir de nivel? Yo me someto a los que haga falta. Como has dicho tú, soy muy listo.*

Yo: *Más listo que el hambre.*

Myles: *Va, breac-seunach, cuéntame por qué estabas tan triste esta noche. Lo estábamos pasando muy bien y de repente te ha cambiado el humor.*

No lo pienso demasiado, porque de hacerlo, no escribiría el mensaje que le mando.

Yo: *No tengo muy claro que pueda tener hijos.*

Myles: *Si no te gustan los niños, no los tendremos.*

Una lágrima rueda por mi mejilla, pero no puedo evitar reírme de la payasada de McKenna.

Yo: *Me encantan los niños, y si alguien me pudiera asegurar que mis hijos se parecerían a tu sobrina, desearía tenerlos aún más de lo que ya lo hago. Estoy hablando de un problema fisiológico.*

Myles: *A lo mejor es que no lo has intentado con el semental adecuado.*

Yo: *¡Dios! ¿Se puede ser más bruto?*

Myles: *¿Te he hecho sonreír, al menos?*

Yo: *Un poquito.*

Myles: *Pues me iré a dormir feliz pensando en tu sonrisa.*

Me muerdo un lado del labio inferior.

Yo: *Si sueñas conmigo, subes de nivel de amistad.*

¡Madre mía! ¿Qué acabo de escribirle? ¿Estás loca, Laura?

Myles: *Me voy a la cama ahora mismo.*

Yo: *Buenas noches.*

Myles: *Buenas noches, breac-seunach, te prometo que soñaré contigo y con tus pecas. Me vuelven loco, ¿lo sabías?*

No le contesto, pero le sonrío al teléfono como una boba. No sé cómo lo ha hecho, pero ha conseguido que vuelva a sentirme bien. El peso que sentía en el corazón ha desaparecido por completo. Creo que yo también soñaré con sus pecas, pero no pienso decírselo. No quiero que después fanfarronee de ello como pienso hacerlo yo.

DIECISÉIS

Han pasado quince días desde la boda y mi mundo está patas arriba.

Merce sigue ausente, algo la tiene abducida, y cada día estoy más segura de que ese «algo» es el hombre al que conoció el día que se casó Claudia (lo que nos vamos a reír Claudia y yo si es así).

Myles se va metiendo poco a poco en mi vida y yo ni siquiera sé si quiero impedirlo. En el trabajo me preguntan qué me pasa y no sé qué responder. ¿Me estoy enamorando? ¿No he dejado de estarlo en todos estos años y Myles solo ha venido a revivir lo que yo pensaba que estaba muerto y enterrado? ¿Le gusto a él? Yo creo que sí; no entendería que pusiera tanto interés solo por echar un polvo, ¿vosotras qué creéis?

Mañana Félix y Claudia regresan, al fin, del viaje de novios. Nunca pensé que podría llegar a echarla tanto de menos. Pero es que desde que se fue han pasado tantas cosas (y, además, no he podido contar demasiado con la tercera pata del banco que formamos ella, Merce y yo) que tengo un montón de palabras acumuladas en mi garganta y nadie a quien echárselas encima.

Sobre la una del mediodía, mi móvil me anuncia que McKenna ha creado un grupo de WhatsApp y empiezan a entrar mensajes.

Myles: *A ver, tortolitos, ¿a qué hora llegáis mañana y quién va a ir a recogeros al aeropuerto?*

JC: *Myles, ¿no estabas en una reunión con los de la tienda de ropa de la calle Sindicato?*

Myles: *Ya he acabado, los tenemos en el bote.*

JC: *Pues ven a la oficina cagando leches, que no doy abasto.*

Merce: *¿Puede saberse a qué viene este grupo?*

Myles: *¿Laura no os lo ha contado?*

Claudia: *¿Qué tiene que contarnos?*

Myles: *Mañana por la noche os voy a agasajar con una cena escocesa en vuestro piso.*

Félix: *¿No puede ser mallorquina? Llevo quince días comiendo porquería, quiero un buen tumbet.*

Myles: *Laura me dijo que tu «esposa» y ella se pirran por todo lo escocés desde que empezaron a ver Outlander.*

Merce: *¿Desde que empezaron a ver Outlander? Claudia, quizás, pero Laura ya estaba loca por Escocia desde mucho antes.*

Es que la mato, a Merce la mato, y además el tribunal va a absolverme por haberlo hecho en defensa de mi propia dignidad.

Yo: *¡No tanto tiempo antes!*

Myles: *Eso vas a tener que contármelo mejor, breac-seunach.*

JC: *Los hay que estamos intentando trabajar, ¿podéis parar ya, por favor?*

Claudia: *Llegamos a las siete de la mañana. Si alguien puede ir a buscarnos, genial; si no, se lo pediré a mi hermana o a mi cuñado.*

Myles: *Yo iré.*

Merce: *Yo no sé si podré ir a la cena.*

Claudia: *Es en tu piso; será mejor que estés, porque quiero veros a todos.*

Yo: *A las ocho en casa para cenar. Si alguien quiere traer vino, será bien recibido.*

El teléfono se queda callado durante un minuto escaso. Después recibo un mensaje de Claudia:

Claudia: *¿Cómo?*

Yo: *¿Cómo qué?*

Claudia: *Vamos por partes.*

Claudia: *¿Qué significa breac-seunach, desde cuándo te lo dice y por qué?*

Yo: *Ni idea, desde tu boda y porque quiere.*

Claudia: *¿No se lo has preguntado?*

Yo: *Nop.*

Claudia: *¿Por qué?*

Yo: *Porque cuando me lo dice se me pone toda la piel de gallina y me gusta mucho, me da igual lo que signifique.*

Claudia: *¿Te has dado cuenta de lo mucho que eso se parece a sasannach?*

Yo: *¡Sííí!*

Claudia: *¡Qué mono!*

Yo: *¡Sííí!*

Claudia: *¿Cómo te has atrevido a no contarme nada?*

Yo: *Es demasiado emocionante para contártelo por mensaje. Te dije que había quedado con él.*

Claudia: *¡Como amigos!*

Yo: *¡Y es lo que somos!*

Claudia: *Ese breac-seunach no suena a que solo seáis amigos.*

Yo: *Es lo que hay.*

Claudia: *¡Lo que daría yo por estar ahí ahora!*

Yo: *Lo mismo que daría yo por estar en Nueva York.*

Claudia: *See you tomorrow!*

Intento concentrarme en el trabajo; hace casi media hora que estoy pendiente del teléfono y los dichosos mensajes. No me va a cundir y voy a tener un disgusto con el jefe. Pero no puedo dejar el móvil de lado porque no para de vibrar y soy demasiado ansiosa para esperar a leer los mensajes cuando acabe de trabajar.

Myles: *Quedamos mañana por la tarde para ir a comprar todo lo que necesito.*

Yo: *No tengo elección, supongo.*

Myles: *Pues va a ser que no.*

Yo: *De acuerdo, ¿dónde y a qué hora?*

Myles: *¿A qué hora sales?*

Yo: *Mañana, a las tres.*

Myles: *Te recojo a las tres y cinco delante de la Misericordia.*

Yo: *Ok, hasta mañana.*

Myles: *¿No me escribirás esta tarde? Te voy a echar de menos si no sé nada de ti hasta mañana.*

¿Por qué me hace esto? Estoy a punto de fundirme. Lo adoro. ¿Cuánto tiempo más podré mantenerlo a raya? Y lo más importante: ¿cuánto tiempo más «quiero» mantenerlo a raya?

Son las nueve de la mañana y mi teléfono ya está sonando; un día de estos me ponen de patitas en la calle.

—¡Laurita! Ya estoy en casa. Con más sueño que una cesta de gatitos, eso sí —me dice Claudia con voz cantarina.

—¡Hola, cielo! ¿Por qué no te has acostado?

—Porque Félix y yo hemos pensado que nos echaremos la siesta después de comer. Total, con este calor, cualquiera sale a la calle a las tres de la tarde.

—Mira que me parece que de siesta, poca.

—La siesta y el sexo no están reñidos, más bien lo contrario, ¿no?

—Haz el favor de no contar monedas delante de los pobres, que llevo en dique seco más de un año. Y McKenna me está recalentando todos los

circuitos. —Bajo mucho la voz para decir esta última frase.

—No ha parado de hablar de ti desde que nos ha recogido en el aeropuerto hasta que se ha ido después de desayunar. ¿Estás segura de que no vas a darle una oportunidad?

Suspiro con fuerza.

—Yo ya no estoy segura de nada, Claudia. Pero la verdad es que esto de jugar con él me pone a mil. Ya veremos en qué acabará.

—Pues tú sigue jugando, que todas las mariposas que ahora tienes en el estómago después se calman bastante. —Se ríe de su propio chiste. Después se calla de golpe y dice—: ¡Ostras! Se me había olvidado comentarte que ya sé con quién se fue Merce.

—¿Cómo lo has averiguado?, porque no suelta prenda.

—Pues repasando la lista de invitados uno por uno.

—Pero dijo que no era alguien de tu boda.

—¿Tú la creíste? Porque yo, no.

—La verdad es que parecía sospechoso, pero no tenía por qué mentir.

—Estoy convencida de que se fue con Manel.

—¿Quién?

—Es un primo segundo de Félix. El que está tan bueno y que estaba sentado en la mesa más cercana a vosotros. ¿Sabes quién te digo?

—¡Tienes razón, la vi bailar con él varias veces! Muy pegaditos, por cierto.

—Lo que no entiendo es por qué no quiso decírnoslo el otro día, con lo que le gusta a ella presumir de sus ligues.

—Creo que esta vez se ha quedado un poco pillada. Pero no he podido hacerle muchas preguntas: para poquísimo por casa.

—Bueno, no te preocupes, que esta noche la sonsacamos. —Después, en un tono mucho más lisonjero, apunta—: Y tú, ¡cuidadín con lo que haces esta tarde con McKenna! Que ya nos ha contado que vais a comprar juntos los ingredientes para la cena.

—¡Que no seas pesada! —le digo mientras noto que una garra de hierro me comprime el estómago. Hala, ya me ha puesto nerviosa y no me quitaré de encima este estrés en toda la mañana. ¿Para qué quiero enemigas si las tengo a Merce y a ella?

DIECISIETE

Solo falta media hora para las tres y el estómago no ha parado de retorcerse desde que he hablado con Claudia, así que tengo más ganas de vomitar que de comer lo que me he traído de casa en un *tupper*.

Me dirijo al baño para arreglarme el pelo y el maquillaje. Esta mañana me he esmerado con la ropa. Ayer estuve pensando toda la tarde en qué ponerme y llegué a la conclusión de que lo mejor era algo que expresara: «Quiero que veas lo *sexy* que soy, pero sin ser descarada»; algo que mostrara sin ser explícito. Así que me he puesto unos vaqueros negros ajustados (que, por cierto, me hacen un culito precioso) y una camisa blanca de lino con un escote muy sugerente.

Cuando salgo de trabajar, Myles ya me está esperando. Está recostado en el coche como el otro día, los brazos y los tobillos cruzados. Tengo que morderme los carrillos por dentro para que no se note cómo me ha puesto, y eso que solo lleva unos vaqueros y una camiseta negra; eso sí, se le ajusta tan bien a los pectorales que no necesito demasiada imaginación para saber qué esconde.

—¿A dónde vamos? —le espeto a modo de saludo. No quiero que se dé cuenta de que me ha dejado anonadada.

—A comprar, ¿no?

Se quita las gafas de sol y, antes de abrirme la puerta, se acerca, me pone ambas manos en la cintura y me da dos besos. Vale, me he estremecido de arriba abajo con su solo contacto, y estoy segura de que lo ha percibido. Tengo que ensayar más esto de esconder mis emociones.

Se separa un poco de mí, sin soltarme aún del todo, y me mira a los ojos sonriendo con dulzura. Me derrito. Estoy tan emocionada que soy incapaz de coger aire. ¿Por qué tiene que alterarme de esta manera?

—¿Vamos?

—Vamos —contesto con voz trémula. Parece que estoy borracha. ¡Embriagada! Esa es la palabra. Su mera cercanía me embriaga los sentidos.

Llegamos al piso sobre las cuatro y media; Myles carga con casi todas las bolsas. Hemos comprado un montón de comida. No sé si vamos a poder acabar con todo.

Merce no está en casa, lo que, de nuevo, es raro, porque a estas horas

no suele ir a ningún sitio. Prefiere ver la telenovela del tío bueno.

Le indico a Myles dónde está la cocina para que deje ahí los trastos y le doy un delantal. Después voy a ponerme unos zapatos más cómodos y a cambiarme la camisa, ya que no quiero manchar esta; por muy *sexy* que me vea con ella, no pienso llevarla puesta para hacer de pinche de cocina.

Nos pasamos toda la tarde cocinando; Myles se mueve de fábula entre fogones. Vigila la olla, el horno, y yo troceo las patatas al mismo tiempo; es eficiente, no para quieto. Y yo no puedo dejar de disfrutar de todos y cada uno de sus movimientos.

—Prueba esto —me pide. Me introduce en la boca una especie de galleta, que ha elaborado él mismo con avena, mojada en el mejunje que ha preparado (la verdad es que huele de muerte, pero no tiene el mejor de los aspectos). Sus dedos se demoran un poco más de la cuenta en mis labios. Cierro los ojos. La comida está deliciosa, pero el delicado contacto que ha dejado impreso en mi boca es aún mejor.

—Para morirse —digo mientras abro los ojos y los fijo en sus pupilas azules.

Se inclina hacia mí, despacio. Lo sigo mirando a los ojos; no me atrevo a mirar sus labios, pero los noto cada vez más cerca. Me muero porque me bese.

—¡Hola, chicos! Qué bien huele, ¿no? —Claudia irrumpe en la cocina y se carga el momento. Myles se endereza rápidamente y yo me quedo chafada.

—McKenna, no tenía ni idea de que fueras un cocinitas. —Félix entra tras su mujer—. Hemos traído vino blanco. ¿Va bien?

Myles da una palmada y vuelve a meterse en su papel de cocinero.

—Estupendamente —dice. Pasa las manos de forma reiterada por el delantal antes de coger la botella y meterla en la nevera. Parece como si se encontrara en su propia casa.

Claudia me da un abrazo y yo vuelvo a la Tierra. Todo lo anterior me ha dejado un poco descolocada. Veo que los chicos también se abrazan y se palmean la espalda. De repente, soy arrastrada hacia la sala por Claudia.

—¡Estabais a punto de besaros! —susurra cuando estamos a solas.

Pongo los ojos en blanco.

—Ya sucederá si tiene que suceder.

—¿Era el primer beso?

—Lo hubiera sido, pero no era el primer intento.

Claudia se tapa la boca con las manos.

—¡Tiene usted mucho que contarme, señorita!

Félix entra en el salón y nos encuentra con las cabezas juntas y cuchicheando.

—¿No deberíais estar poniendo la mesa?

—Ahora la pones tú, ¡por machista!

Félix se queda un poco parado. Levanta los brazos en son de paz.

—No tengo ningún problema en ponerla yo, no hace falta que te enfades. Pero ¿por qué habéis venido para acá si no era para eso?

Claudia gruñe, lo que hace que su marido vuelva a levantar las manos y se vaya corriendo a la cocina.

—¡Desembucha! Antes de que venga alguien más —me exige con cara de ida.

—No hay nada que contar. Quedamos un día para vernos; otro fuimos al cine con su sobrina, y nos hemos mandado muchos mensajes, eso es todo.

—¡Iba a besarte! Eso no puede ser todo.

Me encojo de hombros.

—No estoy tan segura de que quiera que me bese. El día de tu boda dijo que no pensaba volver a casarse, jamás.

—¿Y?

Me pongo como un tomate.

—Pues que yo quiero una boda, Claudia. Además, no tengo claro que pueda fiarme de él. Ya me dejó una vez.

—¿Tú eres tonta o qué te pasa?

Abro mucho los ojos.

—Mira, Laurita: Myles está buenísimo, te diviertes con él, habéis creado una cierta complicidad. Vale. Pero eso no significa que si os besáis ya tengáis que casaros. No necesitas casarte para ser feliz.

—Mira quién habla. La que celebró un bodorrio con todos los tópicos incorporados no hace ni quince días.

Claudia me atiza un coscorrón en el brazo. ¡Duele un huevo! Alzo la mano para devolvérselo, pero ella se escabulle.

—¿Serás...?

Se sube al sofá, con los zapatos y todo, y me pone la mano en la cara para apartarme de ella. Yo me revuelvo para poder alcanzarla.

—Vaya, pelea de gatas —oímos que dice Merce, con voz apática, desde la entrada de la sala.

Nos quedamos quietas por un momento, pero después volvemos a lo

nuestro, aunque sin tanto énfasis como hace unos segundos.

Merce se sienta en una de las butacas que hacen juego con el sofá en el que nosotras peleamos.

—Y a esta otra, ¿qué le pasa? ¡Es que no puedo dejaros solas! Me voy quince días y a mi regreso parece que el mundo se ha venido abajo. ¡No encuentro nada como lo dejé!

—Te lo diré en dos palabras: *cookies* y baladas —contesto.

—¡Dios mío! Esto es grave de verdad —exclama Claudia con mucha pompa—. ¿Se habrá enamorado?

Merce gruñe en nuestra dirección, se cruza de brazos y pone unos morros que le llegan al suelo.

Claudia y yo corremos a su lado y nos sentamos cada una en un brazo del sillón. La estrechamos en un abrazo; sabemos que no le gusta nada de nada, por eso lo hacemos.

—¡Que me soltéis ya!

—Solo si nos cuentas qué te pasa.

—No me pasa nada. —Mira repetidas veces hacia la puerta del comedor, como si temiera que pudiera entrar alguien y encontrarnos en esta situación.

—No soltaré prenda. Lleva así desde tu boda y —bajo el tono de voz como si tuviera algo confidencial que decir— casi ni ha aparecido por aquí en quince días.

Claudia dibuja una O perfecta con la boca. Nos estamos tronchando de la risa, pero nadie lo diría. Nos encanta tomarle el pelo a Merce.

—¡Sois muy pesadas! ¿Lo sabíais?

Suena el timbre de la puerta y me levanto de un salto para ir a abrir. Seguro que es JC: es el único que falta y el único que no tiene llave.

—Hola, buenas noches y bienvenido a Villa Locura —le digo al tiempo que abro.

Casi me da un pasmo cuando lo veo. Está pálido y ojeroso, hasta diría que tiene cara de susto. No parece el mismo de siempre. Aunque no es hablador y le cuesta lo suyo relacionarse, suele ser un chico risueño, que siempre parece estar contento. Hoy no.

—Pasa, JC. Myles y Félix están en la cocina, terminando de hacer la cena.

—Gracias —musita—. ¡Ah, sí! Toma. —Alarga el brazo; en la mano sostiene una botella de vino tinto.

—¿Va todo bien?

—Sí, sí, claro. —Hace un gran esfuerzo para cambiar de gesto—. Es solo que tenemos mucho trabajo últimamente; estoy muy estresado.

Entramos en la cocina y Félix se acerca a él para abrazarlo y palmearle la espalda como ha hecho hace un rato con McKenna (¡Jesús! Vaya manera más bruta que tienen los hombres de saludarse).

—¿Ya habéis terminado de poner la mesa? Esto ya está. —«Si tú supieras».

—Sí, allí afuera ya casi estamos también —miento con descaro.

Cojo unos platos, que solemos utilizar solo en ocasiones solemnes, del estante de la despensa y voy hacia la sala.

DIECIOCHO

Claudia y Merce han estado activas mientras yo abría la puerta a JC, porque ya está casi todo el menaje colocado sobre la mesa. Solo faltan los platos que yo traigo.

Los chicos entran inmediatamente después de mí. McKenna viene cargado con una olla repleta de comida, JC trae una canasta con las galletas de avena caseras y Félix, las botellas de vino.

—¿Cómo se llama esto? —pregunta Claudia cuando ya estamos sentados a la mesa. Ella y Félix se han colocado uno al lado del otro; Myles, junto a mí; Merce y JC ocupan las cabeceras.

—*Stovies*. Se supone que debe comerse el lunes, ya que se hace con los restos del asado del domingo. Pero creo que hay tantas variedades de *stovies* como cocineras en Escocia. Nadie tiene una receta exacta. Yo lo hago como me enseñó mi abuela, y ella usaba cualquier cosa que encontrara en la nevera.

—No sabía que habías conocido a tu abuela —le dice Claudia con una sonrisa.

—Sí, vaya si la conocí. Menuda era. Solo hace dos años que murió. En realidad, mi padre y yo vivíamos en su casa en Aberdeen.

—¿Eso no está muy al norte? —pregunto. No tenía ni idea de dónde había vivido todos estos años McKenna. Cuanto más sé sobre él, más interés siento.

—Bueno, en realidad, Escocia está muy al norte. —Merce parece enfadada por algo, aunque no sé qué puede ser. Tampoco entiendo muy bien a qué viene este ataque tan gratuito contra mí.

La atravieso con la mirada, pero ella hace como que no se da cuenta. Sé que me ha visto. ¡Cuando la pille, se va a enterar!

—Es que a vosotros, cualquier cosa que esté más allá de los Pirineos os parece que se encuentra demasiado al norte —apostilla Myles.

—Aberdeen es una pasada —exclama Félix—. Pero hace un frío que pela. ¿A que sí, JC?

—Yo tuve bastante, sí. —Apenas levanta la vista de su plato. Siempre tan vergonzoso, no cambiará nunca.

—Sois unos exagerados, ni siquiera vinisteis en enero. El año pasado llegamos a los quince grados bajo cero. Me hubiera gustado veros entonces. Y

vestidos solo con un *kilt*.

—¡Sin nada debajo! —bromea Félix.

Myles menea la cabeza, pero sonrío. Los demás nos reímos abiertamente.

—Así que vosotros dos lo habéis visitado —digo, ufana.

—Sí, fuimos a su boda —contesta Félix sonriente. Una patada de Claudia por debajo de la mesa le borra el gesto de la cara.

McKenna se revuelve en su silla, pero no dice nada.

—¿Y qué tal las bodas en Escocia? —pregunta Merce, cáustica—. ¿Se liga mucho?

—Nosotros teníamos ventaja —contesta JC, cortante—. Éramos los exóticos allí.

Félix y Myles carraspean; el aire que flota sobre nosotros está enrarecido. Se suponía que íbamos a pasarlo bien, pero esta cena está resultando tensa de narices.

—Esto está buenísimo, Myles —exclama Claudia.

—Me alegro de que te guste.

—Sí, buenísimo.

—Muy rico.

Los demás nos apresuramos a darle la enhorabuena al cocinero y, de paso, yo también recibo alabanzas por haber estado toda la tarde ayudándolo.

—¿Qué tal Nueva York? —pregunto, aunque me gustaría seguir oyendo cosas sobre Myles y su vida en Aberdeen.

—Nueva York es una pasada. —Todos estallamos en carcajadas ante el tono de Félix, que es casi idéntico al que ha empleado cuando ha dicho que Aberdeen era «una pasada», y parece que el ambiente se distiende un poco.

La sobremesa se extiende bastante, y es casi la una de la madrugada cuando nuestros invitados empiezan a irse. Merce se queda recogiendo la mesa mientras yo los acompaño hasta la puerta; doy un abrazo a Claudia y dos besos a Félix y a JC, que me sigue pareciendo muy triste esta noche. Finalmente, Myles y yo nos quedamos a solas.

—Tenemos algo pendiente —insinúa mientras roza con un dedo mi abdomen por encima de la camiseta. Yo me hago la que no sabe de qué habla (aunque supongo que imagináis que mi corazón galopa sin control).

—Sigo teniendo solo dos tetas.

Cierro la puerta despacio. Él sonrío de esa manera que me vuelve loca

e imita mi movimiento. Estoy segura de que no puede creerse que le esté dando calabazas, pero así es. ¡Que se lo curre un poco más! No os podéis hacer una idea de lo que estoy disfrutando de esta situación. Tengo el tórax lleno de burbujas que estallan de alegría, y me encanta.

Me dirijo a la cocina y Merce viene tras de mí.

—«Recuerda que, a veces, no conseguir lo que quieres es un maravilloso golpe de suerte».

—¿A qué viene eso ahora?

—Es tu frase para hoy.

—¿A ti qué cojones te pasa? —Empiezo a estar picada. Merce se comporta de forma rarísima desde que Myles y yo hemos empezado a tontear. ¿Será que lo quiere para ella?

—No me pasa nada —me contesta con calma—. Fuiste tú quien dijo que quería una frase cada día, y esta es la que he escogido hoy.

—¡Mira, Merce!, te has tirado días sin elegir la dichosa frase y ¿ahora me sales con esas? Dime a qué viene tu enfado. ¿No será que te gusta McKenna y estás resentida porque nos estamos viendo?

Merce frunce el ceño, parece que no comprende mi pregunta. Después abre mucho los ojos y rompe a reír a carcajadas.

—¿McKenna? ¿En serio? ¿Crees que quien me gusta es Myles?

Merce se ríe tanto que tiene que agarrarse la tripa con las manos. Se apoya en la pared y va deslizándose lentamente hasta que queda sentada en el suelo.

—¡Ay! No puedo... no puedo... no puedo creer que pienses que he perdido la chaveta por McKenna. —Sigue riéndose sin parar.

Yo también resbalo por la pared hasta colocarme a su lado.

—Entonces, ¿es verdad que has perdido la chaveta por un tío?

—¡Estoy perdida, sí! Un hombre me está volviendo loca. Cada vez que estoy con él le digo que será la última, pero después ni siquiera puedo esperar al día siguiente para volver a por más.

—¿Y qué problema hay?

—¿Que qué problema hay? Pues que las de romance y final feliz sois Claudia y tú. Yo quiero libertad, no tener que esperar que alguien decida por mí. Quiero vivir mi vida como me dé la gana, y no creo que eso incluya compartirla con nadie.

—No te entiendo, Merce.

—¿Qué es lo que no entiendes? Creo que lo he dejado bastante claro.

—No, si yo entiendo cada una de tus palabras, ¡pero es que no son verdad!

—¿Que no son verdad?

—Pues claro que no. Dices que quieres libertad, y que no quieres compartir tu vida con nadie. Pues podrías vivir tú solita en este piso que te dejó tu abuela al morir, pero nos pediste a Claudia y a mí que viniéramos aquí contigo. ¡Ya estás compartiendo tu vida!

—No es lo mismo. No me quedo sin hacer nada solo porque vosotras no queráis hacerlo.

—¿Ah, no? ¿Y qué hay de las veces en que has querido salir de marcha y nosotras hemos preferido quedarnos en casa? O cuando querías ver una peli y a Claudia y a mí nos apetecía más otra...

—Bueno, vale, pero no siempre me pliego a vuestra voluntad. A veces vosotras hacéis lo que a mí me apetece, aunque no os haga maldita la gracia.

—Pues eso es lo mismo que estar en pareja: a veces se hacen las cosas que te gustan a ti y, a veces, las que le gustan a tu otra mitad.

—En una relación de pareja uno de los dos es el que lleva la voz cantante, y al otro no le queda más que callar y obedecer. —Gruesos lagrimones ruedan por sus mejillas.

Sé que Merce piensa así porque su padre es muy autoritario y su madre muy sumisa; aunque nunca he tenido conocimiento de que la maltratara, no es un hombre amable ni cariñoso. No creo haberlo visto sonreír en la vida, y Merce se apaga por completo cuando está ante él.

Le paso un brazo sobre los hombros y la estrecho con fuerza.

—Eso no tiene por qué ser así. Además, me da a mí que tú no te dejarás pisotear por nadie.

—Es que me río tanto con él, Laura. —Se aferra a mí y me doy cuenta de que nunca la he visto hacer eso con nadie más que con Claudia o conmigo—. Menos hoy, que nos hemos peleado como gatos. No me quiero enamorar, en serio. Duele, duele mucho.

—Pues si duele, es que ya no hay remedio. Me temo que has caído con todo el equipo. —Dejo que mis palabras calen en ella y añado—: Pero no tiene por qué doler. Lo único que tienes que hacer es dejar de ir en contra de lo que sientes y disfrutarlo.

—No sé cómo se hace eso.

—¿Te ríes con él? —Merce cabecea—. ¿Solo piensas en estar a su lado? ¿Te sudan las manos cuando sabes que vas a verlo? —Asiente con la

cabeza tras cada pregunta—. Pues permítetelo. Haz lo que te apetezca y no te pongas freno. Cuanto más des, más vas a recibir.

Abre la boca para decir algo, después vuelve a cerrarla y hace una minipedorreta con los labios.

—Ya sé que piensas que debería estar desengañada después de lo que pasó con Jose, pero él solo es un hombre, no representa a todo el género masculino.

—¿Crees que debería mandarle un mensaje de disculpa?

—Quizás sí. ¿Te parece que se la debes?

Merce asiente de nuevo sin pronunciar palabra. Es igual que una niña pequeña.

—Cuando Claudia se entere de esta conversación, se va a arrepentir de haberse casado —me dice con picardía.

—¿Tú crees?

Me da un montón de besos y se pone en pie con una energía que no le he notado en mucho tiempo.

—Si oyes la puerta de la calle, no te asustes —me dice antes de guiñarme un ojo y salir corriendo en busca de su teléfono.

DIECINUEVE

Esta mañana me toca estar de cara al público en la biblioteca porque Enrique se ha tomado el día libre. Al principio estoy algo desubicada, pero enseguida me centro.

No hay demasiada gente porque los exámenes han acabado hace unos días y todo el mundo ha empezado las vacaciones. A mí, este año, me han tocado en agosto. No es que sea el mes que más me gusta para disfrutar de mis días libres, ya que Mallorca está a tope de turistas y viajar a cualquier otro sitio del globo te sale por un ojo de la cara en esas fechas.

Noto un golpecito en el hombro y, al volverme, me encuentro cara a cara con McKenna.

De la impresión, se me caen los libros que llevo en los brazos, y a alguno de los pocos parroquianos que han venido a leer el periódico le da por chistar.

—Te he llamado varias veces, pero no me oías —me explica mientras me ayuda a recoger el estropicio—. ¿Qué te tenía tan abstraída?

—Estaba pensando en las vacaciones. No me gustan las fechas que me han tocado. —Creo que me tiemblan las manos, pero no sé si es por la emoción de tener a Myles tan cerca o por el susto que me ha dado.

—Nosotros cerraremos en agosto, al menos quince días. Palma se queda casi vacía.

—Yo no me voy a ningún sitio en agosto. Siempre me ha parecido el mejor mes para trabajar. Aire acondicionado, poca gente... Prefiero tener vacaciones en octubre.

—¡Uy, uy! Intuyo que alguien que yo me sé va a tener vacaciones en agosto. —Me sonrío con cara de pícaro y me quedo embobada. Me da un toquecito en la nariz—. Se me acaba de ocurrir: ¿por qué no organizamos un viaje a Escocia? Ostras, estaría genial que fuésemos los seis juntos. Podemos quedarnos en casa de mi abuela. Bueno, ahora es mía, en realidad. Está en obras porque algunas partes eran muy viejas, pero espero que en agosto los albañiles ya hayan terminado.

Arqueo las cejas. ¿Irme a Escocia con Myles en agosto? No se me habría ocurrido un plan mejor aunque hubiese estado pensando durante todo un año.

—Podría estar bien. —No voy a darle el gusto de que note cuánto me

acabo de entusiasmar con la idea—. Estoy segura de que Claudia va a querer apuntarse, aunque tenga que sacar los días libres de debajo de las piedras, con lo cual puedes contar con Félix también.

—¡Estaría más que bien! Además, agosto es un mes genial para disfrutar de los juegos escoceses. ¡Son una pasada, os van a encantar!

—¡Chis! —vuelve a oírse desde las mesas cercanas.

—¿Quieres que vayamos a tomar un café? —me propone, al instante, en un susurro—. Creo que estamos molestando a los lectores.

—Supongo que no hay problema. Voy a avisar a mi compañera y ahora salgo.

Cuando llego a la mesa que ocupamos los bibliotecarios, justo después de la entrada, Berta me interroga con la mirada. Como me callo, no se corta un pelo y va al grano:

—¿Quién es ese pedazo de tío y por qué no me lo has presentado?

—Se llama Myles. Somos amigos.

—Laurita, si a mí un amigo me mirase como te mira ese chico a ti, ten por seguro que mi marido me prohibiría que volviera a quedar con él. Te come con los ojos.

Me pongo roja y agacho la cabeza.

—Eres una exagerada, Berta, no le gusto tanto.

—¿Que no? He tenido que bajar la temperatura del aire acondicionado en cuanto ha entrado y te ha visto.

Me pellizco el labio inferior con los dientes.

—A mí también me gusta mucho, pero no puedo liarme con él.

—¿Por qué no? ¿Está casado? ¿Tiene alguna tara que no quede a la vista?

—No seas bruta.

—Entonces, ¿qué problema hay?

—Tuvo su oportunidad cuando estábamos en el instituto.

—¿Es el que te dejó por la tetona?

—¡Chis! —Esta vez soy yo la que intenta que Berta hable más bajito.

Creo que la han oído hasta los de la mesa del fondo. Menos mal que Myles ya ha salido y me espera fuera—. ¡Cállate, animal, que va a oírte!

—Si está en los jardines, ¿cómo quieres que me oiga? —Echa un vistazo a través de la ventana que está justo detrás de nosotras—. Pues si el chico está por ti, serás gilipollas si dejas pasar la ocasión, ¡porque está como

un queso!

—No sé si me fío de Myles.

—Sabes que no es él quien tiene la culpa de eso, ¿verdad? —Abro los ojos como platos. ¿No ha entendido por qué no puedo fiarme de McKenna o qué?—. Cielo, que un chico te dejara en el instituto porque las hormonas le mandaban sobre las neuronas no es nada raro. Tú no desconfías de él, desconfías de todo el género masculino, y de eso el único culpable es el gilipollas de Jose.

Myles y yo no nos alejamos demasiado de la biblioteca; no tengo más que veinte minutos.

—Tu lugar de trabajo es chulísimo. No lo recordaba así para nada. Me encanta.

—Sí, a mí también me gusta mucho trabajar en la biblioteca, aunque yo suelo estar en la zona de oficinas.

—Al final no he sacado ningún libro prestado.

—¿Has venido a eso?

—Claro, ¿qué pensabas?

—Que habías venido a verme a mí.

Lo miro a los ojos y, como siempre, me devuelve la mirada. Sonríe de medio lado y contesta:

—¿Quién es la engreída ahora?

Me sorprende tanto su pregunta que me echo a reír. No me tengo por vanidosa, pero es que me lo ha puesto a huevo, ¿no os parece?

—Así que hoy, justamente, ¿no has venido para verme a mí?

—Para nada, he venido a buscar un libro que me han recomendado: *El noble arte de subir niveles de amistad a través de los sueños*.

—¿Serás...?

Me sujeta la mano antes de que el golpe que voy a darle impacte contra su brazo. Volvemos a sostenernos la mirada y el tiempo se detiene mientras decido si quiero que me suelte o no. La sangre acude a mis mejillas y el corazón me corre desbocado. Abro la boca para inhalar una bocanada de aire y veo que los ojos de Myles se fijan en ella. Vuelvo a cerrarla con lentitud. Al cabo de unos segundos devuelve sus ojos a los míos.

—*Breac-seunach*, si no dejas que te bese pronto, voy a volverme loco.

—Su voz ronca acaricia toda mi piel y hace que se me ponga la carne de gallina.

—No pienso besarte, Myles, ya te lo he dicho —le contesto con chulería para disimular el temblor en la voz.

—Algún día conseguiré que cambies de opinión. Estoy seguro de que lo deseas tanto como yo.

Vale, el leve cosquilleo que sentía en el bajo vientre acaba de convertirse en un tornado de esos que lo mojan todo. Me suelto de su agarre con sutileza y me pongo ambas manos en el regazo. Dudo que pueda mantener esta fachada durante mucho tiempo. Voy a caer en sus brazos, de eso ya estoy totalmente convencida. Falta saber quién de los dos pondrá más empeño: si él para acelerar el momento o yo para retrasar lo inevitable.

VEINTE

Hoy me he parado en la farmacia de camino a casa. Me han hablado maravillas de la copa menstrual, así que he decidido comprarla.

—¿Quieres bolsa? —me pregunta la auxiliar. ¿Qué pasa, que si la pago contamina menos? ¿O lo emplean como método disuasorio?

—No, no hace falta. Gracias.

Recojo la caja y empiezo a leer las instrucciones antes incluso de salir de la farmacia. La puerta automática se abre y, al traspasar el umbral, choco contra alguien. ¿Siempre tienen que pasarme estas cosas a mí?

Levanto la cabeza mientras voy preparando una disculpa. Cuando me doy cuenta de con quién he chocado, la mano en la que llevo la caja de la copa vuela a mi espalda.

—¿Qué escondes ahí? —me pregunta McKenna con una sonrisa burlona dibujada en la cara.

—Na-nada. —Me he puesto como un tomate. ¿Por qué he escondido la caja? Ni que hubiera comprado algo ilegal, macho.

—¡Uy! Nada, dice. ¡Enséñamelo! —Intenta rodearme y yo giro sobre mí misma para que no quede a mi espalda.

—¡Déjame! ¿Qué haces tú aquí? —Busco la abertura del bolso para meter la dichosa cajita dentro y que Myles pare de molestarme.

—¿Piensas tener una noche loca? —¡La madre del cordero! Seguro que cree que he comprado condones.

—Y si quiero tenerla, ¿a ti qué?

Levanta las manos en son de paz.

—Eres libre de hacer lo que quieras, con quien quieras. —¿Noto un tono hostil en su voz?

—Es una copa menstrual —susurro. No sé por qué le doy explicaciones. ¡Jesús! Ni que tuviera que justificarme ante él.

—¿Una qué? —¿No me ha oído o quiere martirizarme?

—Una copa menstrual —repito subiendo apenas el tono.

Arruga la nariz.

—¿Me interesa saber más? —Él también se ha puesto rojo. ¡Eso le pasa por cotilla!

—Definitivamente, no.

—Vale. —Nos quedamos mirándonos hasta que una viejecita apoyada

en un caminador carraspea para que la dejemos entrar en la farmacia.

—Disculpe —decimos al unísono, apartándonos.

Myles se rasca la nuca y deja una pequeña parcela de sus abdominales a mi vista. ¡Dios! Creo que me he quedado hipnotizada. ¡No puedo parar de mirar! ¿Desde cuándo tiene esa tableta de chocolate?

—¿Quieres que vayamos a tomar algo? —El sonido de su voz consigue que desvíe la vista de su ombligo a su cara.

Empiezo a asentir despacio e inmediatamente me obligo a negar con la cabeza. Seguro que no he tenido más cara de tonta en mi vida.

—He quedado con Claudia. —Compruebo la hora en mi reloj de muñeca—. Debe de estar esperándome en casa.

—¡Ah! Pues nada. Otro día.

—Sí, si eso, otro día.

Ninguno de los dos se mueve. McKenna vuelve a rascarse la nuca. ¡Por favor, que deje de hacer eso o me lo como aquí mismo!

—Yo voy para allá. —Señalo en dirección a mi casa.

—Pues yo me quedo aquí. —Apunta hacia la puerta de la farmacia.

Me doy la vuelta para empezar a caminar y salir de una puñetera vez de su influjo y noto que me coge de una mano. El metro no pasaba por aquí debajo, ¿verdad? Pues entonces, ¿por qué estoy temblando de la cabeza a los pies?

—Te escribiré más tarde —me dice.

Me muerdo el labio inferior y asiento.

—Hasta luego. —Su voz aterciopelada penetra en cada una de mis células y las hace vibrar de nuevo. Muy lentamente, me desprendo de su mano, aunque no de su mirada. Doy unos pasos marcha atrás antes de ser capaz de emprender mi camino de una buena vez.

En casa, las chicas me esperan. Claro, es que, aquí, la tonta de las pruebas soy yo. Cuando vean cómo funciona la copa conmigo, decidirán si también compran una o no.

Después de trastear un rato con ella en el baño, salgo hacia la cocina, donde Merce y Claudia están sentadas comiendo pipas y bebiendo cocacola.

—¿Y bien?

—Igual que si no llevara nada. Es muy cómoda. Tengo que esperar dos horas y después retirármela.

—De acuerdo. —Claudia nos mira a una y a otra con picardía—.

¿Quién me va a contar primero lo enamorada que está?

—Que nos lo cuente Merce, que es la novata. Yo me he enamorado muchas veces, aunque ya ves de qué me ha servido.

Las dos miramos a Merce, que, de inmediato, pone cara de mala uva.

—No me presionéis, que todo esto es muy nuevo para mí. Me siento rara cuando pienso en qué cojones me está pasando.

—No te presionamos, pero tendrás que darnos algo más de carnaza si quieres que te dejemos en paz —le espeta Claudia.

Merce le saca el dedo corazón, pero después sonrío maliciosa.

—De momento solo voy a decir que estoy pegando los mejores polvos de mi vida. ¡Si hasta ha resultado que soy multiorgásmica!

Claudia y yo nos ponemos a gritar como locas.

—¡Estás mintiendo! —exclamo sin poder evitarlo.

Merce sonrío.

—Para nada.

Me tapo la cara con las manos. ¿Cómo voy a mirar a ese chico a la cara cuando a esta loca se le ocurra presentárnoslo?

Pasamos el resto de la tarde tiradas en el sofá, comiendo pipas con chocolate y tomándonos el pelo unas a las otras. Las quiero tanto a las dos que no sé qué haría si un día no las tuviera cerca de mí.

—Laura, ya han pasado las dos horas. Tienes que ir a quitarte eso — Merce me señala la entrepierna— y pasarnos tu informe.

Claudia la secunda haciendo un gesto con las manos para que me dirija al baño.

—Es que sois más mandonas que mi exsuegra —me quejo de camino al aseo—. La próxima en hacer de rata de laboratorio tendrá que ser una de vosotras, porque lo que soy yo me he hartado de hacer siempre el tonto...

—¡Que sí, pesada! Que nos ha quedado claro.

—Por cierto, Claudia, hace unos días, cuando me estaba duchando, me noté un bultito en el pecho, en la parte de la axila. —Estoy a punto de sacarme la camiseta para que lo vea por sí misma.

—Tienes la menstruación, ¿no?

—¿Por qué tendría que haberme puesto la copa menstrual si no?

—Tú misma contestas a tu pregunta. Mientras tengas la regla, yo no le daría importancia. Espera a la semana que viene y vuelves a palpártelo. Verás que ya no está ahí.

—Sí, mamá.

Una vez en el baño, sigo al pie de la letra las instrucciones para la extracción de la copa, pero no es tan fácil sacarla como lo ha sido introducirla. Tiro más fuerte de ella y no sale; me duele un poco. Esto ha hecho vacío y se ha quedado pegado a mi pared vaginal. ¡Ay, Dios mío, que me veo en Urgencias para que me lo saquen con unas pinzas!

—Claudia —lloriqueo sin salir del baño—. Ven, creo que este trasto ha hecho ventosa y no puedo sacármelo.

Las oigo partirse de la risa y me entran ganas de gritarles que se callen, pero eso solo va a hacer que me ponga más nerviosa.

—Va en serio, chicas, me estoy asustando —les digo en cuanto me dejan meter baza.

Se callan de repente y las oigo correr hacia el aseo. La primera en asomar la cabeza es Claudia.

—¿Lo dices en serio? ¿No puedes sacarla?

Niego con la cabeza; se me están llenando los ojos de lágrimas.

—Vale, vale. —Claudia se ha puesto en «modo enfermera»—. Déjame ver las instrucciones.

Las repasa durante unos instantes y después me mira.

—Tienes que presionar las paredes de la copa con dos dedos y moverla ligeramente para liberar el aire y que no haga vacío.

—¿Y qué te crees que he estado haciendo hasta ahora?

Merce vuelve a estallar en carcajadas.

—«Hazlo, y si te da miedo, hazlo con miedo».

¿Será cabrona? Siempre espera al peor momento para soltarme una de las frases del dichoso calendario.

—Me alegro de que al menos alguien lo esté pasando bien. —Mi voz quejumbrosa no hace sino aumentar su risa.

Al final logro relajarme y la copa sale. Aunque Claudia diga que todo es cuestión de práctica, no sé si me veo con fuerzas de volver a intentarlo. No, al menos, hasta que de mi mente se borre la imagen que se ha formado de mí misma dando explicaciones a algún médico *buenorro* de Urgencias.

VEINTIUNO

Myles me ha dicho que me escribiría y no lo ha hecho. No se puede confiar en él, ¡eso ya lo sabía yo! Me meto en la cama y me pongo a leer un rato. Soy incapaz de concentrarme, así que suelto el libro sobre la mesita de noche y voy a por un vaso de agua.

Desde la cocina oigo la vibración de mi móvil en la habitación. Me dirijo corriendo hacia la puerta con el corazón a mil por hora; cuando ya casi he llegado, el dedo meñique de mi pie izquierdo impacta contra la pata de uno de los muebles. Oigo un crac fortísimo y un dolor intenso me atraviesa desde la punta del pie hasta el centro del cerebro. Me doblo sobre mí misma mientras unos lagrimones como puños se escurren desde mis ojos. ¡Joder, qué dolor tan inhumano!

Cuando llego cojeando a la habitación, el zumbido del móvil ha parado y leo un nombre en la pantalla. Myles. «¿Ves, tonta?, si hasta te ha llamado», me reprende. Cojo el teléfono, dispuesta a hablar con él, cuando entra el primer mensaje:

Myles: *¿Ya te has ido a dormir?*

Yo: *No, estaba en la cocina bebiendo y, de paso, he aprovechado para romperme un dedo del pie.*

Myles: *¿Cómo?*

Yo: *Creo que me he roto el meñique izquierdo. Me he dado un golpe y me duele horrores.*

Myles: *¿Quieres que vaya a buscarte y te llevo a Urgencias?*

Parece que mi destino es acabar en Urgencias esta noche, con cualquier excusa, pero me resisto.

Yo: *Muchas gracias, creo que no voy a ir. Merce se rompió uno hace dos o tres años y Claudia se lo ató con esparadrapo al dedo contigo.*

Myles: *¿Sirvió de algo?*

Yo: *No, pero dijo que en Urgencias no le iban a hacer otra cosa.*

Myles: *¿Tienes esparadrapo? ¿Quieres que vaya a comprar?*

¡Qué mono! Os juro que me lo como. Cuando lo pille, me lo como entero.

Yo: *No, en serio, no hace falta.*

Myles: *¿Qué habéis estado haciendo Claudia, Merce y tú toda la tarde?*

Yo: *Eres un cotilla, ¿lo sabías?*

Myles: *Sí, me lo han dicho alguna vez.*

Yo: *Claudia nos ha contado su viaje de novios con pelos y señales.*

Myles: *¿Escenas de cama incluidas?*

Yo: *¡Claro que no! ¿Qué te crees?*

Myles: *Me gustaría saber de qué habláis las mujeres cuando estáis solas. Es algo que me intriga mucho.*

Yo: *De todo y de nada. Supongo que depende de las mujeres, de la situación...*

Myles: *Y de mí, ¿habéis hablado?*

Yo: *Acabáramos. ¿Eso es lo que querías saber?*

Myles: *Of course.*

Yo: *Pues no, no hemos hablado de ti.*

Myles: *Si lo hubierais hecho, ¿qué habrías dicho?*

Una opresión gustosísima nace en mi plexo solar y se expande por todo mi pecho. Inspiro con fuerza.

Yo: *Que eres un caradura.*

Myles: *¿De verdad?*

Yo: *Sí.*

Myles: *¿Por qué?*

Yo: *Porque me haces preguntas a las que no sé qué contestar.*

Myles: *Yo sí sabría qué decir si mis amigos me preguntaran qué pienso de ti.*

Yo: *¿Ah, sí?*

Su respuesta tarda un poco en llegar porque se pasa un montón de tiempo escribiendo. Cuando la leo, me quedo sin respiración.

Myles: *Les diría que me sigues pareciendo tan guapa como cuando teníamos cuatro años y te tiraba de las coletas en la guardería para que estuvieras más pendiente de mí que de los otros niños. Les preguntaría si se acordaban de todas las tardes que los obligaba a ir al parque solo para ver si estabas ahí con Claudia y Merce. Les recordaría lo mucho que fardé el día que accediste a venir conmigo a la bolera.*

Estoy tan nerviosa que doy botes encima de la cama. Tengo la piel de gallina y ni siquiera noto el dolor del dedo.

Myles: *Les diría que me fui con mi padre a Escocia porque no podía soportar ni un día más que pasaras a mi lado sin saludarme por haberme comportado contigo como un gilipollas.*

Me tiemblan tanto las manos que apenas puedo pulsar las teclas del móvil para contestar.

Yo: *¿Solo eso?*

Myles: *Eso y millones de cosas más. Pero preferiría contártelas en directo.*

Echo la cabeza hacia atrás. ¿Debería invitarlo a venir? No, hoy no. Aunque cada fibra de mi cuerpo clame por él, hoy no es el día más adecuado. No sé si las chicas tienen razón y entre nosotros pende una etapa inconclusa que debemos cerrar, si nunca he dejado de estar enamorada de él o si me he quedado colgada de este nuevo Myles, que ya no es un adolescente, que es el hombre que siempre he imaginado a mi lado. Sea lo que sea, me muero de ganas de comprobar qué podría llegar a ocurrir entre nosotros.

Yo: *Si quieres, podemos vernos mañana, y así me explicas mejor eso de que fuiste un gilipollas.*

Myles: *Ja, ja, ja, ja, ja.*

Myles: *De acuerdo, si eso es lo que quieres. Pero te aseguro que de mañana no pasa. Me muero de ganas por saber si tus labios siguen sabiendo tan bien como hace trece años.*

Acabo de morir y he entrado en el paraíso. Me doy cuenta de que estoy destrozándome el labio inferior con los dientes; me enloquece jugar a esto.

Yo: *¿Te he dicho ya que te lo tienes muy creído?*

VEINTIDÓS

El bulto en el pecho, que en teoría tenía que haber desaparecido cuando acabara mi ciclo menstrual, sigue ahí. Y encima me molesta el triple que los otros días.

Me palpo la axila y me doy cuenta de que lo que era un bultito se ha convertido en algo del tamaño de una pelota de golf. En la última exploración que me hice no tenía ningún bulto. Ya sé que cuando tienes la menstruación no es el mejor momento para hacerte una palpación mamaria (amiga enfermera, ¡acordaos!), pero me parece que esto no es normal.

Lo primero que hago, incluso antes de levantarme de la cama, es llamar a Claudia.

—Cielo, el bulto que me salió en el pecho me ha crecido un montón — le digo en cuanto descuelga.

—¿Aún tienes la regla?

—No creo que sea por eso. Es bastante grande, y me duele cuando lo toco.

—Si quieres acercarte al hospital esta mañana, estoy de turno. Puedo acompañarte a las consultas, a ver qué te dicen. —No parece muy preocupada, así que yo tampoco le doy mucha importancia. Aunque eso de que quiera llevarme a que me vea un médico tampoco es que me dé buena espina, por más que sean sus compañeros de trabajo.

—Vale, si acaso pediré al jefe que me deje salir un poco antes.

—*Okey*, te veo luego. ¡*Ciao, pescao!*

Paso la mañana dándole tantas vueltas al tema del dichoso bulto que a la una ya tengo la cabeza como un bombo. El director me ha dado permiso para irme antes, así que no espero ni un minuto más y salgo disparada a coger el bus.

Claudia trabaja en el mismo hospital desde que acabó la carrera. Es supervisora de enfermería en la planta de ginecología, así que conoce a todo el equipo. En cuanto llego, me conduce a la consulta de una de sus compañeras. Es una médica joven, más o menos de nuestra edad. Me hace una batería de preguntas, pero no me acojono hasta que dice:

—¿Alguien en tu familia ha sufrido cáncer de mama? ¿Tu madre, una hermana suya o alguna hermana tuya?

—No... No tenemos hermanas, ni mi madre ni yo.

—¿Y ella tampoco lo ha padecido?

—No, no. Está sana. Mayor pero sana.

Miro a Claudia, que niega con la cabeza.

—Son preguntas rutinarias, no te *emparanoies*.

La médica me pide que me quite toda la ropa de cintura para arriba y que me tumbe en la camilla. Empieza la exploración por el pecho izquierdo y, cuando llega al derecho y toca el bulto, algo cambia en su cara.

—¿Cuándo fue la última vez que te hiciste una autoexploración?

—Cada mes me hago una. Claudia nos lo ha machacado tanto que cualquiera se olvida. —Intento sonreír, pero solo me sale una mueca. El gesto que hace la médica tras mi comentario no me gusta nada.

—Espera un momento, quiero consultar con un adjunto. —Sale, dejándonos solas a mi amiga y a mí.

Miro a Claudia de reojo y vuelve a quitarle hierro al asunto con un gesto de las manos, pero la expresión de su cara no es nada tranquilizadora.

—Es muy buena residente —me dice—. Quizás solo quiere asegurarse...

Cuando los dos médicos entran en la consulta, el alma se me cae a los pies. Sus rostros intentan no revelar lo que piensan, pero las arruguitas de sus ceños son muy elocuentes.

Después de palpar, mirar, volver a tocar y examinarme de nuevo ambos pechos, me piden que me vista. El adjunto escribe durante un buen rato en el ordenador y, luego, habla:

—Es amiga tuya, Claudia, ¿verdad?

—Sí —contesta con cara de susto.

—¿Conoces a alguien en rayos?

—Sí, por supuesto.

—Pues, si te parece bien, le haré una petición para una mamografía y una ecografía. Esta tarde estoy de guardia; si tenemos los resultados, podremos decidir qué hacer a partir de ahí.

El ambiente se ha enrarecido un montón y mi cara debe de ser de espanto, porque el médico me mira con una sonrisa amable en los labios.

—Vamos a hacerte unas cuantas pruebas. En estos momentos no podemos descartar nada. El crecimiento de ese nódulo, por lo rápido que ha sido, nos tiene un poco despistados, pero no tienes por qué preocuparte. Pronto sabremos más.

Miro a Claudia y, cuando nuestros ojos se encuentran, leo

preocupación en los de ella. Noto una sensación muy desagradable subiendo por mi garganta; creo que estoy a punto de vomitar.

Salimos de la consulta y mi amiga ya tiene el teléfono pegado a la oreja. No sé si lo hace para no tener que encararse conmigo o porque de verdad cree que tenemos que darnos prisa, pero preferiría que me hablara claro y no tener que soportar esta angustia.

Para cuando suelta el teléfono, estamos entrando en el área de radiología y, antes de que pueda preguntarle nada, me encuentro de nuevo sin ropa de cintura para arriba.

Nunca antes me he hecho una mamografía. He oído de todo acerca de ellas, desde que son muy molestas hasta que ni te enteras. La verdad es que notar, notas algo, pero no es tan doloroso como me había imaginado.

Lo peor es la cabeza, que no para de dar vueltas al asunto. ¿A qué viene tanta prisa? ¿Por qué me hacen las pruebas hoy mismo? A ver, es evidente que lo de que Claudia conozca a casi todo el mundo en el hospital ayuda, pero no creo que el personal se preocupara tanto de complacerla al momento si lo que me han detectado los médicos no fuera grave, ¿verdad?

Cuando al fin nos quedamos a solas y sin teléfono de por medio, me atrevo a preguntar:

—¿Por qué no me explicas con calma lo que pasa para que no me *emparanoie*, como tú dices?

Claudia me coge la mano y me mira a los ojos de nuevo.

—Siento haberte hecho correr de esta manera sin explicarte nada. Supongo que Mesquida, el médico, quiere hacerse una idea de la forma y la consistencia del «bulto» que te ha salido. No puede decirnos nada hasta que no averigüe eso. —Toma aire y me aprieta un poco los dedos—. Si los resultados de la ecografía y la mamografía lo satisfacen, no tendrán que hacerte más pruebas. Esta tarde lo sabremos. —Soy incapaz de decir nada, así que Claudia llena el silencio con su cháchara—. Todos han colaborado un montón. Tendremos que repartir unas cuantas cajas de bombones entre el personal, ¿no crees? —Su sonrisa trémula no hace más que incrementar mi ansiedad.

—¿Y si no? —logro preguntar al fin.

—No lo sé, cariño, tendremos que esperar. Pero te prometo que estaré a tu lado en todo momento. Ahora vamos a comer y no pienses en ello, ¿de acuerdo?

¿Conocéis la teoría de los procesos irónicos de Wegner? A los que no sabéis en qué consiste, solo os diré una frase: «No pienses en un elefante

rosa...». Todos los que hayan podido evitar pensar en ese paquidermo tan *cuqui* que levanten la mano. Pues eso mismo me sucede a mí en estos momentos. Aunque insisto con firmeza a mis pensamientos para que se alejen de los malos augurios, no puedo remediar volver a ellos una y otra vez.

Poco después de acabar de comer, suena el teléfono de Claudia. La veo tomar aire profundamente varias veces y noto que esquiva mi mirada. Sé que cuando cuelgue no va a tener buenas noticias para mí. Tengo la garganta cada vez más comprimida, y no es por la alegría burbujeante de estos días pasados, cuando me parecía que tocaba el cielo con un dedo porque McKenna tonteaba conmigo.

—Me ha dicho Mesquida que vayamos para el hospital. Quiere hablar contigo.

Asiento de forma mecánica y me levanto para seguirla. Las palabras están atoradas en mi garganta. No sé qué decir, no sé cómo sentirme; solo sé que tengo mucho miedo.

En la consulta nos esperan tanto el médico como la residente con aire circunspecto.

—Laura, siento mucho decirte que los resultados no son muy esperanzadores. Le he pedido al radiólogo que hiciera un informe preliminar; entenderás que nos hemos tomado tu caso como algo especial por ser tan joven y, además, amiga de Claudia. Me temo que necesitaremos hacerte algunas pruebas más para poder poner nombre y apellidos al tumor.

La palabra «tumor» impacta en mi cerebro igual que lo hizo ayer mi meñique contra la pata del mueble en la cocina. Por unos instantes me quedo sin aire, intentando llenar mis pulmones sin conseguirlo, y después las lágrimas acuden en tropel a mis ojos.

Apenas escucho lo que continúa diciendo el médico. Oigo algunas palabras sueltas: biopsia, resultados, opciones... Pero en mi mente resuenan: cirugía, quimioterapia, dolor; aunque ninguna de ellas haya salido de la boca del ginecólogo.

—¿Tienes alguna pregunta?

Tengo millones, ¿por dónde empiezo? Pero mis labios se niegan a moverse y no puedo hacer más que sacudir la cabeza. Claudia me ha cogido la mano y ni me he enterado.

—Mañana mismo te haremos la biopsia y espero tener los resultados la semana que viene. ¿De acuerdo?

Asiento una sola vez. ¿Por qué ha tenido que pasarme esto a mí? No es justo. Una semana es mucho tiempo. Tengo unas ganas tremendas de llorar. Claudia me da un leve apretón y nos levantamos para salir.

Una vez fuera de la consulta, me abraza con fuerza. Sabe lo mucho que lo necesito.

—Vamos a casa, ¿vale?

Asiento y me dejo conducir hasta su coche. Por el camino habla con Félix y le explica un poco *grosso modo* lo que sucede. Se quedará toda la tarde conmigo en el piso, no quiere dejarme sola, le dice. Miro por la ventanilla a los ocupantes de los otros coches: unos sonríen, otros discuten; la mayoría van callados, inmersos en sus propios problemas. Me gusta imaginar qué estarán pensando mientras conducen. ¿Habrá alguno tan angustiado como yo? Seguramente, sí. Aunque ahora mismo solo pueda preocuparme por mi propio miedo, tengo la seguridad de que no estoy sola, ni voy a estarlo durante el tiempo que dure el proceso. Tengo mucha suerte de tener a Claudia y a Merce a mi lado.

—No voy a decirle nada a mis padres de momento. —Dejo de mirar por la ventanilla y fijo mi mirada al frente.

—Me parece lo más acertado. De todas formas, puede que el tumor sea benigno, hay muchos de esos; ¿para qué vas a asustarlos si al final no va a ser nada?

Veo por el rabillo del ojo como le tiemblan levemente las manos. Claudia no acaba de creerse lo que ha dicho. Pero no voy a ser yo quien la reprenda por disimular su nerviosismo ante mí.

VEINTITRÉS

Llegamos al piso y Merce no está. Me alegro por ella; seguro que está teniendo orgasmos múltiples con su novio. La verdad es que la palabra «novio» y «Merce» en la misma frase no casan. Me entra la risa tonta.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Que al menos podré decir que he vivido para ver a Merce enamorada. No creía que eso fuera a suceder y mira... —Me echo a llorar. Se ve que tenía las lágrimas retenidas tras una compuerta de algún tipo, porque brotan y brotan sin parar. Claudia me abraza tan fuerte que casi no puedo respirar.

—No te vas a morir, ¿me oyes? Como máximo te vas a quedar calva y van a tener que operarte, pero ¿morirte? Ni lo sueñes, ¡anda que iba yo a consentirlo!

—Tengo mucho miedo —consigo decir entre hipidos.

—Ya lo sé —Claudia me mece para tranquilizarme—, pero aún no hay necesidad de ello. Te vuelvo a decir que lo más probable es que sea un tumor benigno...

—Deja de repetir algo que ni tú misma te crees, por favor. No soy ningún *crack* en lectura del lenguaje corporal, pero has estado tiesa como una tabla desde que ha entrado el médico en la consulta esta mañana.

—Es que estoy preocupada, no te diré que no. Pero me niego a ponerme en lo peor. Estoy decidida a pensar en positivo hasta que no tengas los resultados de la biopsia dentro de una semana. ¿De acuerdo?

Asiento, primero suavemente y después con mucha más energía. Me doy cuenta de que Claudia tiene razón: todavía no sé nada. Podría ser algo sin importancia, como ella bien dice. ¿Por qué voy a amargarme antes de hora?

—¿Qué te apetece hacer?

—Me gustaría reírme.

Claudia frunce el ceño. Me parece que se lo toma como una coña por su anterior afirmación, así que corro a sacarla de su error.

—¿No dicen que la risoterapia influye de forma muy beneficiosa en la curación de una enfermedad? Pues eso, me encantaría reírme hasta que me doliera la barriga.

—No esperarás que yo te cuente chistes, ¿no? Ya sabes que soy experta en empezarlos por el final.

Consigue arrancarme una risa pequeñita.

—Si eso es precisamente lo más divertido de tus chistes: la cara que pones cuando te das cuenta de que la has cagado y que no hay nada que hacer para enmendar el desastre.

Nos miramos y nos da la risa floja. Menuda tontería nos está entrando. Yo empiezo a reírme y Claudia me sigue. En menos de un minuto, nos hemos contagiado la una a la otra, y lo que ha empezado con una sonrisa acaba con dolor de tripa, como yo había pedido.

—No sé ni de qué nos reímos —dice Claudia cuando puede respirar con normalidad de nuevo.

—Ni yo, pero ¿y lo bien que nos ha sentado?

Suena el timbre de la puerta y Claudia se levanta para ir a abrir. Oigo un saludo y unos pasos que se acercan veloces al salón. No tengo ni tiempo de sentarme bien: Myles entra casi corriendo; su siempre sonriente rostro muestra severidad. Pienso que no me gusta nada verlo así, enfadado, e inmediatamente me doy cuenta de que su rictus no es severo, sino más bien atemorizado. Se acerca a mí en dos zancadas y se arrodilla a mi lado. Lo miro estupefacta mientras me coloca un mechón de pelo tras una oreja.

—¿Estás bien, *breac-seunach*?

El tono de preocupación en su voz hace que me derrumbe de nuevo y rompo a llorar. Me agarra por la cintura y sujeta mi cabeza contra su pecho. Es tan tierno que casi logra que me calme por completo. Oigo que alguien más ha entrado en la sala e intento serenarme. No me apetece dar el espectáculo ni ser el centro de miradas compasivas, así que me separo un poco de Myles y me seco los mocos con un pañuelo de papel (al que ya debería haberle dado el retiro hace un rato, por cierto).

Félix me mira compungido.

—Todavía no sabemos si es maligno —repito las palabras de Claudia como si fueran mi frase de hoy—, deberíamos dejar las lágrimas para más adelante.

—Sí, de hecho habíamos empezado a practicar la risoterapia justo antes de que llegarais.

Los chicos se miran y después nos observan a nosotras como si quisieran comprobar que no estamos borrachas.

—Sería guay si pudiéramos montar un concurso para ver quién me hace reír más.

—Me parece una idea genial —me apoya Claudia.

—¿A que sí? ¡Creo que hasta voy a publicarlo en Facebook! Quien consiga que me divierta más gana. ¿Qué os parece que podría ofrecer como premio? —Miro a Myles a los ojos—. ¿Un beso?

Myles se acerca para hablarme al oído:

—¡Ni de coña! Esos son todos para mí.

Oigo como Félix y Claudia carraspean mucho más de lo necesario; se están burlando de nosotros, pero no me importa. Ni siquiera me molesta que sean espectadores de lo que está a punto de suceder.

—¡Menudo fanfarrón! —Lo digo en voz tan baja que no suena siquiera a insulto. No puedo despegar mis ojos de sus labios y noto, más que veo, como Claudia empuja a Félix fuera del salón.

Myles sigue de rodillas frente a mí. Mete los dedos entre mi pelo para sujetarme la cabeza y se acerca despacio, muy despacio, a mi boca. Cierro los ojos y entreabro los labios.

El beso no llega y me estoy poniendo cardíaca. Abro otra vez los ojos para ver qué pasa y me encuentro con su sonrisa socarrona casi encima de mis labios.

—Así que fanfarrón, ¿eh? —Devora mi cara centímetro a centímetro con su mirada.

Asiento casi imperceptiblemente y advierto como su sonrisa se troca en deseo.

Cuando al fin sus labios se apoderan de los míos (después de catorce años, tres meses, una semana, seis días y dos horas), me parecen mucho más cautivadores de lo que recordaba. Su lengua no tarda nada en abrirse paso al encuentro de la mía. Y la explosión de placer que llevaba tanto tiempo ansiando llega para arrasarlo todo. No queda ningún vestigio de ansiedad ni tristeza en mi cerebro. No pienso en nada, solo me dejo llevar por su lengua, su boca y su aroma.

Baja las manos desde mi pelo hasta mi cintura y me acerca al borde del sofá sin deshacer nuestro beso. Estoy tan cerca de Myles que su calor traspasa mi ropa. Me estremezco de placer entre sus brazos mientras el eco de su temblor resuena sobre mi piel.

El beso dura toda una vida. No podemos saciarnos del otro y no estamos dispuestos a separar nuestras bocas por nada ni por nadie.

Las manos de Myles vuelven a desplazarse desde mis caderas a mis pechos y doy un respingo; se aparta de mí de golpe.

—Lo siento, Laura, lo siento tanto. ¡Menudo gilipollas! —Se mesa el

pelo con las manos mientras yo me encojo. Mi cabeza se llena de nuevo de imágenes desagradables de pechos ausentes y cicatrices.

—No me has hecho daño. —Decido reponerme de inmediato. No quiero estropear este momento. Y es verdad que no he sentido dolor, ha sido más bien una molestia que me ha recordado por lo que estoy pasando.

Claudia y Félix irrumpen en el comedor como si hubieran estado escuchando tras la puerta.

—¿Qué ha ocurrido? —La cara de Claudia es de preocupación.

Myles agacha la cabeza.

—Nos hemos emocionado un poco, eso es todo. —Lo digo mirando a mi pelirrojo y él vuelve a levantar la cabeza y me sonrío. Me pongo colorada, aunque lo más seguro es que esté resplandeciente por ese pedazo de beso.

—¡Tío, al fin! —Félix se acerca a nosotros y nos pone, a cada uno, una de sus manazas en el hombro—. Ya empezaba a pensar que no lo conseguirías.

Myles se pinza el puente de la nariz. Por el rabillo del ojo veo que Claudia también menea la cabeza.

Me pongo en pie y arrastro a Myles conmigo. Me abraza y me da un besito en la nariz.

—Sé dónde nos hemos quedado, no creas que te librarás de mí con facilidad —me susurra al oído.

Lo miro a los ojos con una sonrisa como una media luna. No puedo dejar de hacerlo. Parece que este hombre tan guapo está tan loco por mí como yo por él. Vaya día más raro: he pasado de vislumbrar el infierno a estar a las puertas del cielo.

—¿Queréis que preparemos algo de cena? ¿O mejor os dejamos solos? —El filtro de pensamientos de Félix necesita una buena puesta a punto. ¡Vaya pregunta! Aunque la verdad es que no puedo olvidar lo pendiente que ha estado Claudia de mí durante todo el día. ¿Cómo la voy a mandar a su casa ahora?

—Vamos a comer algo —digo. McKenna y yo hemos esperado tanto tiempo para este reencuentro que podremos soportar un día más sin demostrarnos todo lo que nos gustamos.

—Deberíamos llamar a Merce, ¿no? —Claudia nunca se olvida de esos detalles.

—Si está con su «novio» —recalco la palabra—, no creo que coja el teléfono.

—¿Novio? —gritan al unísono Myles y Félix.

—¡Ajá! —Claudia está muy pagada de sí misma porque, por una vez, me he ido yo de la lengua y no ella.

—¿Conocemos al pobre incauto? —Félix coge a su mujer por la cintura al preguntar.

—No tenemos ni idea de quién es. Lo conoció el día de nuestra boda, dice que era un invitado de otro de los salones del restaurante. Laura y yo no nos lo creímos al principio, incluso pensé que podría tratarse de tu primo Manel, pero está empeñada en que no lo conocemos...

—Los otros salones estaban muy lejos del nuestro, cari, es muy improbable que conociera a alguien de alguno de ellos.

—Dijo que lo había conocido en el baño. —Veo el cerebro de Claudia ponerse en funcionamiento. La conozco y sé que está repasando de nuevo la lista de invitados de su boda para ver quién podría ser el enamorado de Merce si, como Félix afirma, no es posible que conociera a algún asistente a un evento distinto del suyo.

—JC también dijo que había conocido a alguien en el baño, a lo mejor no es tan difícil... —McKenna interrumpe su defensa de la causa en cuanto nota que los tres nos volvemos hacia él con rapidez y lo miramos con el brillo del reconocimiento en nuestras pupilas—. ¿JC? ¿JC y Merce?

Entierro la cara en el cuello de Myles y me echo a reír. Esto no pasa ni en las novelas románticas. ¡Los tres mejores amigos saliendo con las tres mejores amigas!

—¿Qué me estás contando? —Félix no sale de su asombro.

Claudia mira a su marido con una sonrisa pícaro en los labios.

—Creo que vas a tener que hablar con JC para saber cómo hace ciertas cosas, amor. ¡Yo quiero ser multiorgásmica como Merce!

Myles y Félix abren unos ojos como platos.

—Pues como no vaya a ver a un cirujano plástico y le pida que me la alargue y me la engrose al menos cinco centímetros, yo, con lo que tiene JC entre las piernas, no puedo competir.

VEINTICUATRO

Ayer me hicieron la biopsia y hoy estoy un poco chafada. Me he quedado en casa; pedí algunos días libres en el trabajo y el jefe no dudó en concedérmelos. Merce se ha quedado conmigo. No trabaja, tiene vacaciones. ¿Os he dicho que es controladora aérea? Pues sí. Tengo una amiga que es un coco. Ella lo tenía muy claro desde siempre: su padre y su abuelo lo fueron antes que ella, así que no es que se pasara de original, tampoco. Tiene un buen horario y del sueldo no se queja. Aunque lo mejor es, sin duda, el montón de horas libres de las que dispone.

Cuando llegó antes de ayer y nos encontró a Claudia, Félix, Myles y yo cenando, se quedó bastante sorprendida. Después, Claudia le explicó qué me sucedía, porque yo era incapaz de hacerlo, y desde entonces apenas se ha separado de mí. Lo peor es que casi nos pilla haciendo planes maquiavélicos para hacerles confesar a ella y a JC que están juntos. ¡No os podéis imaginar la inventiva de Félix y McKenna cuando ponen sus cabecitas juntas a trabajar!

Esta tarde Myles vendrá a estar conmigo. Ayer se limitó a tumbarse en la cama tras de mí y rodearme con sus brazos mientras yo descansaba. ¡Es maravilloso! ¿Os lo había comentado? Ahora mismo, como comprenderéis, no es que tenga ganas de mucho más. Aunque lo de la risoterapia funciona bastante bien, sigue habiendo ratos en que mis pensamientos divergen hacia lo peor, y si bajo la guardia, me pongo fatal. No me atrevo a dejarme llevar y que en medio del frenesí del momento mi cabeza se llene de imágenes no deseadas y lo mande todo al garete.

A ver, que ya sé que esta situación va a alargarse y la semana que viene, cuando me den el diagnóstico, no me voy a poner de mucho mejor humor. Pero es que la incertidumbre es lo peor. Si, cuando me den los resultados, me dicen que se trata de un tumor maligno, supongo que seré capaz de activar mis mecanismos de defensa, pero ahora mismo lo que me mata es esta fluctuación entre la esperanza y la desesperanza. El no saber qué pasará. El tener que decírselo a mis padres. ¡Están tan mayores! Pero es que si con la quimio se me cae el pelo, no voy a poder ocultárselo.

En los pocos momentos que he estado sola, he aprovechado para entrar en internet y echarle un vistazo a los foros y las páginas que hablan sobre el cáncer de mama. Claudia me lo tiene prohibido, dice que es lo peor para alguien que está en mi situación, porque vemos síntomas donde no los hay y

porque malinterpretamos algunas de las informaciones que se vierten a la ligera. Pero, sobre todo, no me deja entrar porque sigue empeñada en que todavía no sabemos qué es lo que tengo.

De las pocas incursiones que he tenido ocasión de hacer en la red, con lo único con lo que me he quedado es con que la tendencia actual para las mujeres de mi edad es no extirpar el pecho completo, sino que antes de operar intentan reducir al máximo el tumor para poder reseccionar solo esa parte.

Sea como sea, cada vez estoy más convencida de que mi mayor suerte son mis amigos. No me han dejado ni un minuto sola, se han roto la cabeza ideando estrategias para hacerme reír y lo han conseguido, la mayor parte del tiempo.

—¿Quieres que veamos una peli? —me pregunta Merce sacándome de mi ensimismamiento.

—¿Una de amor?

—¡Anda ya!

—Pero si ahora deberías estar súper a favor de ellas. Eres una integrante del club.

Merce me gruñe y yo me río.

—Cuéntame algo del chico de los orgasmos, anda. Ni siquiera sé si está bueno.

Me mira de reojo. No sé si he fingido demasiado bien y sospecha que, en realidad, sé de quién estoy hablando.

—No es un adonis, pero está más fuerte de lo que pensaba. ¿Te sirve eso?

—¡Ah! ¿Pero es que lo conocías de antes? Yo creía que lo habías conocido en la boda de Claudia.

—¿Eh?

—¿Qué? —Me encojo de hombros.

Merce resopla y se levanta del sofá para recoger el mando de la tele. Voy a conseguir que me diga que sale con JC aunque sea lo último que haga en la vida. Se me ocurre una idea algo macabra.

—¿Me dirías quién es si estuviera en mi lecho de muerte?

La mirada que me dirige Merce primero es una mezcla de pánico y pena, y después me fulmina con los ojos de esa manera que te hace darte cuenta de que te has pasado de lista.

—¡Tú eres gilipollas! —me espeta—. ¿Cómo puedes hacer un chiste de esto?

—Supongo que es una manera de protegerme como cualquier otra.
Cambia de actitud de inmediato.

—Con tanto intentar hacerte reír, no te he preguntado cómo te sientes.

—Acojonada, ¿cómo voy a estar?

—¡Ya, y yo! ¿Quieres hablar de ello?

Niego con la cabeza.

—¿Pongo la peli?

La verdad es que mi ánimo ha decaído bastante, no creo que pueda conectar con una película ahora mismo.

—¿Vamos a comprar un paquete de Toke?

—¿Para comer con las pipas?

—¡Por supuesto!

Me levanto de un salto y voy a mi habitación a ponerme unos zapatos más monos. En cuanto me he levantado, me he vestido; me niego a ir en pijama todo el día, eso haría que me sintiera aún más enferma.

Bajamos a la calle y nos encaminamos a una pequeña papelería en la que venden chuches. Es nuestra papelería de cabecera, vamos a la misma desde que éramos unas crías (por cierto, me arrepiento mucho de no haber venido a cotillear aquí lo del calendario de frases en vez de ir a la papelería creativa esa. Pensar en ello me hace sentir infiel de los pies a la cabeza).

—¡Hola, chicas! —nos saluda Mamen, la dueña, nada más entrar—. Laura, me han llegado las libretas nuevas, si quieres echarles un vistazo.

Me vuelven loca las libretas. Tengo un vicio con ellas. Yo digo que las colecciono, pero lo que pasa en realidad es que nunca me parece tener suficientes. Últimamente me he vuelto más selectiva y solo las compro sin espiral y con rayas. Mamen lo sabe y, de tanto en tanto, me provee de material como si fuera una verdadera yonqui y ella, mi camello.

—¡Voy a verlas!

Merce me sigue al rincón donde están ordenadas por tamaños. A ella también le gustan, aunque no tanto como a mí. Suele esperar a haber terminado una para comprar la siguiente. ¡Aficionada!

Después de pagar, decidimos ir a tomar un vermut a un bar que está entre nuestra casa y la tienda. Claudia nos ha traído una olla de lentejas para comer. La tía no para de darme la lata con eso aunque viva en otra casa, ¡joye!

Nos sentamos fuera, en la terracita, a la sombra. No hace ni dos minutos que nos hemos aposentado cuando por delante de nuestra mesa pasa JC. Va un poco despistado, pensando en sus cosas, con una sonrisa que le

abarca toda la cara, ojos incluidos. ¡Qué diferencia con el chico que vino a cenar hace poco más de una semana! ¡Claro! Merce me dijo que habían tenido una pelea de dos pares de narices; con razón estaba tan hecho polvo el día que Myles nos hizo de cocinero.

—¡JC! —Doy un grito sin ningún pudor. La cabeza de Merce se endereza de golpe, deja de mirar el móvil y una escueta sonrisa aparece en sus labios. ¡Te tengo! Esta es la prueba definitiva. ¡Verás cuando se lo cuente a los demás!

—¡Hola, chicas! ¿Qué tal? —nos saluda mostrando una indiferencia impostada. Me doy cuenta a la perfección de cómo sus ojos vuelan a Merce y la adoran.

En mi mente dos imágenes se solidifican: una tiene que ver con atributos masculinos enormes, y la otra, con orgasmos múltiples. ¡Por Dios! Ya no veré nunca más a JC con los mismos ojos. Entre Merce y Félix han cambiado la imagen de chico tímido y poco hablador, que yo me había hecho de él, por la de un actor porno. Me tapo la cara con ambas manos para ocultar una carcajada.

—¿Qué te sucede? ¿Estás bien? —Merce se vuelve hacia mí de golpe.

—Sí, lo siento. —Intento buscar una excusa plausible—. Es que ayer Myles me contó que él y tú tratasteis de fugaros del colegio una vez y que no pudisteis. Me he acordado de eso. —¡Uf! Salvada por la campana.

Merce frunce el ceño de forma interrogante. JC tuerce el gesto, pero se ríe también.

—Myles y yo queríamos salir del colegio. Joder, todo el mundo lo hacía y nosotros éramos de los únicos pringados que ni lo habíamos intentado. Por supuesto que Félix no nos quiso acompañar.

—¿Por qué? —pregunta Merce.

—¿No te acuerdas? —JC sigue de pie—. El padre de Félix era el portero de la escuela. Nosotros teníamos pensado decirle que íbamos al médico, pero él, ¿cómo le iba a contar esa milonga precisamente a su padre?

—¡Ostras! No me acordaba.

—¡Pues sí!

—¿Y qué pasó?

—¡Que no coló! En teoría yo iba al médico y McKenna me acompañaba, pero bastó una mirada desconfiada del padre de Félix para que toda la mentira se viniera abajo. Nos amenazó con llamar a nuestras madres para saber si era cierto.

No es que sea una anécdota de las más graciosas, pero me ha servido de excusa para que no se dieran cuenta del origen de mi ataque de risa. Aun así, tengo que decir que es la vez que he escuchado a JC hilar más palabras seguidas en toda mi vida.

—¿No quieres sentarte? —le pregunto.

Mira a Merce como si estuviera pidiéndole permiso y ella se encoge ligeramente de hombros. No me hubiese percatado de ni uno solo de esos pequeños gestos si no los hubiera estado observando con lupa. JC le pide una cerveza al camarero y mientras esperamos parece que ninguno de los tres tiene nada que decir. Me divierto examinando cómo se miran estos dos con disimulo. ¡Madre mía! Creo que la tensión sexual entre ellos se puede cortar con un cuchillo. ¿Cómo no nos hemos dado cuenta antes?

—Me ha dicho McKenna que estáis preparando un concurso para ver quién cuenta la anécdota más impactante para lo de la risoterapia.

Sonrío, ¡qué monos son!

—Pues sí, aunque todavía no sé qué premio dar a quien gane.

—Yo que tú lo dejaría desierto —dice, justo antes de llevarse la cerveza a la boca. ¡Será granuja! Qué escondido lo tenía. Me gusta este nuevo JC, no me extraña que haya conquistado a Merce.

—¡Buena idea! Me parece que te la voy a tomar prestada.

—No es buena para nada —se queja Merce—. Mi anécdota te va a dejar impactada.

—«*Mi enecdete te ve a dejar impectede*» —la imita con burla—. ¿No ves que solo puede ganar McKenna? Los demás no vamos a tener ninguna oportunidad. —Me guiña un ojo.

¡Uy, uy, uy! Que alguien se ha venido muy arriba. Estos dos están convencidos de que saben los secretos de todos y de que nadie sabe el suyo. ¡Muy bien! Esto es la guerra, ¡quien ríe el último ríe mejor!

Decido no esperar ni un segundo y abro un grupo nuevo de chat.

Yo: *Estoy con los tortolitos tomando una cerveza y están tranquilísimos. Van de sobrados, como si nos estuviesen tomando el pelo ante nuestras narices.*

Myles: *¿Dónde estáis?*

Yo: *En el bar de la esquina.*

Myles: *¡Voy para allá!*

Yo: *¡Se darán cuenta de que te lo he dicho!*

Myles: *¡Qué va! Haré como si fuera a tu casa, me viene de camino.*

Félix: *Yo quiero un trabajo como el vuestro, también quiero salir a tomar una cerveza.*

Myles: *Sabes que JC y yo te esperamos con los brazos abiertos.*

Claudia: *Déjate de tonterías; tu trabajo de funcionario es perfecto. Ya te daré yo cerveza cuando lleguemos a casa. Y esos otros dos, que se preparen. Cuando los pille, les voy a sacar los colores.*

No puedo evitar reírme. JC y Merce me miran intrigados.

—Nada. —Me apresuro a soltar el móvil sobre la mesa con la pantalla hacia abajo para que no puedan ver nada de nada—. Una compi del trabajo, que me ha mandado un chiste buenísimo.

VEINTICINCO

Después de las cervezas nos hemos ido los cuatro juntos a comer por ahí. Myles se ha sentado a mi lado y se ha pasado el tiempo toqueteándome. Que si ahora una mano, que si un mechón de pelo tras una oreja, que si un besito en la nariz... La cara de JC y Merce era un poema.

—Córtate un pelo, ¿no? Que estos dos están que trinan —le he dicho al oído.

—Si lo hago precisamente para ver si se destapan con algún gesto cariñoso.

—¡Que te lo crees tú!

Ellos seguían como estatuas, sentados uno junto al otro más rígidos que una espalda sobre un colchón de tablas. A ver si nos hemos equivocado y no están liados...

Hemos decidido que el gran concurso de anécdotas se celebrará mañana por la noche. Porque esta tarde McKenna y yo tenemos otros planes. No seáis malpensadas, ya os he dicho que no estoy muy por la labor de meterme con él en la cama (bueno, si es haciendo la cucharita, como ayer, sí).

Queremos ir a Sant Elm a darnos un chapuzón; con la hora que es y con un poco de suerte, cuando lleguemos ya no habrá mucha gente en la playa. Espero que no la hayan invadido los mosquitos.

Pasamos primero por casa para que yo pueda ponerme el bañador. Merce ha pergeñado una excusa y ni siquiera ha subido; seguro que JC y ella se van a resarcir de todo lo que no han podido tocarse durante la comida (porque yo a esos dos me los imagino así, de los que no pueden quitarse las manos de encima cuando están juntos). En cuanto entramos en mi habitación, Myles cierra la puerta tras de sí.

—Voy a ponerme el bañador.

—Será un espectáculo digno de verse —me dice con la voz enronquecida.

Ladeo un poco la cabeza. Voy a hacerme la chula, porque si se da cuenta de cómo me ha puesto con esas simples palabras, no llegamos a la playa.

—¿Tú no querías ir a nadar? —Sueno autoritaria. ¡Bien!

—¿Crees que es conveniente?

¡Uy, uy! Que ya veo que esto acaba en calentón.

—Myles... Yo... no sé si tengo la cabeza demasiado centrada para hacerlo...

Se acerca a mí en media zancada y me coge por la cintura.

—¡Chis! Calla. —Sus labios están tan cerca de los míos que casi se rozan—. Ni se me ocurriría pedírtelo. Pero tengo ganas de verte desnuda desde que tenía dieciséis años.

—¡No pienso hacerte un estriptis! —le digo mientras la cara se me enciende.

Myles se ríe. Después se pone serio de nuevo; no, no está serio, más bien tiene la mirada hambrienta.

—Déjame verte sin ropa —me pide al tiempo que su nariz se pasea por la columna de mi cuello. Me estremezco.

Movida no sé por qué resorte, apoyo las manos sobre sus hombros y hago que se siente en la cama. Despacio, casi con delicadeza, me voy bajando el pantaloncito corto que me he puesto esta mañana. Debajo llevo un *culotte* de color negro, básico, no es nada *sexy*. Después me quito la camiseta con parsimonia (¡que no iba a hacer un estriptis, dije!). Me quedo ante él en braguitas y sujetador, que, por supuesto, es negro, a conjunto con el *culotte*. Arqueo las cejas.

—¿Más?

McKenna asiente con la cabeza sin dejar de mirarme a los ojos. Joder, me estoy poniendo cardíaca, y yo que creía que no podría.

Me quito primero el sujetador, sin mucha pompa, y los ojos de Myles bajan de mi cara a mi pecho. Mueve la cabeza de lado a lado como si no pudiera creerse que me está viendo desnuda al fin.

—Eres preciosa. Me encanta mirarte.

Y mi cerebro, para estropear el momento, recrea una imagen de mí sin el pecho derecho. Inmediatamente me tapo con ambos brazos y me derrumbo de nuevo. Myles se levanta de la cama y me envuelve.

—Siempre serás perfecta para mí —susurra en mi oído—. No sabes las noches que he soñado contigo, lo mucho que me he arrepentido de no haber hecho las cosas de otra manera. ¿Crees que una simple operación me impediría pensar que eres preciosa? ¡Nunca nada hará que me olvide de lo maravillosa que eres! Ni aunque te saliera chepa y te crecieran la nariz y las orejas me parecerías menos hermosa.

Levanto la cabeza para mirarlo a la cara. Myles clava sus ojos en los míos y después me besa muy despacio hasta que yo me relajo de nuevo.

Se sienta en la cama y me coloca en su regazo. Nos abrazamos y nos quedamos así durante mucho rato. He dejado de llorar, pero no puedo pensar en cosas bonitas ahora mismo. Myles me besa en la sien y va descendiendo por la mejilla hasta encontrar mis labios. Volvemos a besarnos con lentitud. Después empieza a hablar muy flojito, como si quisiera hacerme una gran confidencia.

—Después de que mi padre muriera, no me quedaba nada que me atara a Aberdeen, pero aun así tenía mi vida montada allí; no me apetecía volver a Palma a vivir en casa de mi madre. —Inspira hondo antes de proseguir—: JC estaba pensando en montar la empresa y me sugirió que fuera su socio. Lo medité con detenimiento y la idea no acababa de convencerme, así que le dije que no. Luego, una noche, soñé contigo, y la siguiente, y la siguiente.

Lo miro a los ojos; me sorprende lo que me está contando, sé que puede leer el asombro en ellos. Me da un beso suave y sigue hablando.

—Cuando me desperté la tercera mañana, supe que tenía que volver. No lo hice porque me sintiera solo ni porque JC me lo hubiera pedido hasta la saciedad, como todos creen. Lo hice porque te echaba mucho de menos. Nunca he sentido por nadie lo que siento por ti, Laura. —Me he quedado tan anonadada que no digo nada. Creo que estoy reteniendo el aire mientras lo miro a los ojos—. Al principio pensaba que todo lo que tenía que hacer para que mi enamoramiento adolescente se acabara era verte y hablar contigo. Desde que llegué te he estado acechando por la calle. —Su risa es un poco lúgubre—. Temía que me denunciaras si te dabas cuenta.

—¿Me seguías por la calle?

—Como un colegial salido. La primera vez que te vi fue hace unos seis meses. Me pareciste mucho más espectacular que en todas las fotos tuyas que habían caído en mis manos hasta entonces. Aunque, al mismo tiempo, seguías siendo la Laura de hace trece años.

—¿Dónde habías visto fotos mías?

—Te recuerdo que mi mejor amigo está casado con tu mejor amiga. ¿Te crees que no he sabido nada de tu vida en todos estos años?

Bajo la cabeza avergonzada.

—¿Te contaron lo del *pub*?

Myles frunce el ceño.

—No, ¿qué paso?

—Igual esa es una buena anécdota para que alguien la cuente mañana. No me acuerdo de nada de lo que ocurrió. Fue la noche en que Félix y Claudia

empezaron a verse; hacía poco que tú te habías casado, aunque no me lo contaron hasta la semana antes de la boda de Claudia y Félix. —Tomo una gran bocanada de aire; ya que nos estamos confesando, tendré que ser sincera —. Por lo visto armé una buena.

Myles sonrío y me da un besito justo al lado de la oreja.

—¿Lloraste por mí estando borracha?

Le doy un golpe en el pecho y escondo la cara en su cuello. No quiero que vea que me pongo granate.

—¿Ves como beber es malísimo?

Me aprieta fuerte entre sus brazos y luego prosigue justo donde lo había dejado.

—Quise convencerme de que solo me gustabas porque estabas aún más buena que cuando íbamos al instituto.

—¿Que estaba buena cuando hacíamos ESO? ¡Tú flipas, chaval!

—Te dije el otro día que me gustabas desde parvulitos, ¿no me creíste?

Digo que no con la cabeza. Lo que dice me tiene al borde de las lágrimas. Se está sincerando tanto que puedo intuir lo brillante que es su alma y lo mucho que vibra por mí.

—Intenté cruzarme contigo varias veces para entablar conversación y así convencerme de que te habías convertido en una estúpida y que en realidad no quería saber nada de ti.

¿Estúpida? Acaba de perder un millón de puntos de golpe.

—El día de la farmacia...

—No, ese día fue sin querer. Además, te recuerdo que para entonces ya llevábamos más de una conversación a la espalda.

—¿Por qué no nos cruzamos, pues?

—No lo sé, ¿crees en el destino?

No sé qué responder a eso. Así que me limito a hacer una mueca con la boca que no significa ni que sí ni que no.

—Hasta convencí a Félix de que organizara una o dos cenas donde estuviéramos todos, pero tú nunca venías. Al mismo tiempo que me decía a mí mismo que eras gilipollas por no querer verme aun después de tantos años, me quemaba la necesidad de encararme contigo.

—También me enteré de eso hace poco. No de que pensaras que era gilipollas, sino de que habías vuelto y de que habíais ido todos a cenar sin mí.

—Ahora mismo me sienta fatal que Claudia no me invitara, verás cuando la pille.

Myles vuelve a reírse flojito.

—Ya, Félix me lo dijo el día de la boda.

—¿Qué te dijo?

—Que había tenido que ponerme en la misma mesa que tú y que a ti no te había hecho ninguna gracia. Que Claudia le había contado que hacía años que ni siquiera pronunciabas mi nombre y que ella procuraba no hacerlo porque sabía que todavía estabas resentida.

—Ya te dije que soy muy rencorosa.

—Ahí sí me enfadé. Decidí que, si tú eras tan idiota, no valía la pena ni intentar hablar contigo.

Lo miro con los ojos muy abiertos. Estoy tan cerca de él que debo de parecer bizca. El corazón me palpita en el pecho y me muero de ganas de besarlo, aunque creo que será mejor que siga hablando. Lo que dice me gusta mucho.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

Hincha el pecho y dice:

—Vi cómo me miraste de los pies a la cabeza, *breac-seunach*. —Sus pupilas se clavan tan profundamente en las mías que me derrito por dentro—. Pensé que como mínimo te gustaba lo suficiente como para acabar en la cama conmigo. Así que decidí darte un poco de caña.

Le doy un codazo en el estómago. Myles se ríe con fuerza.

—¡No me fue tan mal!

—¡Qué creído eres!

—Estamos aquí, ¿no?

—Cuando hablaste conmigo, no te parecí ni estúpida, ni gilipollas, ni idiota —enumero algo picada. Vaya tres piropos me ha echado, uno detrás de otro.

No puede dejar de reír, cada cosa que digo le parece hilarante. Tan desagradable no le debo de resultar, digo yo.

—No, *breac-seunach*, me pareciste la misma de siempre. La niña que me dejó enamorado el primer día de cole en la *escoleta*; la bruja que ni me saludaba cuando me veía por la calle hasta que estuvimos en cuarto de ESO; la adolescente que me volvió loco de remate.

Arrugo la nariz.

—Si estabas tan loco por mí como dices, ¿por qué me dejaste y te liaste con Ana?

—Porque era un adolescente salido. —Se lo piensa un poco y añade

—: Y por ser demasiado sincero.

—¿Demasiado sincero?

—Sí. Habría podido enrollarme con ella sin decirte nada y ni te hubieras enterado. Pero no quería ser ese tipo de hombre. Así que tuve que decirte la verdad. —Chasquea la lengua contra el paladar como si quisiera hacer ver que se arrepiente de ello.

—¿Cómo te atreves? —me indigno. Es verdad que Myles desconoce lo que sucedió en realidad con Jose, pero ese gesto se parece demasiado a lo que más me dolió de mi anterior relación. Intento quitarme de encima de él, pero me sujeta con fuerza y no lo consigo.

—No lo hice, ¿no? No te alteres.

—Es que los hombres sois lo peor —le digo, aún enfadada.

Me besa para hacerme callar. Al principio no le devuelvo el beso, mantengo la boca firmemente cerrada, pero al cabo de muy poco tiempo no puedo evitar abrirla y dejar que su lengua me posea. ¡Besa tan bien y me gusta tanto!

Sin que apenas me dé cuenta, me tumba en la cama. Está encima de mí, a mi lado, en todas partes. Tiro de su camiseta hacia arriba; quiero sacársela y que su piel y la mía entren en contacto. Quiero verlo desnudo, como él quería verme a mí. Parecemos los dos adolescentes que dejamos atrás hace ya un tiempo.

Su pecho está poblado de un finísimo vello que dibuja un camino recto hacia donde quiero estar ahora mismo. Empiezo a bajarle el pantalón, pero me detiene.

—Espera, espera. —Su respiración está muy alterada y le cuesta centrarse en lo que quiere decir—. Si no paramos ahora, quizás dentro de un rato no pueda. Vamos a relajarnos, ¿vale?

Le digo que no con la cabeza, sin dejar de contemplarme reflejada en sus ojos; empiezo a recorrer su cuello con la punta de mi lengua.

—Estate quieta.

—No quiero. Quiero encenderte como tú me has encendido a mí con tus palabras. Quiero que me hagas suplicar por más y que no pares hasta que lleguemos los dos al final al mismo tiempo.

Mis palabras parecen exacerbarlo, porque se tumba encima de mí y me devora la boca, el cuello. Cuando sopla con suavidad en mi oído, yo tiritó bajo él. Me besa por toda la cara y después desciende hacia mis pechos. Me obligo a pensar en el aquí y el ahora; en el camino de fuego que la boca de

Myles traza sobre mi piel y no en lo que pasará la semana que viene. Cuando toma uno de mis pezones entre sus labios y el otro con dos de sus dedos, todo mi cuerpo se arquea de placer. La caricia es tan sutil, y al mismo tiempo tan excitante, que boqueo en busca de aire.

Paso las palmas de las manos por su espalda y las introduzco entre nosotros para encontrar también sus pezones. Están rodeados por ese suave vello, tan rojo como el de su cabeza, y me deleito al encontrar los pequeños botones tan erectos como los míos. Los pellizco con un poco más de fuerza de la que debería y lo noto estremecerse encima de mí.

Coge mis manos y las coloca a los lados de mi cuerpo, dándome a entender que no lo toque. Sigue con su reguero de besos hasta que llega a mi clítoris. Aunque me haya prohibido tocarlo, mis manos se cuelan entre su pelo mientras él da pequeños lametazos donde más los deseo.

La sensación es tan intensa que en mi cabeza no cabe nada más. Todo lo que transportan mis sinapsis neuronales es información acerca del placer sublime que estoy experimentando.

Cuando empiezo a temblar, sintiéndome cerca del orgasmo, Myles frena de repente.

—¿Tienes preservativos?

—En la mesilla de noche. —Mi voz, cargada de deseo, me resulta casi irreconocible.

—Te juro que después te compensaré —me dice entre respiraciones entrecortadas—. Pero ahora necesito estar dentro de ti.

Yo no puedo más que mover la cabeza afirmativamente, urgiéndolo a que lo haga.

Me cubre con todo su cuerpo y me besa en la boca mientras se introduce en mí con una delicadeza que me hace llegar al éxtasis con su primera embestida. Me convulsiono bajo él mientras sigue entrando y saliendo de mí de una forma tan exquisita que me hace alcanzar la cima varias veces. Estoy casi sin resuello cuando lo noto tensarse.

—¡Oh, Laura! —grita—. Está aquí, ¡no puedo aguantar más!

Elevo las caderas para que se dé cuenta de lo que quiero: que tenga un orgasmo tan potente como el mío, y me penetra varias veces con renovadas fuerzas. Me convulsiono de nuevo (ya he perdido la cuenta de las veces que me ha hecho llegar al clímax) mientras siento como se libera en mi interior.

Apoya su cabeza en mi hombro y lo cubre de besos ligeros como la brisa fresca del verano.

—Te quiero, Laura. No puedo engañarme más, ni a ti tampoco. Siempre has sido tú la que ha poblado mis pensamientos. Solo tú.

VEINTISÉIS

Me despierto temprano. Hace tiempo que duermo sola, y no es que la cama sea muy grande. Myles la ocupa casi toda, pero no me importa. Me pongo de lado y me complazco observándolo. Parece un ángel caído del cielo, aunque con un toque canalla. Aún estoy asimilando todo lo que me dijo ayer. ¡Yo que pensaba que estaba obsesionada! Él tampoco se quedaba atrás, ¿no os parece?

La noche ha sido de cuento de hadas; nos hemos resarcido (pero bien) de todos los años de deseo que llevábamos acumulados. Normal que ahora duerma el sueño de los valientes. Yo también estoy hecha polvo, no creáis, pero es que no puedo dormir. Prefiero mirarlo a él.

Sin abrir los ojos, mueve una mano y la coloca sobre mi cadera.

—¡Buenos días, *breac-seunach*! —Su voz está teñida de sueño y hace que mis órganos internos se vuelvan de gelatina.

—Creía que dormías.

—No he pegado ojo en toda la noche; no has parado de moverte, y además, roncas.

—¿Serás...? Yo no ronco. ¡Que no ha dormido, dice! ¿Tendrás morro?

Sus labios dibujan una sonrisa perezosa, la más bonita que he visto en mi vida, y no puedo evitar besarlo.

Myles me acerca más a él y el beso se hace más profundo. Enrosco una pierna alrededor de su cadera y enseguida se pega a mí para enseñarme lo mucho que le gusta. Tiene una erección de órdago; casi se me caen las lágrimas de felicidad. Pero no todo podía ser tan bonito, ¿verdad?

—Chicos, ¿estáis despiertos? —Merce golpea con insistencia la puerta de mi habitación—. Va siendo hora de que os levantéis. McKenna tendrá que ir a trabajar, ¡digo yo!

—Esta se va a enterar esta tarde de lo que vale un peine —susurro al oído de mi *highlander*. Él no puede hacer otra cosa que enterrar su cabeza en mi pelo, pero lo oigo reírse. Menos mal que se despierta de mejor humor que yo.

—Ahora salimos, pesada.

—Pues venga, rapidito, que alguien tendrá que mantener al país. Si tú tienes días libres y yo estoy de vacaciones, solo queda McKenna. Al menos, en esta casa.

Me cuesta un esfuerzo enorme soltar a Myles y levantarme, pero si no

lo hacemos, la loca de la pradera no nos dejará en paz. La veo más que capaz de seguir molestando hasta las tres de la tarde si es necesario.

—¿Vamos a la ducha?

—Si crees que Merce nos va a dejar terminar lo que hemos empezado, vamos. Si no, creo que mejor voy yo solo. Esto —dice señalando hacia abajo— no se va a aflojar si entras conmigo en la ducha; ni con agua helada, me temo.

—Siempre puedo solucionarlo con la mano, o con la boca.

Lo miro muy seria y él se tira de espaldas en la cama tapándose la cara.

Tres cuartos de hora más tarde estamos sentados a la mesa de la cocina y no hay ni rastro de Merce. Seguramente se ha dado cuenta de que por mucho que insistiera no nos daríamos más prisa.

—¡Ah de la casa! —La voz cantarina de Claudia suena desde la entrada.

—Estamos en la cocina.

Entra con una bolsa llena de comida.

—¡Hola, chicos! ¿Ya estáis levantados?

—Cualquiera se queda en la cama, con Merce tocando a la puerta como si la casa estuviera en llamas.

—Pero si hoy es sábado.

—Yo tengo que ir a trabajar de todas formas —señala Myles—. No tengo horario de funcionario, como unos que yo me sé.

Claudia le saca la lengua. Se nota que estos dos ya tenían camaradería antes de que se dignaran a contarme que McKenna había vuelto.

—No te comiste las lentejas —dice después de abrir la nevera. Me señala con un dedo acusador y cara de enfermera rabiosa.

—Lo tuyo con las lentejas es de juzgado de guardia, Claudia. ¡Que no me gustan, jolines! Ya no sé cómo decírtelo.

Me gruñe como lo haría Merce y mete varios *tuppers* más en la nevera.

—¿No se supone que siendo una recién casada deberías hacer otras cosas antes que cocinar para tu amiga enferma?

—Me encanta mi cocina, es guay trabajar en ella, y tú no estás enferma. Creo que esta noche podríamos cenar en nuestro piso y así lo estrenamos —dice, cambiando de tema con rapidez.

—Por mí, genial —contesto—. Aunque ya será la décima vez que

estrenemos vuestro piso, como mínimo.

—Pero antes no vivíamos en él, no es lo mismo. Voy a mandar un mensaje al grupo. Por cierto, ¿dónde está Merce?

—¿Quién sabe? Cuando ha conseguido que saliéramos de la cama, se ha largado —se queja Myles.

Mi chico (yo creo que después de lo de anoche ya puedo llamarlo así, ¿no?) se levanta, me da un beso muy casto en los labios y después se despide de Claudia.

—Merce me tiene intrigadísima. ¿Dónde se habrá metido?

—Ni idea, cualquiera sabe. Por mucho que lo intentes, estoy segura de que no podrás adivinarlo —contesto a Claudia cuando Myles ya está saliendo de la cocina.

La puerta de la calle se abre y oímos como saluda a Merce. Al cabo de menos de un minuto, nuestra amiga asoma la cabeza por la puerta.

—Hombre, habéis conseguido despegaros —se mofa de mí en cuanto entra en la cocina.

Le hago una mueca que quiere ser antipática, pero estoy tan feliz que me sale una sonrisa radiante.

Ambas chascan la lengua.

—Menos mal que nunca nunca ibas a salir otra vez con él —me reta Claudia.

—Nunca digas de esa agua no beberé ni esta polla no me cabe —apostilla Merce.

—¿Serás ordinaria?!

—¿Qué bruta eres, por Dios! —replicamos al unísono Claudia y yo, muertas de la risa.

—Por cierto, ¿dónde estabas?

Nos mira, calibrando si decir en voz alta lo que le pasa por la cabeza. Coge aire y suelta de corrido:

—Pues me he tenido que ir a echar uno rapidito con mi chico, porque me habéis puesto frenética Myles y tú. ¿Es que no os cansáis nunca? He pasado toda la noche en vela, y como no os bastaba, después habéis continuado en el baño. Espero que hayas limpiado bien la bañera, porque ahí me ducho yo también.

Claudia me mira con la boca abierta de par en par. Pero yo decido esquivar el tema.

—Así que tu chico vive cerca de aquí, por lo que veo.

Merce se da cuenta de que nos ha proporcionado demasiada información.

—No, no me ha quedado más remedio que ir a verlo al trabajo. Nos hemos tenido que apañar de cualquier manera en el lavabo.

Claudia y yo nos miramos y después ella ataca:

—Pues entonces, ¿trabaja en el barrio?

Merce no contesta. Se levanta de la mesa y sale de la cocina gruñendo.

VEINTISIETE

Me duele la barriga de tanto reírme. Estamos en el piso de Félix y Claudia y todos se han esmerado en contar las anécdotas más divertidas de su repertorio. Aunque las de las chicas ya me las sabía, ver las caras que han puesto ellos al oírlas no ha tenido desperdicio. Me lo estoy pasando tan bien que nadie diría que esté a las puertas de que me den una pésima noticia.

—Cuéntales cómo te partiste la ceja —le pide Félix a JC entre risas.

El aludido resopla, pero sonrío. En serio que esta faceta de JC me era totalmente desconocida. Me meo de la risa con él.

—¿Por qué te empeñas en dejarme en ridículo?

—Vamos, el ridículo lo hemos hecho todos —lo apremia Myles—. A mí tampoco me lo has contado.

—Lo único gracioso del asunto es que cuando mi madre me vio me dijo: «Juan Carlos, pero ¿qué te ha pasado, hijo?». «¿Que me he dado un golpe en el cogote, mamá!». «¿En el cogote? Pero si lo que te sangra es la ceja». «Porque cuando he sentido el golpe en la nuca he bajado la cabeza y me he dado con el canto de la estantería que estaba montando. ¡Joder, que no es tan difícil de entender!».

Myles es el que más se ríe.

—Estoy viendo a tu madre ahora mismo —le dice entre hipidos.

—Lo peor fue la colleja que me dio por haber dicho tacos.

—¿Peor que los tres puntos? —le pregunta Félix.

—Mucho peor, ¿dónde va a parar?

Merce lo mira sin reír.

—¿Con qué te diste en el cogote? —pregunta con cara de pena.

—Con el techo. Estaba subiendo por una escalera de mano para clavar la dichosa estantería.

Myles redobla sus carcajadas, pero a mí no me parece tan gracioso. Será porque de verdad se imagina a la madre de JC y eso es lo chistoso del caso.

Cuando se calma un poco, es él quien pide la palabra.

—Desde que llegué a Escocia el primer día, mis primos se empeñaron en hacerme conocer el país. Así que hace unos años me llevaron a visitar el Loch Ness...

—Yo quiero ir, Félix, *porfa*. ¿Vamos?

—Claudia, jolines, acabamos de llegar. Espera un poco antes de hacerme coger otro avión, ¿no?

Estos dos siempre están igual. Es en lo único en lo que no coinciden: ella se pasaría el día viajando y Félix adora la isla. Según él, aún nos queda mucho por explorar en Mallorca antes de salir a visitar el extranjero; y no le falta razón, pero no me negaréis que no es lo mismo. Tener que coger un avión o un barco ya te da la impresión de que estás haciendo algo fuera de lo normal; en cambio, ir a las cuevas del Drach en coche no tiene tanto intrínquis, ¿verdad?

—¿Puedo continuar? —los interrumpe Myles, que los conoce tan bien como yo y sabe cómo puede acabar esto.

Ambos cabecean afirmativamente.

—Una mañana me dio por salir a correr. Mis primos son unos dormilones y yo necesitaba quemar energía. Así que me calcé las deportivas y salí del hotel sin saber muy bien a dónde iba. Tuve la mala suerte de toparme con un banco de niebla espesa; de esa que, cuando llevas un rato concentrado para poder ver algo, hace que solo distingas puntitos brillantes, ¿conocéis la sensación?

Cinco cabezas asienten a la vez sin perder la concentración. Myles es buen narrador, ha conseguido que estemos todos en vilo.

—No veía nada de nada y me pegué un hostión con la rama baja de un árbol. Me di tan fuerte en la frente que me caí de espaldas. Creo que hasta perdí el conocimiento durante unos segundos. Cuando me enderecé, estaba mareado y más perdido que un camello en una farmacia.

Me asusto al imaginar a Myles medio descalabrado y solo, sin nadie a quien pedir ayuda. Él se percata de mi mirada atemorizada y se lleva mi mano a la boca para depositar un besito en mis dedos. Me guiña un ojo y prosigue:

—Me detuve un momento a descansar y vi que alguien se acercaba, así que le salí al camino. Quería que me indicara cómo volver al hotel. Me quedé de piedra: el que se acercaba era un hombre, llevaba un *feileadh mor* y tiraba de un caballo enganchado a un carro.

—¿Qué es eso, el *fellamor* ese? —lo interrumpe JC.

—¡Un *kilt*! —contestamos al unísono Claudia y yo, un poco picadas porque ha interrumpido una historia tan interesante.

—¿Como el que tú llevabas el día de la boda de Félix? ¿Por qué te extrañó? Pensaba que eso era lo que llevaban todos los escoceses...

—No es exactamente igual. El *feileadh mor* era lo que llevaban los

verdaderos *highlanders*, como el que les gusta tanto a estas dos mujeres — dice señalándonos con la barbilla a Claudia y a mí—. Era una tela de tartán larga, de unos cinco metros, que los hombres se enrollaban a la cintura; la tela restante se la ponían sobre los hombros según la necesidad del momento, para resguardarse del frío, por ejemplo, o simplemente la dejaban caer por encima de un solo hombro y la sujetaban con un broche. El actual *kilt* es un poco corto para esos montañeses rudos... —Sonríe con picardía mientras me mira—. Y aunque no lo creas, no llevamos *kilt* todos los días del año. Ahora casi se usa solo en ocasiones importantes.

—Sí —se mofa Félix—. No es que aquí vayamos con pantalones bombachos siempre, ni siquiera los usamos para las bodas...

Claudia simula una *facepalm* mientras niega con la cabeza ante las estupideces que dice su marido.

—Sigue, Myles. Lo que pasa es que estos dos están muertos de envidia y por eso no paran de interrumpir.

—Os juro que lo primero que pensé era que había llegado a los alrededores de Leoch. Como Claire. —Claudia y yo lo miramos con los ojos muy abiertos, haciéndole una pregunta silenciosa—. Sí, claro que he visto la serie, ¿quién no conoce *Outlander*?

—Yo.

—Ni yo.

—No tengo el placer.

Contestan Félix, JC y Merce casi al mismo tiempo.

—Claire es la protagonista de *Outlander*, y viaja en el tiempo; se va al pasado y conoce a Jamie, entre otras muchas cosas, que es el *highlander* del que siempre te hablo —dice Claudia mirando a Félix. Después se gira hacia los otros dos para que les quede claro también a ellos de qué está hablando Myles—. Y ahora, por el amor de Dios, ¿podéis hacer el favor de callaros de una vez?

—Si McKenna tiene que ganar, se lo va a tener que currar mucho. A mí no me está haciendo ninguna gracia su historia —murmura JC.

Myles pasa del comentario de su amigo.

—Cuando vi a ese hombre, tirando del carro y con el *feileadh mor*, me extrañé muchísimo, pero cuando intenté hablar con él y me di cuenta de que no entendía ni una sola palabra de lo que decía, casi me muero. Me estaba hablando en gaélico, pero es que yo no sé más que algunas palabras, y ¡gracias! Así que lo primero que le pedí fue que por favor me hablara en

inglés. Aun así, hablaba tan cerrado que, a pesar de llevar varios años en Escocia, me costaba muchísimo saber qué decía. Ante todas esas pruebas irrefutables, no se me ocurrió otra cosa que preguntar en qué año nos encontrábamos. «Chaval, estamos muy lejos de Inverness», me contestó. «Además, esas dichosas piedras no existen. Si quieres ver escoceses de verdad, ven conmigo a los juegos de Drumnadrochit».

Claudia y yo nos partimos de la risa mientras los otros tres nos miran asombrados. Vale que JC no se esté enterando de nada, pero Merce y Félix, que se han hartado de oírnos hablar de Escocia a nosotras dos, deberían entender el enfado del señor del carro y el *feileadh mor*, ¿no os parece?

—El hombre iba a unos juegos de las Highlands. Eso sí sabéis lo que es, ¿no?

Todos asentimos.

—Pues por eso iba ataviado de esa guisa y tiraba de un carro: en algunos de esos juegos también se hacen demostraciones de costumbres antiguas. Y se dio cuenta enseguida de que yo era un pardillo que estaba seguro de haber viajado en el tiempo. Pero si tengo que explicarlo todo, no tiene la más mínima gracia —dice bajando el volumen de su voz de forma paulatina.

—Lo que yo te decía —afirma JC mirando a Félix—. Este va a ganar por enchufado, porque sigo sin verle la gracia a su anécdota.

—¡Merce! —Félix se dirige a ella con un tono falsamente inocente cuando ya llevamos un rato cenando—. Me he enterado de que conociste a alguien en nuestra boda.

La aludida nos brinda a Claudia y a mí una mirada de reproche. Yo levanto las manos en son de paz.

—Es que hemos estado hablando de ir a Escocia en agosto, todos juntos, y hemos pensado que quizás te gustaría traerte a tu «novio». —Mi tono de guasa parece no gustarle nada.

—Pues no creo que le apetezca venir —se apresura a contestar ella. Le dirige una leve mirada a JC, y aunque él no se ha dado cuenta, yo sí lo he hecho.

—¿Por qué no va a apetecerle? Vamos a pasarlo genial y será una buena ocasión para que se integre en el grupo —salta Claudia, emocionada—. Además, así a JC no le daría tanta vergüenza presentarnos a su «novia».

JC se pone como un tomate y esta vez sí que capta la mirada

atravesada de Merce.

—Joder, Félix, te dije que no se lo contaras a nadie —protesta soltando los cubiertos en el plato.

—Es mi mujer, tío, no hay secretos entre nosotros.

—¿Te da vergüenza presentarnos a tu novia? ¿Qué pasa, es muy fea? —lo increpa Myles con una de sus sonrisas torcidas.

A Merce le salen chispas por los ojos.

—Sí, JC, explícanos por qué te da corte que la conozcamos —interviene picada.

Él la mira con reproche.

—A lo mejor es ella la que se avergüenza de mí y por eso no quiere que nadie sepa que salimos.

¡Uy, uy, uy! Que esto se nos está escapando de las manos y va a tomar un derrotero totalmente distinto del que teníamos planeado.

—¿No has pensado que para ella es una situación nueva y que no tiene demasiado claro cómo actuar cuando no estáis a solas? —pregunta con bastante furia.

—Para mí tampoco es algo común. ¡No le he dicho «te quiero» a ninguna otra! —JC mantiene los dientes apretados; está tan enfadado que no se ha dado cuenta de lo que acaba de confesar.

Claudia y yo parecemos siamesas: nos tapamos la boca con las manos y miramos a Merce emocionadas y al borde de las lágrimas.

—¡Te ha dicho que te quiere! —exclamamos al unísono.

Entonces pasan muchas cosas al mismo tiempo:

Merce y JC nos miran a todos con ojos desorbitados, como si no hubieran reparado en nuestra presencia mientras discutían.

Myles y Félix se echan a reír y se levantan para palmear la espalda a su pobre amigo, que se ha puesto a abrir y cerrar la boca como si el aire no le llegara a los pulmones.

—¿Conque una desconocida en el baño, eh?

Mientras, Claudia y yo abrazamos a Merce.

—Tenías que haber previsto que lo descubriríamos, gili, que eres más gili que todo lo que se pasea —le digo al oído mientras la sujeto con fuerza.

Hay tanto alboroto en el salón que me extraña que no hayan venido los vecinos a pedir explicaciones.

Al fin dejamos en paz a los enamorados y nos sentamos todos de nuevo. Esta vez, cuando se miran, sonríen con complicidad. Me parece ver que

Merce suspira con alivio. Estoy segura de que no tenía ni idea de cómo decírnoslo y por eso lo estaba retrasando tanto.

—Por cierto —Claudia pincha un trocito de carne de su plato y se lo lleva a la boca—, Merce, ¿te acuerdas de aquella vez que te amorraste a JC? —A mí se me escapa una risotada, pero Merce y JC la miran boquiabiertos—. ¡Uy, perdón, quería decir que te amorraste a la botella de JB! ¡No sé en qué estaría pensando! ¿Te acuerdas?

—No sé de qué me hablas —contesta mi otra amiga con los dientes apretados.

Claro que lo sabe. Y el pedo que cogió fue muy gracioso, lo que pasa es que no quiere que Claudia lo cuente delante de los chicos, y que el «desliz» con las siglas JC y JB la ha descolocado por completo.

Félix y Myles se echan a reír. El marido de Claudia se da cuenta del juego que ha empezado su mujer y quiere unirse a la bulla, pero con todo lo bueno que tiene, hacer chistes no es algo que se le dé demasiado bien.

—O cuando a JC le dio por querer comprar un Mercedes...

Por una vez, la metida de pata de Félix (porque no me negaréis que no ha sido demasiado sutil) nos hace mear de la risa a todos. A todos menos a los dos interesados, claro, que acaban de darse cuenta de que no vamos a darles tregua en toda la noche y que las coñas y las frases con doble sentido van a flotar en el aire durante mucho tiempo, y eso los martiriza. ¿Quién no se sentiría atormentado si le sucediera lo mismo?

Yo, en cambio, solo puedo pensar en lo bien que me lo estoy pasando y en que no quiero que me den esa mala noticia justo ahora, cuando parece que mi mundo empieza a tomar la forma que siempre he deseado.

VEINTIOCHO

Estoy en casa, sola por una vez desde hace mucho tiempo, así que decido leer un rato. No he avanzado ni dos hojas del libro cuando mi teléfono se pone a sonar a todo volumen. En la pantalla aparece el nombre de Claudia y empieza a temblarme todo. Ya hace una semana que me realizaron la biopsia.

—Laura, ven al hospital. Mesquida acaba de avisarme de que ha recibido los resultados.

—¿Y qué ha salido?

—No ha querido decírmelo. Eres tú la interesada, ven para acá echando leches.

Me he puesto frenética. Por no encontrar, no encuentro ni el bolso. Llamo a Myles; me dijo que quería acompañarme, pero no sé si tendrá trabajo.

—Hola, *breac-seunach*.

—El médico ya tiene los resultados. —Me tiembla la voz de forma descontrolada y me muerdo los carrillos para no llorar.

—¡No me jodas! Estoy en Sóller.

—No te preocupes, cogeré un taxi.

—Ahora mismo salgo para allá. Estaré en el hospital en menos de media hora.

—Gracias. Muchas gracias por estar a mi lado. —Me echo a llorar.

—¡Oh, venga, Laura! No llores, ya verás que serán buenas noticias. Estoy seguro. —Asiento con la cabeza sin darme cuenta de que él no puede verme—. Nos vemos en el hospital en un ratito, ¿de acuerdo?

—Sí, sí. No corras; estará Claudia conmigo. Tú solamente preocúpate por llegar.

—¡De acuerdo! Arriba ese ánimo. ¿Me oyes? Lo que sea, lo afrontaremos juntos. ¿Sabes que te quiero?

Vuelvo a asentir. Ya estoy llorando a moco tendido, pero es que no lo puedo evitar.

Cuando me subo al taxi y le doy la dirección al conductor, me mira afligido. Por mi cara, hinchada de haber llorado, debe de pensar que se me ha muerto alguien o que voy a visitar a un enfermo terminal. No pienso sacarlo de su error.

Durante todo el trayecto voy mirando por la ventanilla y sin poder dejar de pensar en qué será de mi vida a partir de ahora. ¿Tendré que estar de

baja durante todo el tratamiento? ¿Cómo se lo diré a mis padres? Mi padre está mayor, ya pasa de los setenta y cinco, y encima está cargado de achaques. Mi madre está como un toro, pero se desmorona con facilidad. Intento salir del bucle de pensamientos rememorando algunas de las cosas que Myles y yo hemos compartido estos días, pero eso solo me lleva a plantearme si podré repetirlas en un futuro inmediato, así que de nuevo me echo a llorar.

Claudia me espera en la puerta del hospital. Su aspecto no es mucho mejor que el mío, solo que ella no tiene los ojos hinchados por el llanto. La abrazo en cuanto salgo del taxi y ella intenta animarme:

—Todavía hay esperanza. No llores, que aún no sabes qué te pasa.

—¿No has echado ni una miradita al informe?

—No he tenido el valor suficiente.

La mirada sesgada que le lanzo lo dice todo.

—Vamos para arriba. Me ha dicho Mesquida que no tendremos que esperar.

En cuanto llegamos ante la puerta de la consulta de ginecología, Claudia toca con los nudillos y entra. Al cabo de menos de cinco segundos, sale a buscarme. En su cara veo una leve sonrisa. La interrogo con la mirada.

—Estoy segura de que serán buenas noticias, Mesquida me ha dedicado una sonrisa radiante. —Me empuja al interior.

El médico, que está sentado tras la mesa, se levanta para darme la mano. Sí que es verdad que está muy sonriente. Me relajo un poco, pero solo un poquito. A lo mejor es que mi tumor, dentro de lo malo, no es de los peores. Eso sería bueno, ¿no?

—Hola, Laura. Como ya te habrá avisado Claudia, han llegado los resultados de la biopsia que te hicimos la semana pasada.

Inhalo una bocanada de aire tan grande que creo que he dejado a los demás ocupantes de la consulta sin él.

—Entiendo que has pasado muchos nervios durante esta última semana, es normal cuando uno está a la espera de un diagnóstico de este calibre, pero ahora solo puedo decirte que ha llegado la hora de que te relajes. No tengo malas noticias para ti. Para nada.

Abro los ojos de par en par.

—¿No tiene malas noticias? ¿Eso qué significa, que no tengo cáncer?

—No, en principio no. Lo más seguro es que tengas que someterte a una intervención quirúrgica para reseccionar la masa que te ha crecido en el pecho, pero los informes indican que no es un tumor maligno.

—Entonces, ¿qué es?

—Lo que tú tienes es un tumor que se da raras ocasiones. Aunque el porcentaje de incidencia, alrededor de un tres por ciento de la población, indique lo contrario, no es una afección que veamos con frecuencia. La mayoría de casos suelen darse en mujeres después del parto, durante el periodo de lactancia.

No sé si reírme o llorar de alegría. No tengo un tumor maligno, ha dicho que no tengo un tumor maligno; el mantra se repite en mi cabeza una y otra vez. Casi ni escucho nada más de la conversación técnica que mantienen el médico y Claudia hasta que la oigo a ella prorrumper en carcajadas.

Vuelvo en mí y los miro a los dos, azorada.

—No sé qué puede parecerte tan gracioso —le espeta el ginecólogo a Claudia, pero está sonriente. Intuyo que a este hombre no le gusta nada dar malas noticias a sus pacientes.

—¿Qué pasa? —me atrevo a preguntar, aunque muy flojito.

—¿Qué te pasa a ti? ¿No has oído lo que ha dicho el médico, acaso?

—Lo siento. —Me retraigo un poco; me avergüenza confesar que he dejado de escuchar desde el momento en que el doctor Mesquida ha dicho que el tumor no era maligno.

—¿Puedes explicarle a mi amiga, en palabras sencillas, qué es lo que le sucede? —El tono de Claudia es de mofa; empieza a molestarme un poco que le haga tanta gracia mi dolencia.

—Laura, lo que tú tienes es lo que llamamos polimastia. Aunque también se lo suele llamar mama supernumeraria o tejido mamario ectópico o accesorio.

Mi cara dubitativa lo anima a seguir.

—Significa que, debido a un resto de tejido embrionario, se ha formado una mama extra. La intervención para reseccionarla es muy sencilla y lo más probable es que...

—¿Perdone? —Creo que con mi grito acabo de darle al médico un susto de muerte, porque me mira como si estuviese loca—. ¿Me está diciendo que me ha salido una tercera teta?

—Sí, yo lo he dicho de manera algo más técnica, pero el resultado final es el mismo.

Me derrumbo en la silla y me tapo la cara con ambas manos. *Ten cuidado con lo que deseas, podría convertirse en realidad.* ¿No leí algo así en el calendario de frases?

—Por favor, Lauri, deja que se lo diga yo a Myles. ¡*Porfa, porfa!* — Estoy segura de que la risa cristalina de Claudia puede oírse en toda la zona de consultas.

Salimos de la consulta del ginecólogo y Claudia todavía no ha podido parar de reírse. Myles está de pie, esperándonos. Su cara de extrañeza es épica. Me mira interrogándome con la mirada.

Me abrazo a él y lo beso en los labios. Se da cuenta de que tengo una sonrisa dibujada en la cara y sonrío a su vez.

—¿Son buenas noticias, entonces? —me pregunta mientras me levanta y me hace dar una vuelta.

Claudia se acerca y le pone una mano en el hombro en cuanto me deposita en el suelo de nuevo.

—Hay que ver lo que hacen algunas con tal de no fallar a su palabra — dice entre carcajadas. Quiero imaginarme que la risa tonta que le ha dado a mi amiga es porque se siente muy aliviada de que yo no tenga casi nada, porque al fin y al cabo van a operarme, tampoco es que me haya salido de rositas.

Myles la mira estupefacto. No entiende nada, y es normal, porque Claudia me ha prohibido que se lo diga yo.

—Aquí, a tu novia, que le ha crecido una tercera mama.

Myles me mira de soslayo. Veo como su cara se va transformando por momentos. Aprieta los labios para no reírse, pero no puede evitarlo. Su carcajada es tan potente que al poco vemos aparecer a un guardia de seguridad que sin duda viene para restablecer el orden.

—Ya nos vamos —le dice Claudia levantando una mano—. Perdona el escándalo, pero es que acaban de darnos una buenísima noticia.

VEINTINUEVE

Myles me acompaña a casa y no paramos de reír por tonterías durante todo el trayecto. Estamos los dos tan felices por la noticia que no para de tomarme el pelo.

—Bueno, así que ahora ya no podré librarme de ti jamás —me dice dejando de mirar la carretera durante unos segundos—. Ya sabía yo que estabas tan loquita por mis huesos que harías cualquier cosa por cazarme.

Le doy un golpe en un brazo.

—¡Cállate, presuntuoso! Vaya semana de mierda que he pasado para que vengas tú ahora y te rías de mi tercera teta.

Me toca la pierna con su gran mano llena de pecas y me la acaricia con suavidad.

—Es cierto, ha sido una semana malísima para todos. Pero ya ha pasado y pienso reírme de esa... ¿cómo dices que se llama?, ¡ah, sí!, mama supernumeraria hasta que seamos dos viejecitos arrugados al borde de la muerte.

Chasqueo la lengua de cara a la galería, pero por dentro me estoy fundiendo. ¿Acaba de decir que quiere pasar el resto de su vida conmigo? Me ha hecho visitar el séptimo cielo sin darse ni cuenta. Y encima me he puesto tontorrón, así que me lo como con los ojos y él lo detecta enseguida. Cuando aparca cerca de casa, un vistazo a su pantalón me basta para saber algo: que se ha puesto tan burro como yo y que va a acompañarme arriba para resarcirse de esta semana en la que se ha comportado con tanta delicadeza conmigo. Su sonrisa lobuna me lo confirma, y mi vagina se contrae de anticipación y excitación.

No consigo encontrar la manija de la portezuela; estoy tan excitada que no sé si lograré llegar a casa. Espero que Merce haya salido, porque, de la entrada, seguro que este y yo no pasamos.

Salgo del coche y echo a correr hacia el portal de nuestro edificio. Cuando llamo al ascensor, ya tengo a Myles pegado a mi espalda. Me está devorando la oreja y tengo que recostarme en él para poder seguir de pie.

Introduce las manos por debajo de mi camiseta y encuentra mis pezones erectos antes incluso de que hayamos podido montarnos en el ascensor. En cuanto entramos, me empuja contra el espejo del cubículo y restriega su pene contra mis nalgas mientras me mira a los ojos a través del

cristal.

Ya enfrente de la puerta del piso, empiezo a estremecerme tan fuerte por el placer que no consigo que la llave entre en la cerradura. Solo espero que la cotilla de la vecina no esté espiándonos a través de la mirilla, como suele hacer. O a lo mejor eso es lo que necesita para escarmentar, pienso, así que dejo de intentar meter la llave en el cerrojo, me vuelvo de repente, me cuelgo del cuello de Myles y le rodeo la cintura con las piernas. Él no puede hacer otra cosa que empotrarme contra la madera, restregándose aún más duro contra mí.

Esta mañana me he puesto una falda que, por supuesto, ahora mismo está enrollada alrededor de mis caderas, así que la fina tela de las braguitas es lo único que se interpone entre la rigidez de sus vaqueros y los labios hinchados de mi vulva.

—Laura —el susurro ronco que derrama junto a mi oído me lleva muy cerca del clímax. ¡Joder! ¡Sí que estoy excitada de verdad!—, si no entramos, te follo aquí mismo y a doña Eulalia le da un infarto cuando lo vea a través de la mirilla.

—Déjala que se divierta un poco más. Me está poniendo a mil que nos mire —le contesto entre gemidos.

Tira de mi labio inferior con los dientes mientras sonrío.

—Esta faceta tuya de guarrilla no la conocía.

—Es que he cambiado mucho desde que nos metíamos mano en el instituto. Ya no me creo todo lo que mi madre dice, escucho mucho más a Merce.

Busca mi mano para coger las llaves y abre sin soltarme. Una vez dentro del piso, cierra la puerta de una patada y me sienta en el mueble del recibidor. Se desabrocha los pantalones sin dejar de comerme la boca y después, de un tirón, me arranca las bragas.

—¡Qué bruto eres! Me encantaba ese *culotte* —protesto dentro de su boca.

—Compraremos media docena más si quieres, pero ahora mismo me resultaba un tanto molesto —gruñe en la mía.

Se separa mínimamente de mí y veo que entre sus dedos sostiene un preservativo. No me puedo imaginar en qué momento ni de dónde lo ha sacado, pero observo cómo se lo coloca con pericia.

Sitúa la punta de su pene justo en la entrada de mi vagina y me mira a los ojos, como si a estas alturas quisiera pedirme permiso. Le doy un empujón

con los talones en el trasero para que vea que no puedo esperar más, y se introduce en mí con una estocada potentísima. Se acabó el chico tierno del otro día. Hoy va a por todas y arremete con una fuerza desconocida y enloquecedora.

—¡Joder, Laura! Cómo me gustas. Te voy a lamer de arriba abajo como si fueras un helado de chocolate.

Cada impacto de sus caderas contra mi pubis me hace tocar el cielo con un dedo. Toda la energía de mi cuerpo se agolpa alrededor de mi clítoris y mi vagina se contrae.

—¡Dios, no pares, este orgasmo va a ser bestial! —grito muy cerca del éxtasis.

Se me tensan los dedos de los pies, aún enfundados en las sandalias que me he calzado esta mañana, y los ojos se me ponen en blanco sin que pueda evitarlo.

Empiezo a convulsionar de forma arrolladora; pierdo el contacto con el mueble cuando Myles me coge por las nalgas para poder penetrarme más profundamente. Su ritmo frenético hace que me corra una y otra vez, sin pausa, sin fase de recuperación; ni siquiera puedo coger aire. Me estoy ahogando, pero seguro que me iré directa al cielo; de hecho siento que estoy en el paraíso.

De repente noto como Myles se tensa también, y su última embestida antes de acompañarme en el clímax es tan profunda que me parece que me voy a romper de gusto.

Me deposita de nuevo sobre el mueble de la entrada y se derrumba encima de mí.

—¡Espero que Merce no esté! —dice entre respiraciones entrecortadas—. Lo que se van a reír estos de nuestro frenesí como se haya enterado de todo y se lo cuente.

Nos pasamos todo el día en mi habitación. Myles no necesita más de un cuarto de hora de reposo entre polvo y polvo, así que cuando Merce entra en el piso, cerca de las cinco de la tarde, estamos muy próximos a la extenuación, pero sin intención de dejar de practicar todo el sexo que nos hemos perdido durante los últimos trece años.

Mi amiga se planta frente a mi cuarto y grita:

—Laura, ya está bien. Esperaba que me llamasen para darme la buena noticia y en cambio te has pasado el día fornicando como una guarra. ¿Es eso,

acaso, lo que yo te he enseñado?

Me echo a reír. En voz tan alta como la suya, contesto:

—Me he convertido en el monstruo que tú te has esforzado en crear durante todos estos años, así que ahora no te sorprendas. —Beso a Myles en la punta de la nariz y le guiño un ojo—. ¡Ah! Y que sepas que JC no es el único que sabe cómo hacer que una mujer se corra varias veces seguidas.

—¿En serio que no tenía ninguna necesidad de conocer ese dato! —se queja JC desde el otro lado de la puerta.

Oigo la risa ronca de Merce y la sigo en su carcajada. Myles esconde la cara en mi cuello y hace como si estuviera llorando, pero sé que también se ríe.

—¿Por qué tienes que ser tan bocas, *breac-seunach*?

Me encojo de hombros.

—¿Te gustaría si no lo fuera?

Levanta la cabeza para mirarme a los ojos.

—Tú me gustarás siempre, Laura, nada podrá hacer que deje de estar loco por ti.

Al cabo de una hora, y después de haber pasado por la ducha (por separado, claro), nos sentamos en la terraza que da a la calle. Por raro que parezca, sopla una brisa suave que no se parece en nada al vaho ardiente del desierto que nos ha estado atacando, sin ninguna consideración, durante las últimas semanas.

JC ha preparado unos mojitos que, por cierto, están deliciosos. Entran tan bien que, como no pare de beber, en menos de media hora estaré completamente borracha.

Merce me mira cada pocos minutos y se ríe.

—Que no te rías más, idiota, que me da mucha rabia —le exijo con un quejido—. No pienso soportar que os moféis de algo que habría podido ser muy grave.

—Después de la semana de nervios que he pasado y de tener que aguantar que me hicieras chantaje emocional con tu lecho de muerte, tengo todo el derecho del mundo a reírme cuanto quiera. Y, además, idiota lo serás tú.

Oímos ruido en la entrada: acaban de llegar Félix y Claudia.

—¡Oye, tú! —Merce me da una de sus mundialmente famosas patadas en la espinilla—. Esta ya no vive aquí, ¿quieres decirme por qué sigue

teniendo llave del piso?

—Porque ni tú ni yo tenemos lo que hay que tener para pedirle que las devuelva.

Merce chasca la lengua en el mismo instante en que los recién casados traspasan el umbral del balcón cargados con cajas de pizzas para cenar.

Myles y JC han estado rebuscando por la cocina y también aparecen; ellos lo hacen con una bandeja de canapés caseros. No sé qué habrán puesto encima del pan; la nevera está bastante descuidada desde que Claudia no vive con nosotras.

—¿Ves por qué no le pedimos que deje la llave cuando salga? Porque cuando viene, siempre trae comida, y si no fuera por ella, moriríamos de inanición.

Félix se acerca a mí y me da un abrazo de oso.

—Enhorabuena, Laura, me alegro muchísimo de que el susto haya quedado en nada.

—Hombre, nada, lo que se dice nada, tampoco. El doctor Mesquida me ha dicho que van a tener que operarme.

—Por cierto, después de que te fueras, me ha llamado para decirme que intentará que tu intervención se programe para antes de sus vacaciones. No quiere retrasar demasiado tiempo el tema —suelta Claudia como si tal cosa.

La miro con el pánico patente en mis ojos.

—No es por nada, cielo. —Corre a consolarme—. Solo es que no quiere que esta operación, en especial, quede pendiente para después del verano. Toda la información que te ha dado es estrictamente cierta, pero no desea darle ninguna opción a tu mamá supernumeraria a que se malignice.

Respiro un poco más tranquila. No lo estaré del todo hasta que no me hayan extirpado el dichoso bulto, aunque me niego a que mis amigos noten que sigo asustada.

—¿Qué significa eso, que se va a tener que suspender el viaje a Escocia? —pregunta Félix intentando disimular, en vano, su ilusión.

—No exactamente. Significa que van a operar a Laura en menos de un mes, y que probablemente ya esté recuperada si decidimos ir a Escocia a finales de agosto —contesta Claudia con un soniquete que no le gusta nada a su esposo. O, al menos, eso es lo que da a entender cuando la mitad de su labio superior se eleva en una queja muda.

—Vamos a cenar, que las pizzas se enfrían —los corta JC, que ve que los ánimos se están calentando con rapidez.

—Tú no te preocupes, que no vas a perderte ese viaje a Escocia —me susurra Claudia cuando cree que Félix no puede oírla—. ¡Como que me llamo Claudia que no te lo pierdes!

—¿Eso me lo dices a mí o a ti para autoconvencerte? —Mi sonrisa burlona no le hace la menor gracia.

—¡Lo digo por las dos! Este año vamos a las Tierras Altas, sí o sí. ¡Y punto pelota!

TREINTA

Ya he empezado el horario de verano, así que no trabajo por las tardes. JC y Myles han decidido cerrar al mediodía durante julio y agosto, con lo cual McKenna y yo nos echamos juntos unas siestas de escándalo (no creáis que JC y Merce no hacen lo mismo siempre que a ella el turno se lo permite, solo que suelen irse a casa de JC).

Hoy, al atardecer, hemos decidido salir de nuestro encierro voluntario e ir de compras al centro. Ya han empezado las rebajas y hay algunas cosas a las que les tenía el ojo echado. Cuando enfilamos por la calle de Sant Miquel, un niño, que ha escapado corriendo de los brazos de sus padres, impacta contra mis rodillas y se cae de culo al suelo. Se lleva un susto tan grande que se echa a llorar, y yo me pongo a su altura para consolarlo. Tiene poco más de dos años y es monísimo. Le hago un par de carantoñas y enseguida se olvida del susto y se echa a reír. Una chica joven se agacha junto a nosotros y lo reprende con dulzura.

—Martín, ¿ves por qué mamá te dice que no puedes echar a correr sin que te demos la mano papá o yo?

Me gusta que le hable como a un niño mayor, no utiliza diminutivos ni lo regaña. Le habla como si pudiera entenderla perfectamente. Por la cara que pone el pequeño, da la impresión de que a él también le gusta y que comprende lo que le dice. Le sonrío antes de ponerme en pie y ella me devuelve la sonrisa.

—Por lo general es un niño muy bueno, pero creo que venir al centro lo sobreexcita; bueno, eso y medio helado de chocolate que le ha birlado a su padre.

Estoy tan enternecida que solo puedo mirar a esa chica tan maja, que podría ser yo, y a su hijo.

—Me llamo Carmen y él es mi marido: Jose. —Basta oír esos dos nombres para que se desate un huracán en mi interior. Vuelvo la cabeza y de pie, ante mí, con la cara más avergonzada que le he visto en mi vida, está Jose. Mi Jose. Bueno, ahora el Jose de Carmen. Pero fue mi Jose durante varios años.

—¡Hola, Laura! ¿Cómo te encuentras? —Su tono es jovial, aunque alguien que lo conozca, como yo, o Carmen, podría percibir esa nota de nerviosismo subyacente.

—¿Os conocéis? —pregunta su mujer. ¡Su mujer! ¡La madre de su hijo! De repente en su cara aparece una mueca de reconocimiento—: ¿Eres «esa» Laura?

—Sí, soy «esa» Laura —contesto, intentando sonar lo más cuerda posible—. Y por supuesto que Jose y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Vamos, Myles. —Le tiendo una mano—. Quiero llegar a la tienda que te he comentado antes de que esté todo patas arriba. ¡Ya nos veremos! —me despido. Trato de que me salga un tono relajado, pero no lo consigo ni por asomo.

Empiezo a caminar tirando de Myles, que no entiende lo que acaba de pasar y que se ha quedado alucinado con mi cambio brusco de humor. Cuando pasamos ante la puerta del Cappuccino, me paro de golpe y entro sin soltar a McKenna. Necesito tomarme algo frío para que me baje el sofoco que se ha apoderado de mi cabeza.

Myles me aprieta la mano y me obliga a frenar. El frescor que desprenden las piedras de la entrada a la antigua casa señorial me ayuda bastante, pero necesito algo todavía más frío.

—¿Qué ha pasado?

—Acabas de conocer a mi ex, a su mujer y a su hijo.

—¡Ah! ¡Entiendo!

Pero no lo entiende. No puede entenderlo porque no se lo he explicado. Creía que Jose era agua pasada, bueno, de hecho Jose lo es; lo que no he olvidado es el dolor. Creía que el pasado estaba muerto y enterrado, pero verlo con ella y con su hijo me ha matado. Tengo un nudo tan grande en la garganta y en el estómago que no entiendo por qué no estoy llorando a mares. Ver a ese niño me ha partido el alma en dos.

Ni siquiera después de haberme tomado un batido de helado de chocolate belga (que, para mí, es el mejor de Palma con diferencia) se me pasa el disgusto, así que sigo de morros. Apenas he hablado desde que nos hemos sentado.

Myles ha intentado hacerme reír en varias ocasiones, pero todo lo que ha conseguido ha sido sacarme una sonrisa triste. Al final supongo que ya no puede soportar más mi enfado y va directo al grano:

—¿Te has puesto así por eso que me comentaste de que probablemente no podrías tener hijos?

Miro a Myles a los ojos, los míos se han llenado de lágrimas. Todavía

no estoy preparada para contarle todo lo que sucedió, así que me limito a asentir.

—No te preocupes por eso, Laura. Hoy en día hay muchas opciones y, si tanto deseas ser madre, seguro que habrá algo que podamos hacer. — Aprieta mi mano con dulzura mientras pronuncia las palabras más bonitas que he oído nunca.

Ha usado el plural, y eso me hace sentir infinitamente mejor. Myles no es Jose, no me hará pasar por lo que me hizo pasar él. Le sonrío, primero con timidez. Luego me borro las lágrimas de un manotazo y me cuelgo de su cuello llenándolo de besos, sin importarme si estamos en un lugar público o en el mismísimo infierno.

—¡Para, *breac-seunach*, para! Esto está lleno de guiris que no entienden la efusividad mediterránea. —Se ríe a pesar de sus palabras.

—¿No será tu parte guiri la que se avergüenza de besarme en público?

—Eso también —me dice alejándose un poquito de mí para poder mirarme a los ojos mientras habla—. Pero esa parte te quiere tanto como la mallorquina y nunca se avergüenza de ti.

¡Estoy flotando en una nube! Soy tonta por seguir anclada en el pasado, aunque solo sea de vez en cuando, en momentos muy puntuales. Mi vida ahora es este hombre pelirrojo que dice que está loco por mí y que me hace feliz con una sola mirada. ¿Por qué debería entristecerme por lo que no fue?

Ha sido una suerte que lo mío con Jose saliera mal; si hubiese ido bien, no habría tenido la oportunidad de volver a encontrarme con McKenna. Mi futuro brilla con más intensidad de la que ha tenido nunca. Entonces, ¿por qué siento este peso en el pecho que no me deja terminar de ser feliz?

TREINTA Y UNO

Ya hemos entrado en la segunda semana de julio, la ciudad está en calma y, si no fuera por el calor sofocante, se estaría de coña.

No hay ni la mitad de coches en circulación que de costumbre, pero aun así sigo yendo a trabajar a pie. Es que en el centro es difícilísimo aparcar; además, aunque haga calor, la mayor parte del trayecto la hago por la sombra.

No bien entro en la biblioteca, suena mi teléfono. Mi jefe me echa una mirada que lo dice todo. Carraspeo avergonzada mientras me vuelvo a la calle para atender la llamada.

—¿Señora Laura Melis?

—Sí, soy yo.

—La llamo del hospital. Tiene que ingresar el día 11 a las ocho de la mañana para su intervención, que será sobre las diez. Tiene que estar en ayunas desde la noche anterior...

—¿El 11 de agosto?

—No, el 11 de julio.

—Pero eso es dentro de tres días. No me dan demasiado tiempo para organizarme.

—Si quiere puede renunciar a su derecho, pero entonces no le puedo asegurar que sea posible operarla antes de diciembre.

—No, no, no se preocupe, no renuncio a nada; el jueves estaré ahí.

Lo primero que hago al colgar es llamar a Claudia.

—Me operan el jueves.

—Lo sé, me lo ha dicho Mesquida esta mañana a primera hora, pero voy de culo y no he podido llamarte.

—Tú sabes dónde tengo que presentarme y todo eso, ¿no? Me he puesto tan nerviosa que no me he enterado de lo que me ha dicho la chica que me ha llamado.

—Sí, no te preocupes. Además, si todo va bien, te irás a casa esa misma tarde. Será una intervención sin ingreso.

—Vale, vale. Voy a llamar a Myles.

—Muy bien, yo seguiré con lo mío, que parece que estamos en enero y no en julio. Se empeñan en cerrar plantas en verano, que es cuando la isla está más petada. Nunca entenderé a las cabezas pensantes.

—No digas eso, que tú perteneces a esa élite.

—¡Sí, claro! ¡Como si yo tuviera el más mínimo poder de decisión!

Mientras busco el número de teléfono de Myles en mi móvil, echo un vistazo de reojo al interior de la biblioteca y veo que mi jefe me está mirando. Empieza a impacientarse, y no lo culpo, pero este enfado no va a ser nada en comparación al susto que le daré cuando le diga que me operan este jueves. ¡Se va a cagar en todo! Estamos bajo mínimos porque hay un montón de gente de vacaciones. Si, encima, tiene que buscar un sustituto para mí, le va a dar la llorera (y no será por la alegría, precisamente).

—Buenos días, *breac-seunach*. Cuando me he despertado esta mañana dormías tan bien que no he querido molestarte, pero te he dado un beso de despedida. —Casi todas las noches se queda en casa conmigo. ¡Cómo me gustan las relaciones al principio del todo! ¿A vosotras no? Voy todo el día en globo, y encima tengo a alguien a quien mirar y que me mira con adoración. Podría morir ahora mismo y sería completamente feliz.

—¡Que te crees tú que no me he dado cuenta! Lo que pasa es que no he querido darte coba porque después se nos hace tardísimo.

—¡Sí, claro, y a mí me espera la reina de Inglaterra para nombrarme *lord* del reino!

Me echo a reír. ¡Soy más feliz que una perdiz! Lo veis, ¿no? Y me da igual que penséis que me repito, porque pienso seguir diciéndolo cada cinco minutos.

—¿Te he dicho que te quiero, McKenna?

—*Seeep*, pero me encanta que me lo recuerdes. Me vengo arriba cada vez que constato que te tengo en el bote.

Otro vistazo al interior de la biblioteca me hace variar el tono de inmediato.

—No puedo hablar demasiado. Me acaban de llamar del hospital para decirme que la intervención quirúrgica será el jueves. Pero dice Claudia que probablemente vaya a dormir a casa.

—Vale; el jueves; vale. —Casi puedo ver la maquinaria de su cerebro poniéndose en funcionamiento—. Ahora le diré a JC que no puedo venir a trabajar. De todas formas la cosa está tranquila. —Voy a protestar, pero Myles me lo impide—. Y ni se te ocurra decir que no hace falta. Por nada del mundo dejaría de estar a tu lado ese día.

—Muchas gracias, Myles.

—¿Por qué me das las gracias? ¿Te has puesto tontina por los nervios? Una lágrima solitaria rueda por mi mejilla. Algún día le contaré por

qué le doy las gracias. Ahora sigo bloqueada y no puedo, pero será pronto. ¡Sí, pronto, seguro!, me digo para quitarme la sensación de mala conciencia de encima. No está bien ocultarle cosas a alguien a quien amas tanto, ¿verdad? Un día de estos se lo cuento y listo, pero ahora no tengo ganas de recordarlo todo. En cambio, me río y le contesto en plan guasón:

—Es de bien nacido el ser agradecido.

—No creo que esa frase esté en tu famoso calendario. —Puedo notar la burla en su voz.

—No. —Mi sonrisa se ha ensanchado enormemente al pensar en las frases que, desde que lo tengo a él, he dejado abandonadas—. Ahí pone: «No es la felicidad lo que nos hace ser agradecidos. Es ser agradecidos lo que nos trae la felicidad».

—Reflexionaré sobre eso hoy, *breac-seunach*. Anda, vete a trabajar, que si aún no has empezado, tu jefe debe de estar que trina.

Como me imaginaba, no van a buscarme sustituto mientras esté de baja por la intervención, así que entre hoy y mañana tengo que dejar atadas un montón de cosas. Menos mal que las actividades lúdicas de la biblioteca escasean en verano, que si no...

No salgo de trabajar hasta muy pasadas las cinco de la tarde; he comido un sándwich en un bar que hay aquí cerca porque no he podido parar más que cinco minutos contados.

Esta tarde hemos quedado para ir a la playa (ya sé que dije que la odio, pero una vez o dos cada verano me toca aguantar el suplicio sin rechistar). Al menos iremos a una cala de rocas, porque con el tema «arena» sí que no transijo.

Myles me espera en el coche con el aire acondicionado en marcha. Hace un calor bochornoso (que sí, que estamos en julio y que es lo que cabe esperar, pero es insoportable); se me calientan las plantas de los pies cada vez que mis sandalias entran en contacto con el asfalto.

—¿En serio quieres ir a la playa? Con lo bien que estaríamos en el piso los dos solitos con el aire acondicionado.

—Tú sabes que la gente viene a Mallorca por sus playas, ¿no?

—Sí, como si aquí no tuviéramos nada más. —Mi puchero hace reír a Myles, que se acerca y me coge la cara entre sus manos para besarme hasta dejarme sin respiración.

—¡Hm! —suspiro en cuanto me suelta—. ¿Ves lo que te decía? Seguir

haciendo eso sería mil veces más interesante que llenarnos de sal y arena. — Para darle más énfasis a mis palabras, acerco mi mano a su ingle. La fina tela del bañador no tarda nada en evidenciar que hay alguien más que está de mi parte en el coche.

—¡Traidor! —le dice McKenna a su miembro erecto.

Doy palmaditas de júbilo.

—Voy a escribir a estos que ya nos vemos en otro momento, que tenemos mejores cosas que hacer ahora mismo.

Myles niega con la cabeza, pero sonrío de medio lado.

—Si hace trece años me llegan a decir que serías así de insaciable, no veas cuánto me hubiese reído. Anda que no tuve que hacer «juegos de manos» al llegar a casa, ni nada, cuando salíamos.

—¿Y quién te dice que yo no los hacía también?

Me mira por encima de sus gafas de sol. Su sonrisa lobuna me roba el aliento.

—¿Pensando en mí?

—¿En quién si no?

—Vale, se acabó la playa. Escribe a esos que nos vemos por la noche.

Pero qué mala soy. Me encanta salirme con la mía.

—Ya lo había hecho. ¡No escuchas, McKenna!

Myles vuelve a sacudir la cabeza, pero se concentra en llegar cuanto antes a mi casa. Qué fáciles de manejar son los hombres, ¡por Dios!

Myles necesita enrollarse una toalla a la cintura para poder bajar del coche. ¡Qué mono! Aunque he sido yo quien se ha encargado de eso: no le he quitado la mano de la entrepierna durante los seis minutos que hemos tardado en llegar desde la Misericordia a casa.

—Que sepas que esto no se quedará así —me amenaza entre sonrisas maquiavélicas.

—Ya estás tardando —le contesto en cuanto subimos al ascensor.

—Creo que a doña Eulalia le bastó con la sesión del otro día. No le demos más espectáculo a la pobre. —Se acerca a mí y me pega a la pared del cubículo. Nos comemos la boca hasta que llegamos a nuestra planta.

—Tus palabras y tus hechos no se corresponden, McKenna. —Le muerdo el labio inferior y tiro de él sin mucha delicadeza.

Abro la puerta del piso y casi me muero del susto cuando me doy de bruces con Merce, que cotillea por la mirilla.

—¡Por Dios! De la impresión casi te doy con el bolso, ¡pedazo de loca! ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás en la playa? —le grito, asustada.

—Porque te conocemos, chavala. Decidimos no salir hacia el Delta hasta que vosotros nos confirmaseis que estabais de camino.

Echa un vistazo por encima de mi hombro y, luego, se vuelve en dirección al pasillo y grita:

—JC, no pongas todo el hielo en los mojitos, que aquí tenemos a un individuo que va a necesitarlo para el dolor de huevos.

Me llevo la mano a la frente. Merce es más bruta que un arado. Estoy segura de que no solo la señora Eulalia se habrá enterado de que Myles venía empalmado: lo deben de saber hasta los vecinos del quinto.

—Sí, será lo mejor —grita Myles para rematar la faena.

Veo como las cabezas curiosas de Félix, Claudia y JC se asoman por la puerta de la cocina. Hala, otra tarde de mojitos y de hablar de «lo único». Si es que parecemos adolescentes, cojones.

TREINTA Y DOS

Myles, Claudia, Merce y yo estamos en la habitación que me han asignado. Parecemos un clan de gitanos, estoy segura de que no hay tanta gente acompañando a un solo enfermo en ninguna otra.

Al final, como es natural, he tenido que explicárselo a mis padres. Mi madre se empeñaba en venir esta mañana, pero le he dicho que ya tendrá tiempo de cuidarme cuando esté en casa, cuando estos tengan que trabajar y esté sola. Le ha parecido una idea genial, porque los hospitales no le gustan nada de nada.

Me han dado un camisón de esos que no se cierran a la espalda, y colutorio para que haga gárgaras después de lavarme los dientes, además de una pastilla (que me imagino que es un Valium) para que me relaje hasta la hora de la intervención. Me ha dejado bastante atontada y me cuesta mantener los ojos abiertos, pero lo intento.

Myles me sostiene una mano; parece mucho más nervioso que yo, no sé si debería pedirle a Claudia que le dé una pastilla de esas también a él.

Entra un chico empujando una camilla.

—Hola, Kiko —lo saluda Claudia—. ¿Ya vienes a llevártela?

—¿Es Laura Melis?

—Sí, soy yo —contesto.

—Entonces, sí, vengo por ti.

—Cúidamela bien, ¿vale? Que la tengo muy enchufada.

—¡Claudia! ¿No sabes que eso no puedes decirlo? —Ha sonado asustado de verdad—. El síndrome del enchufado existe, y lo sabes.

—¿Qué es el síndrome del enchufado? —Mi ansiedad ha vuelto, adiós al efecto de la pastilla mágica.

—¡Estupideces! —contesta mi amiga—. ¡Laura, ni lo escuches!

—¿Qué es el síndrome del enchufado, Claudia? —repito, más nerviosa de lo que quiero demostrar.

—Hay quien dice que cuanto mejor quieres quedar con alguien que está ingresado, peor te sale todo. Según esa teoría, las pruebas sufren retrasos, las venas se vuelven difíciles de pinchar y les da cagalera a los pacientes más estreñidos —contesta ella con un bufido y tirándole puñales por los ojos al celador.

Mi cara de pánico debe de ser de órdago. Corroboro, con un solo

vistazo, que a Myles y a Merce les hace tan poca gracia la broma como a mí (porque eso tiene que ser broma, ¿no?).

—Tú ríete. —Kiko contesta a mi pregunta no formulada—. Pero esto es como el tema de las meigas: «Haber, haylas».

Myles me da un beso suave en los labios mientras me aprieta la mano con un poco más de fuerza que antes. ¿Será aprensivo? Se aparta un poco de mí para que Merce y Claudia puedan abrazarme y despedirse. ¡Jesús, qué mal rollo me están dando entre todos! Es como si no fuéramos a vernos jamás.

—Hasta dentro de un rato, chiqui —me dice Merce colocándose un mechón de pelo tras una oreja. ¡Hay que ver! Con lo lanzada que es para todo y lo pava que se pone con estas cosas.

Les guiño un ojo mientras salgo de la habitación marcha atrás, subida en la camilla.

La cabeza me pesa un montón; tengo tanto sueño que no puedo abrir los ojos, literalmente. Llevo un rato soñando cosas de lo más extrañas. Por alguna razón, cada vez que quiero mirar algo, mis ojos se niegan a abrirse aunque me empeñe con todas mis fuerzas. Eso entra en la categoría de pesadilla, ¿no creéis?

—Bienvenida al mundo de los despiertos, Bella Durmiente —oigo una voz entre brumas—. Lo que te ha costado despertar, muchacha. Tenías a todos tus amigos preocupados. Y ni te digo el pedazo de pelirrojo que ha entrado a verte lo angustiado que parecía.

Consigo abrir un ojo del todo y veo a una enfermera muy morena a mi lado. Toquetea una pantalla de ordenador sobre mi cabeza y noto como algo me estruja un brazo.

—No te muevas ahora, te estoy midiendo la tensión arterial. ¿Cómo te sientes? ¿Tienes dolor?

—No, no tengo dolor, solo mucho sueño.

—Eso es normal, estarás así todavía unas cuantas horas más.

En ese momento veo aparecer en mi campo de visión a Claudia, seguida muy de cerca por Merce.

—Hola, cielo, te has despertado al fin.

—La tensión está fenomenal —oigo que le dice a mi amiga la morena que ha estado hablando conmigo—. Y el resto de constantes, también. Supongo que en media horita la mandaremos a planta.

Claudia me mira de forma muy rara.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? Me estás asustando, por si no te has dado cuenta.

—No, no te asustes. —Ríe, pero su risa es apagada—. No pasa nada. He hablado con Mesquida y me ha dicho que todo ha ido genial. Un tumor limpio, sin raíces. Nada de qué preocuparse. Solo que...

—¿Solo que qué? —pregunto despegando la cabeza de la almohada. Algo que, por cierto, no tenía que haber hecho, ¡vaya mareo!

—Nada —la ataja Merce—. Que el bulto era más grande de lo que se esperaba y te va a quedar un poco de cicatriz, pero no es importante.

Las miro extrañada. Hay algo que no me cuentan, pero tengo tanto sueño que no sé qué puede ser. Creo que me estoy volviendo a quedar inconsciente.

—¿Y Myles?

Se miran una a la otra. ¿Dónde está McKenna? Ni siquiera sé si estaba despierta cuando he formulado la pregunta. Solo sé que estoy soñando de nuevo. Al menos esta vez no tengo pesadillas.

Me despierto bastante despejada, pero todavía tengo más sueño que un perezoso con anemia. ¡Vaya con la anestesia! Había leído que había quien tenía sueños raros, pero los míos han sido de categoría, y todos muy vívidos. He soñado que tenía un niño muy pelirrojo aferrado a mi teta y que chupaba tan fuerte que incluso me dolía.

Ahora que me fijo, sí que me duele la zona del pecho. Supongo que es normal, ¿no? Al fin y al cabo, acaban de quitarme un trozo.

Por la ventana entra una luz débil, como si fuera tarde, casi de noche. Pero no puede ser, a estas alturas de año es de día hasta casi las diez.

—¡Hombre, te has despertado! —La voz de Merce me sorprende desde la butaca situada a mi izquierda—. Ha venido todo el mundo a verte y ni siquiera has abierto los ojos. Aunque es encomiable cuánto lo has intentado. Parecía que estabas borracha como una cuba.

—Deja a la pobre, ¿no ves que sigue medio dormida? —la riñe Claudia.

—¿Ya es de noche? ¿Cuántas horas he dormido? ¿No se suponía que tenía que marcharme a casa por la tarde?

—¡Si hasta hilas las palabras de forma coherente! —El tono de Merce pretende ser bromista, pero percibo una nota de angustia en él.

Me vuelvo hacia Claudia y la miro con expresión interrogante.

—Verás, el médico ha tenido que escarbar más de lo que creía para sacar todo el tumor, así que ha pensado que tendrías dolor y que convenía ponerte calmantes algo más potentes. Pasarás aquí la noche.

—Bueno, no pasa nada. Con el sueño que tengo no creo que dure mucho tiempo despierta. ¿Myles se ha ido a cenar?

Ambas cruzan una mirada. Al final, es Claudia quien habla de nuevo.

—Ha tenido que marcharse.

Algo se remueve en mi interior, me siento como si estuviera sufriendo un *déjà vu*. Algo conocido y desagradable repta por mi memoria, y hasta que no consigo averiguar qué es, mantengo los labios apretados.

—¿Que se ha ido? ¿Cómo que se ha ido? —farfullo casi sin fuerzas.

—No te vuelvas loca por eso. Volverá en cuanto le sea posible. Ahora descansa, mañana lo hablamos.

Vuelvo a quedarme dormida. Esta vez sueño con Jose. Jose me deja sola con un niño pequeño al que yo no sé cuidar. Se marcha de casa y no vuelve; estoy sola, sola y muy triste. ¿Por qué nadie quiere quedarse conmigo?

TREINTA Y TRES

Un ruido fuerte en la habitación me saca de un sueño en el que estaba al borde de las lágrimas, aunque soy incapaz de recordar de qué iba.

Me vuelvo y veo a Merce recogiendo cosas del suelo y soltando tacos hasta en arameo. La voz de una mujer suena por un altavoz anclado a la pared.

—¿Sí?, ¿qué necesita?

—Hola, ¿podrías mandar a alguien de la limpieza? Ah, y otra bandeja de desayuno. Se me ha caído la que acababa de traer tu compañera.

—No se preocupe, ahora mismo vamos.

—¿Qué has hecho, manazas? —le digo. Mi voz me sorprende por lo ronca. Siento un desasosiego que seguro que es debido a lo mucho que he soñado. Me da igual que me duela la teta, a mí que no me pongan más de estos calmantes infernales que me hacen tener pesadillas. ¿Descansar, han dicho? ¡Y una mierda como un piano!

—Hola, cariño —me dice acercándose a mí. Deja todo el desaguisado en el suelo sin preocuparse más por ello. ¡Verás como venga Claudia!—. No te vuelvas a quedar sopa, ¿vale? Que ya llevas casi veinticuatro horas durmiendo y me está dando un montón de cague.

La miro con las cejas levantadas.

—Será por la mierda de calmantes. Que no me pongan más, me da igual el dolor. ¡Hombre, ya!

Merce se ríe y me abraza.

—Al fin vuelves a ser tú. Te has ido despertando durante todo el día y toda la noche, pero parecía que estabas drogada: solo farfullabas tonterías y te quedabas dormida enseguida. Claudia no para de decir que es normal, pero yo ya no sabía dónde meterme.

Le devuelvo el abrazo. ¿Ya os he comentado la suerte que tengo por contar con amigas como ellas?

—¿Te has pasado la noche entera aquí?

—Sí, porque era la única que no tenía que trabajar hoy, pero había muchos voluntarios, no creas.

—¿Myles, por ejemplo? —digo con una sonrisa ilusionada.

Merce tuerce el gesto. Antes de que pueda siquiera indagar, entra Claudia.

—¡Anda, que...! ¡No se te puede dejar ni un momento sola! —le dice a

Merce—. ¿Cómo estás, amor? ¿Tienes dolor? —me pregunta con una gran sonrisa de enfermera.

—¡Nada de nada, monada! —No le pienso decir que lo tengo ni aunque se me caiga el brazo. ¡Que no quiero volver a dormir, concho!

—Me alegro, así podremos ir reduciendo la cantidad de calmantes...

—No necesito calmantes, Claudia, sobre todo los que me habéis estado dando. ¡Joder, qué mal me han sentado!

—Pero si has dormido y no has tenido dolor.

—Pero a cambio he tenido unas pesadillas extrañísimas. Te digo que no quiero más y no quiero.

—¡Vale, vale, no te pondremos más! —me dice mientras coloca en mi brazo el aparato para medir la tensión.

—¿Dónde está Myles? —pregunto cuando mi amiga me permite hablar de nuevo—. ¿Qué me estáis escondiendo?

—No te estamos escondiendo nada, Laura, no te pongas paranoica. —Mientras lo dice, mira a Merce de forma acusadora. Veo que la otra eleva ligeramente los hombros. Ya están comunicándose otra vez de forma telepática y dejándome fuera. ¡Cuánto odio que lo hagan, oye!

—¿Y bien?

Merce carraspea y luego dice:

—Estuvo aquí hasta que salió su vuelo. Apuré tanto que creíamos que no iba a poder cogerlo.

—¿Su vuelo? —Estoy muy desconcertada—. ¿De qué vuelo hablas?

—¿Te comentó que estaba reformando la casa de su abuela?

—Sí, algo me dijo, pero no recuerdo muy bien qué fue.

—Resulta que mientras estabas en el quirófano se vino abajo una sección del techo y dos de los albañiles resultaron heridos. Tuvo que coger un avión y marcharse para allá. Él no quería, pero un abogado amigo suyo le aconsejó que lo hiciera.

—¿Por qué?

Merce coge una gran bocanada de aire:

—Uno de los obreros sufrió heridas graves y tuvieron que hospitalizarlo —contesta encogiéndose de hombros.

Frunzo el ceño.

—Si es por eso, yo también estaba hospitalizada. Me dijo que estaría aquí cuando despertase y...

—No vayas por ahí, Laura, él no es Jose. No se ha ido a tomar unas

cervezas con sus compinches porque le resulte aburrido estar aquí dentro, a tu lado. —La miro con los labios fruncidos. Ha acertado de lleno al imaginar en lo que estaba pensando—. Estuvo aquí, agarrándote la mano hasta que vio que no podía retrasarlo más, como ha dicho Merce, y desde que aterrizó en Aberdeen ha estado llamando cada hora para saber de ti. Haz el favor de no pensar cosas raras de él, ¿vale?

Asiento con la cabeza, pero me jode que no esté. Podía haber esperado hasta hoy para irse, ¿no?

Justo en ese momento suena mi teléfono. Alargo el brazo para cogerlo y siento un pinchazo tan fuerte en la zona de la axila que creo que hasta se me van a caer las lágrimas. Claudia me mira con cara de sabihonda. Ahora soy yo quien puede leer sus pensamientos: «Dices que no vas a querer calmantes, ¿verdad?». Le saco la lengua mientras se acerca a mi móvil, que, por cierto, ha dejado de sonar. Me lo acerca.

—¿Ves? Era McKenna. Llámalo, anda. Que está como un alma en pena entre una cosa y la otra.

—Pero qué mandona eres cuando vas vestida de enfermera —le espeto.

Marco el número y Myles coge el teléfono al primer timbrazo.

—Hola, ¿ya se ha despertado?

—Hola, Myles, soy yo. —No consigo darle la entonación amorosa que quería.

—*Breac-seunach*, al fin. Merce y yo empezábamos a estar muy preocupados, aunque Claudia no parase de repetir que era todo normal.

Me enternezco un poco; al fin y al cabo no soy la harpía desalmada que estáis imaginándoos.

—Parece que tenía razón —le digo con toda la dulzura de la que soy capaz—. Pero no se lo diremos, que después se lo cree mucho.

Myles ríe.

—Cuánto me alegro de oír tu voz. —Se calla un momento y sigue—: Siento mucho no estar ahí ahora mismo, Laura. Te juro que no me habría marchado si no lo hubiese considerado del todo necesario. Te han explicado lo que sucedió en la casa, ¿verdad?

—Llevas menos de veinticuatro horas en Escocia y ya tienes acento —le digo para cambiar de tema. No quiero hablar de eso. Quizás sí que soy una harpía.

—¿Seguro? —Se ríe—. Aquí todo el mundo dice que he perdido todo

lo que sabía y que sueno como un español hablando forzado. —Silencio—. Te echo muchísimo de menos ahora mismo.

—Y yo a ti, McKenna, pero tengo más hambre que un piojo en la cabeza de una estatua y me acaban de traer la bandeja de la comida. Te llamo luego, ¿vale?

—De acuerdo, llámame cuando acabes de desayunar.

—Hasta luego. —Y cuelgo.

—Laura, estás fatal. No le hagas pagar a Myles lo que te hizo Jose — me riñe Claudia.

—No le hago pagar nada a nadie. Es cierto que tengo hambre. Después lo llamaré.

Claudia menea la cabeza mientras Merce deposita ante mí la bandeja nueva. Tiene la cara triste. Igual sí que me estoy pasando un poco de la raya con Myles. Seguro que con el estómago lleno veo las cosas de otra forma y se me pasa el cabreo.

A media mañana ya estoy en nuestro piso. Todavía no he tenido tiempo de llamar a Myles porque el doctor Mesquida vino a visitarme cuando no había ni terminado de desayunar. Después me han hecho la cura de la herida y me han dado el alta. Así que no he tenido ni un segundo para poder telefonarlo. Tengo varias llamadas perdidas tuyas y dos mensajes.

Myles: *Claudia me ha dicho que te están curando y que además tenéis lío con los trámites del alta, que por eso no has podido llamarme. Dentro de un rato lo intentaré yo de nuevo, ¿vale?*

El otro dice:

Myles: *Laura, ¿me estás castigando porque me he ido? ¿O es que no te encuentras bien?*

Va siendo hora de que me ponga las pilas. Así que decido llamarlo en cuanto me quedo sola en el piso. Merce ha ido a acostarse un rato; vaya nohecita que le he hecho pasar a la pobre.

Myles coge el teléfono al primer tono.

—¿Laura?

—Hola, McKenna, ¿qué pasa?

—Hola, creo que la pregunta es: ¿qué te pasa a ti? —No suena enfadado, sino más bien triste.

—Hay algunas cosas que no te he contado de mi anterior relación, y una de ellas tiene que ver con haberme despertado sola en un hospital. —

Myles intenta hablar, pero lo interrumpo—: La culpa no es tuya, McKenna; se ve que pensaba que ese tema estaba enterrado y olvidado. Quizás resulte que no lo está tanto.

—¿Qué pasó? ¿Quieres que lo hablemos?

—No, ahora no. Me siento un poco mareada. Ya te lo explicaré cuando vuelvas, ¿de acuerdo? No te enfades conmigo. Ten en cuenta que estoy convaleciente y que puedo no saber muy bien qué hago ni qué digo. —Mi voz ha recuperado parte de su alegría, aunque no toda.

—No podría, *breac-seunach*. Te quiero demasiado para enfadarme por algo así.

Suspiro aliviada. Myles me quiere, Myles no es Jose. Mi historia no va a repetirse. ¿Por qué tengo que decírmelo tantas veces, entonces?

—Y yo a ti, McKenna, ya lo sabes.

TREINTA Y CUATRO

Han pasado varios días desde que salí del hospital y creo que no puede venir a verme más gente de la que ha venido. Se han acercado por aquí la mayoría de mis compañeros del trabajo, las amigas de mi madre y hasta mi peluquera (hace tantos años que voy a la misma que nos hemos hecho amigas, aparte de que también es la de Merce y Claudia y se lo han contado). Pero Myles sigue en Escocia. El tema de la casa se le ha complicado un montón. Se han paralizado las obras y tiene dificultades con el ayuntamiento. Espero que pueda solucionar pronto el lío, porque lo echo tanto de menos que me duele.

Sí, se me ha pasado el enfado, por si queréis saberlo, aunque no estaré tranquila del todo hasta que lo tenga de vuelta a mi lado. Soy *moñas* e infantil. Claudia me lo repite a diario. ¿Qué le vamos a hacer?

Me he quedado un rato sola en casa porque Merce ha ido a comprar pizzas para cenar (otra cosa de la que es mejor que Claudia no se entere, por cierto), así que me dedico a mirar el Instagram de Myles. No es que haya colgado gran cosa estos días. Pero me encanta mirar y remirar las fotos en las que salimos los dos; ¡nos vemos tan enamorados!

Alguien lo ha etiquetado en una foto y voy corriendo a cotillear quién ha sido y qué ha publicado. Sonrío al imaginármelo con alguno de sus primos en un *pub* tomando una cerveza (bueno, él no, él tomará cocacola, ¡qué soso es en eso!). Aunque estoy segura de que se encuentra en su salsa, entre todos esos muchachotes fornidos de las Tierras Altas.

Cuando la imagen aparece en la pantalla de mi móvil, me quiero morir. No me puedo creer lo que estoy viendo. Pero el texto bajo la foto no deja lugar a dudas.

¿Cómo ha sido capaz? Después de repetir por activa y por pasiva que me quiere, de decirme que soy la única a la que ha amado de verdad en toda su vida. ¡Y yo, gilipollas, me lo he creído!

He estado insistiendo durante dos años en que Jose era un cabrón, pero que al fin y al cabo, ese era su problema, no el de todos los hombres sobre la faz de la Tierra. Pero Myles ha tardado menos de un mes en darle la razón a Merce. No son de fiar: los hombres son criaturas despreciables en las que no se puede depositar la confianza, porque la cogen y la pisotean a la mínima oportunidad. Lo odio. Odio a Myles y a todos y cada uno de los tíos de este mundo.

Lanzo el móvil lejos de mi vista y me echo a llorar de rabia. Una única frase se repite en mi cabeza de forma obsesiva: otra vez no, por favor, otra vez no.

Merce entra en el piso media hora más tarde y me encuentra a oscuras en mi habitación, hecha un ovillo.

—Laura, ¿qué tienes? ¿Estás bien? ¡Oh, Dios mío! —exclama cuando me ve la cara—. ¿Qué ha pasado?

Me aferro a su cuello y me pongo a llorar sin consuelo. No puedo parar, he cogido carrerilla y no sé cómo hacerlo. Entre mis sollozos oigo que Merce habla con Claudia.

—Ven para acá cagando leches. Creo que Laura está teniendo un ataque de ansiedad y no tengo ni idea de qué puedo hacer por ella.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero me parece que muy poco, cuando la puerta de la calle se abre y los pasos atropellados de Claudia resuenan en la entrada.

—¿Qué sucede? ¿Os habéis peleado?

—No, qué va, he salido a comprar pizzas para cenar y cuando he vuelto me la he encontrado así. Ahora no llora, pero se ha quedado catatónica. Claudia se acerca a mí y me coge una mano.

—¿Qué pasa, Laura? ¿Tienes dolor? —Coloca dos dedos sobre mi pulso. Con una pericia envidiable le echa un vistazo a mi vendaje. Lo hace sin apenas necesidad de retirar la camiseta sin tirantes que me he puesto esta mañana para combatir el calor—. Si no me hablas, no podré ayudarte. — Espera a que le conteste, pero las palabras están atoradas en mi garganta. Cuando se cansa de que yo no emita ningún sonido, me dice—: Tómate esto, anda.

Me mete un comprimido, que sabe asqueroso, debajo de la lengua y me mira angustiada.

—Si no me cuentas qué puñetas ha pasado, tendré que llamar a un médico, Laura. ¡Joder! ¡Me estás acojonando!

Le doy mi móvil y me tiro sobre la cama. No quiero ver la cara de lástima que van a poner estas dos cuando vean en la pantalla lo que he descubierto yo hace un rato.

—¿El perfil de Myles en Instagram? ¿Eso es lo que quieres que mire?

—¿Qué ha publicado ese memo? —pregunta Merce con rabia.

—No sé, no veo nada ofensivo. Solo fotos del boquete que ha quedado

en el techo de su casa.

—¿Perdona? Me levanto de la cama indignada. Le arranco el teléfono de las manos a Claudia y me pongo a buscar, frenética. Ha desaparecido. La foto de Myles en la cama con una rubia monumental ya no aparece en su cuenta.

—¿Dónde está? Estaba aquí, he visto la foto y, lo peor, he leído el pie. Oigo como Merce y Claudia suspiran aliviadas.

—Al menos ya habla. ¿Qué le has dado? —intenta bromear Merce, pero yo no estoy para chistes y la miro con rabia.

—¿Qué foto, Laura? Seguro que lo has malinterpretado.

—No he malinterpretado nada, Claudia. En su perfil había una foto de él y una rubia en la cama. Estaban desnudos, despeinados y con cara de felicidad. El pie ponía: «Mi primer y único amor ha regresado para quedarse. Vamos a empezar de nuevo y todo será como si nunca te hubieras marchado de mi lado, amor mío. *Hashtag*: estoy loca por ti. *Hashtag*: juntos para siempre. *Hashtag*: amor eterno».

Claudia y Merce arquean las cejas al mismo tiempo.

—Asumo que no lo había publicado él —dice Claudia.

—No, pero estaba etiquetado, y el de la foto era él, estoy segura.

—Y ¿qué te ha dicho cuando le has preguntado?

—No le he preguntado nada, Claudia. No hace falta. Estaban en la cama, desnudos. ¡Joder! —Le estoy gritando a mi mejor amiga por culpa de Myles. Pero es que ella debería ponerse de mi parte, ¿por qué me hace las preguntas como si yo fuera la culpable?

—¿Desnudos? —La voz de Merce es cautelosa.

—Tenían una sábana que les cubría algunas partes, pero se veía claramente que debajo de la sábana solo había piel.

Mis amigas arrugan el labio superior en sincronía.

—No lo entiendo, si parecía que estaba loquito por ti. Y tampoco me cuadra eso de que haya eliminado la foto. ¿No te suena a algo que haya podido hacer ella sin pedirle permiso?

—¡Y seguro que se lo hubiese dado! Me apuesto lo que quieras a que la pobre está tan engañada como yo. —La duda en la cara de Claudia me resulta ofensiva—. ¿Crees que me lo estoy inventando?

—Yo no he dicho eso, Laura. —Claudia se está hartando de mi berrinche; aunque yo crea que es totalmente legítimo, se ve que ella no piensa igual—. Pero ya te dije el otro día que Myles no es Jose.

—No es Jose, de acuerdo, pero es un tío. ¡Un tío que solo piensa con

la polla, como todos los tíos del mundo! Esa rubia, quienquiera que fuera, se le debió de echar al cuello y él no dijo que no; o fue él quien la persiguió como ha hecho conmigo, ¡para el caso es lo mismo! La prueba es más que evidente. No deja lugar a dudas.

—A ver, a ver. —Merce intenta poner paz, porque Claudia y yo nos estamos calentando—. Lo primero: tu rabia no es contra Claudia, ¿de acuerdo? Ella solo intenta arrojar un poco de cordura a todo este lío. Segundo, ¿por qué has decidido no llamar a Myles y pedirle explicaciones, podemos saberlo?

—¿Explicaciones? ¿En serio, Merce? ¿Explicaciones? Está clarísimo lo que ha pasado. ¡Diáfano! No creo que haga falta pedirle que me cuente su versión. No necesito llamarlo y oír sus excusas, sus «no volverá a pasar» y sus «a quien quiero de verdad es a ti». —Claudia ladea un poco la cabeza y leo el reproche en sus ojos—. Y ni se te ocurra decirme que él no es Jose, que te juro que te pego de verdad.

—¿Quieres que le pida a JC que lo llame?

Miro a Merce como si me llevaran los demonios.

—¿Qué parte de «no quiero escuchar sus mentiras» es la que no has entendido, Merce?

—Pero es que no sabes qué ha sucedido en realidad —insiste Claudia.

—Sí que lo sé. ¡Se ha acostado con una mujer que no soy yo mientras mantenía una relación conmigo! —Estoy gritando de nuevo; aunque intento calmarme, no puedo—. Por favor, dejadme sola. Ya tengo suficiente con lo destruida que me siento como para que vengáis vosotras y os pongáis de su parte.

—A veces pareces tonta, Laura. No nos ponemos de su lado, nos ponemos del tuyo, ¿no lo ves?

—No, no lo veo, de ninguna de las maneras me parece que estéis de mi parte. Lo único que hacéis es cuestionar cuanto digo.

—Estar de tu lado no siempre significa decir solo lo que tú quieres oír. Para mí que confundes los términos —me espeta con acritud—. Y te estás poniendo histérica por algo que no sabes. Ni siquiera le has dado a Myles la oportunidad de explicarte...

Tengo una respuesta afilada en la punta de la lengua, pero no me da tiempo a escupirla porque el teléfono de Claudia suena y nos interrumpe.

—Sí... Aquí, con ella... Sí. ¿Es su ex?... Es lo que le estoy diciendo desde que he llegado, pero está cerrada, no escucha... Vale, de acuerdo... A ver si tú puedes mediar un poco más en este asunto. —Cuelga y me mira

fijamente.

—Espero que no le hayas sugerido a Félix que venga a contarme las patrañas de su mejor amigo...

—Félix dice que sabe lo que ha pasado. La de la foto era su ex y...

—¡Que me da igual! —grito fuera de mí, porque no quiero oír nada que pueda librar a Myles de mi odio.

Claudia cierra la boca con rabia; los labios se le han puesto blancos de tanto apretarlos.

—Laura, cielo —intercede Merce.

—Me voy a casa de mis padres. Pasaré unos días allí. Por favor, dejadme tranquila todos —digo con una calma sepulcral que estoy segura de que las ha acojonado.

—¿Cuándo volverás? —El tono de Merce es de preocupación.

—Cuando haya puesto mis pensamientos en orden —le contesto al mismo tiempo que voy metiendo unos pijamas, varios pares de braguitas y algo de ropa en una bolsa de mano—. Necesito los mimos de alguien, y si vosotras no podéis o no queréis dármelos, me voy a refugiar en los brazos de mi madre.

Mis palabras son agrias, pero ninguna de las dos se mueve de mi cama mientras salgo de la habitación y me dirijo a la puerta de la calle. Antes de irme, me ha dado tiempo a ver como Merce agitaba la cabeza mirando a Claudia. Supongo que le estaba diciendo que me dejara tranquila. Ella más que nadie sabe cuánto necesito reflexionar. La otra lo habrá entendido, puesto que no me ha seguido; y me alegro, porque ahora mismo no las soporto. No las soporto a ellas ni a mí misma. Solo quiero colgarme del cuello de mi madre y llorar hasta que toda la amargura que he acumulado haya salido de mi cuerpo y me deje respirar de nuevo con normalidad.

TREINTA Y CINCO

Llego a casa y mi madre me está esperando. Supongo que las chicas la habrán llamado para advertirla de que yo venía hacia aquí hecha un basilisco. Abre los brazos y me tiro de cabeza a ellos. No puedo evitar empezar a llorar otra vez.

—¿Qué ha pasado, vida mía? —me pregunta después de un rato de mecarme con cariño. Me lleva de la mano hacia la cocina y coge una servilleta para limpiarme los mocos, como hacía cuando era una niña y acudía a ella con cualquier problema. Las madres son quienes mejor miman del mundo, ¿verdad?

—¡Que se ha acostado con otra, mamá! —Le quito el pañuelo para sonarme sola. Al fin y al cabo ya soy una mujer independiente, aunque ahora mismo no lo parezca.

Mi madre vuelve a abrir los brazos para que me refugie en ellos. Nos quedamos un rato de pie en la cocina, hasta que mi padre llega de la calle y se sorprende al encontrarnos en esa postura.

—¡Me ha engañado, papá, me ha engañado! —Sigo llorando mientras paso de unos brazos a otros.

Mi padre me da toquecitos en la espalda. No sabe muy bien cómo consolarme; siempre ha lidiado fatal con las lágrimas de sus dos mujeres y me imagino que eso, con la edad, no mejora.

Al cabo de poco más de dos horas, estoy metida en mi antigua cama. Mi madre me ha preparado un vaso de leche caliente y una tisana relajante; de todas maneras, no puedo dormir. Doy vueltas y más vueltas en la cama preguntándome qué estaré haciendo mal para atraer siempre a los hombres de la peor calaña.

Cuando me separé de Jose, las cosas se habían torcido tanto entre nosotros que creí que la ruptura no suponía más que una liberación; ahora no estoy tan segura de ello. Encontrármelo en la calle con su mujer y su hijo fue un duro golpe para mí. Me removió sentimientos que creía olvidados. Entendámonos, no es que siga enamorada de él, ¡ni mucho menos! Es otro tipo de sensación, como si hubiese malgastado mi tiempo a su lado, al menos al final de la relación. ¡Mentira! Tampoco es eso. Lo que me provoca es un sentimiento parecido al fracaso. Jose y yo éramos muy buenos amigos antes de

empezar a salir, pero esa amistad se había perdido incluso antes de que rompiéramos. Esa sensación de pérdida es la que me acompaña muchas veces cuando pienso en lo nuestro.

Y ahora, Myles. Con él ha sido distinto. Me he creído mi propia fantasía y no he dudado ni un solo instante que él seguía pensando en mí después de tantos años. Hubiese sido bonito, ¿verdad? Pasar el resto de mi vida al lado de quien fue mi primer amor. Alguien que conoce tantas cosas de mí, que me ha visto crecer (y en mis peores momentos, como dijo Merce) y, aun así, me quiere con locura. Suspiro. Pobre ilusa.

La ventaja que tiene él de que se hayan destapado sus mentiras tan pronto es que el tiempo que hemos pasado juntos no basta para que la herida sea tan honda, ¿no? Lo que quiero decir es que, aunque ahora esté fatal, me repondré de esto mucho más deprisa que de lo de Jose. ¿No os parece?

Doy quinientas vueltas en la cama y después unas mil más. No hay aire acondicionado en esta habitación y el ventilador no me refresca nada. Me levanto para ir en busca de un vaso de agua helada. Creo que me estoy deshidratando entre el sudor y las lágrimas.

La casa de mis padres es antigua y tiene un gran recibidor, de esos que solo roban metros al resto del piso. Cuando atravieso el comedor para llegar a la cocina, veo que se han dejado la luz de la entrada encendida y me dirijo hacia allí para apagarla. Me paro justo detrás de la puerta con vidriera. Alguien susurra. ¿Es mi padre? Quisiera asomarme, pero no me atrevo. ¿Qué estará tramando? No consigo oír lo que dicen ni él ni el hombre con el que habla. Vale, solo supongo que es un hombre; aunque no entiendo sus palabras, el tono es suficientemente bajo para adivinar que pertenece al género masculino.

Me vuelvo a la cama sin pasar por la cocina. No quiero que mi padre me descubra ahí de pie, espiando. Aunque no me haya enterado de una sola palabra de su conversación, no quiero parecer culpable. Mañana le preguntaré qué hacía despierto a estas horas, él, que a las diez ya ronca como un ceporro en el sofá todas las noches.

Ni siquiera me ha dado tiempo a cambiar de postura en la cama cuando alguien toca con los nudillos a la puerta de mi cuarto. No es que haga falta: la tengo abierta de par en par en un vano intento de que corra un poco el aire.

—¿Sí? —Abro los ojos y enfoco la vista en el lugar de donde proviene la llamada. Una silueta enorme se dibuja a contraluz. Es un hombre, pero no es mi padre. Enciendo la lámpara apresuradamente y ahí, en el hueco que debería

ocupar la puerta, está Myles.

Me quedo tan pasmada que no muevo ni un solo músculo. Por dentro, un sinfín de sentimientos encontrados destrozan mis entrañas. El corazón se ha puesto a mil por hora por su cuenta y riesgo. Los pulmones buscan aire desesperados mientras los labios se aprietan uno contra otro con fuerza, expresando desagrado, y no lo dejan pasar.

Me apresuro a bajar los pies de la cama. La camiseta que me he puesto para dormir apenas tapa un poco de piel. Además, acabo de vislumbrar a mi padre de pie detrás de Myles. Menos mal que no me la he quitado hace un rato, como era mi intención.

Myles me contempla desde el umbral con la respiración entrecortada; parece muy afectado, aunque si esto fuera un concurso, ganaría yo de calle, está claro.

Nunca lo había visto tan alterado, pero no siento miedo, solo rabia. Era él quien estaba susurrando en la entrada junto a mi padre. ¿Por qué le ha permitido pasar? Creía que le había dejado claro que no quería ver a Myles nunca más en mi vida.

—Hija, deberías darle una oportunidad a este hombre para que te explique qué ha sucedido en realidad. Pienso que lo que cuenta no es tan descabellado y que te has precipitado en sacar conclusiones...

—Normal que tú lo defiendas —le grito a mi padre—. Al fin y al cabo eres un hombre. El corporativismo es lo que os hace tan fuertes. Si las mujeres nos aliáramos como vosotros, en vez de criticarnos unas a las otras como lobas en celo, todo nos iría mucho mejor. —No paro de decir sandeces, pero no quiero que mi padre nos deje a solas, y veo que se retira agitando una mano en el aire.

—Sí, sí, como tú digas. Pero será mejor que vayáis al comedor a hablar. Porque si tu madre se entera de que he dejado entrar a un hombre en tu cuarto, el que tendrá problemas de verdad seré yo. Y sé que no quieres eso, aunque ahora eches pestes contra mí.

Myles no traspasa el umbral. Lleva una bolsa de deporte colgada al hombro y me mira con cara seria. Se nota que no ha dormido más que yo, pero además parece como si el viaje le hubiera dejado una pátina de cansancio que no creo que se le vaya a borrar en algún tiempo.

Me pongo en pie sin pronunciar palabra y lo precedo por la casa hasta la puerta de la calle. Myles, al descubrir mis intenciones, suelta la bolsa de deporte en el suelo y se cruza de brazos.

—No pienso irme de aquí hasta que no hayas escuchado lo que tengo que decir, Laura.

—Me importa una mierda lo que hayas venido a explicarme, Myles. Por mí puedes quedarte el tiempo que quieras aquí de pie, pero ni se te ocurra volver a plantarte ante mi habitación, porque te juro que gritaré. Y te aseguro que, si mi madre se despierta, no será tan benevolente como mi padre.

—Ha sido tu madre quien ha cogido el teléfono cuando he llamado desde el aeropuerto en cuanto el avión ha aterrizado. Y también ha sido ella quien me ha sugerido que no esperara a mañana para venir a verte. Así que sabe que estoy aquí, igual que tu padre. Grita, pero, aparte de alterar a los vecinos, no creo que consigas nada.

Abro y cierro la boca varias veces. ¡Vaya pandilla de conspiradores! Me doy cuenta de que mis padres están tan implicados en esto como las chicas. Por eso mi madre me ha estado escuchando sin darme coba mientras lloraba en su regazo. Ella suele ser de las que colaboran a la hora de machacar al contrario, en cambio, hoy no lo ha hecho; no ha dicho ni media palabra en contra de Myles durante todo el tiempo que yo he estado quejándome. ¿Será...? ¿Cómo no me he dado cuenta de eso?

—¿Qué quieres, Myles? —pregunto cruzándome de brazos y adoptando una postura tan chulesca como la suya.

—¿Por qué no has contestado a ninguna de mis llamadas, ni a mis mensajes? —me espeta enfadado.

—¿Por qué te acostaste con otra después de jurar que me querías más que a nada en el mundo? —replico con calma. Ya habrá tiempo para derrumbarse después, ahora no quiero que se percate de lo mal que lo estoy pasando.

—No lo hice.

Arqueo las cejas.

—¿Me estás diciendo que no he visto lo que he visto? ¿O es que acaso piensas que soy gilipollas?

—No creo que seas gilipollas, pero lo que has visto no es real.

—¿Perdona? —Sueno tan sarcástica como es mi intención.

Myles suspira, descruza los brazos e intenta acercarse a mí. Levanto una mano impidiéndole que avance.

—Si es que quieres salir, recoge tu bolsa y ¡puerta! Si no, no te acerques ni un centímetro más.

—Laura, esa foto tiene un montón de años. Si no te has dado cuenta de

eso es porque no la has mirado con detenimiento.

—No he podido hacerlo. Tú te has dado mucha prisa en eliminar la prueba del delito de tu Instagram.

—No la he eliminado yo, aunque hubiera preferido que no la vieras.

—¡Eso me ha parecido! Que no querías que me enterara de tus desmanes.

Myles se pasa ambas manos por la cara.

—Laura, ¿puedes escucharme y dejar de hacer comentarios despectivos de una vez?

Mis cejas casi tocan la línea del nacimiento de mi pelo.

—Vamos a sentarnos, por favor, estoy muy cansado. He tenido que coger dos aviones para poder llegar a la isla.

—Lo has hecho porque has querido. Ni te he pedido explicaciones ni las necesito. No estoy ciega, sé lo que he visto y lo que he leído.

—¿Podrías dejar de ser tan terca durante un ratito? —me pide malhumorado.

—¿Terca, dices? No, lo que soy es una mujer escarmentada. Habéis conseguido entre todos que no pueda confiar en nadie, nunca más. ¿Te crees que eres el primero que pasa por mi vida y se acuesta con todo lo que pilla? ¡Pues no! No has tenido ese privilegio.

—Laura, yo... No me lo contaste. —Su tono se relaja bastante. Sus ojos se llenan de una tristeza que parece genuina, pero no me dejaré engañar más por él, ya no.

—¿Quieres decir que si te hubiera explicado que me habían puesto los cuernos con anterioridad tú te habrías abstenido de hacerlo?

—No, no es eso lo que quiero decir. Lo que intento es que entiendas que no te he sido infiel.

Me río con amargura.

—No sé por qué, pero me cuesta creerte.

—Te estoy diciendo que esa foto...

—Aunque la foto fuera antigua, como tú dices, ¿por qué tendría tu exmujer que publicarla si no fuera cierto que os habéis acostado?

—¿Quién te ha dicho que la publicó mi exmujer?

—Claudia ha hablado por teléfono con Félix delante de mí y la ha mencionado.

—No ha sido ella. —Tiene las fosas nasales dilatadas, como si estuviera tan enfadado que le costara inhalar.

—¿Quién ha sido, entonces? ¿Alguna otra amante despechada? —Mi tono sigue siendo sarcástico; me he dado cuenta de que eso le molesta y procuro darle donde más duele. Pelearme con Jose sirvió de algo, por lo que veo.

Myles inspira con fuerza. Está agotando la paciencia. Bien, esta discusión durará menos de lo que pensaba.

—En serio que no he venido a pelearme contigo, Laura, solo quiero explicarte lo que ha sucedido, pero es que ni siquiera me dejas hablar. —Me mira con rabia durante unos instantes y después se relaja visiblemente. Ha tenido que hacer un esfuerzo de contención enorme para pasar con tanta rapidez de un estado a otro—. Ni te imaginas lo que me jode saber que estás convencida de que me he acostado con otra. Pero lo que más me molesta es que ni siquiera me dejes defenderme.

Levanto la barbilla todo lo que puedo.

—No creo que haga falta volver a contestar a eso, ¿verdad?

—Me voy —dice después de que permanezcamos un rato en silencio—. Sabes dónde encontrarme si quieres que aclaremos este equívoco.

Le cedo el paso hasta la puerta. Cuando ya tiene medio cuerpo fuera, se gira y me dice:

—Si llego a saber que malinterpretarías tanto esa foto, le hubiese pedido a Sheyla que no la borrara. Solo lo hice para evitarnos todo este lío, aunque parece que lo único que he conseguido ha sido embrollar más todo el asunto.

Sigo con los brazos cruzados y la barbilla bien alta. Algunas lágrimas empiezan a asomar a mis ojos, aunque me niego a derramarlas delante de él.

No dice nada más, sale y cierra la puerta con delicadeza. Tengo que apoyarme en el mueble de la entrada para no derrumbarme en el suelo. Mi pecho convulsiona con la fuerza de mi llanto.

¿Que esta vez se me iba a pasar rápido? ¡Seguro que sí!

TREINTA Y SEIS

Mi madre se ha levantado y ha acudido a mi lado en cuanto ha oído como se cerraba la puerta.

—Laura, se trataba de que lo perdonaras, no de que lo echaras —me habla con dulzura mientras me acaricia la espalda.

La miro de lado y ella interpreta enseguida lo que quiero decirle.

—Te estás equivocando, Laurita. Solo espero que mañana, cuando te hayas tranquilizado un poco, veas las cosas de otra manera. No se puede ser tan intransigente, nena.

—¿Tú también, mamá? ¿De verdad? ¿Por qué os ponéis todos de su lado?

—Laura, ese hombre ha venido desde Escocia, cuando allí tiene un lío de dos pares de cataplínes —sí, ya os he dicho que mi madre es muy fina para según qué—, solo para aclarar las cosas contigo.

—Eso es lo que os ha hecho creer a todos. Yo no me lo creo, mamá, no después de lo de Jose.

—¡Ay, hija mía! Pensaba que eso ya era agua pasada. Estaba muy contenta de oírte repetir que no porque él hubiera sido malo para ti todos los hombres del mundo fueran a serlo.

—Y pensaba así, mamá. Me lo creía a pies juntillas hasta hace solo unas horas. ¡Es que vosotros no habéis visto la dichosa foto!

—Sí la he visto.

La sorpresa me hace dar un brinco tan grande que incluso me separo de los amorosos brazos de mi madre.

—¿Cómo?

—¿Crees que cuando Myles me ha llamado, poco antes de que llegaras a casa, le he cogido el teléfono?

—¿Te ha llamado?

—Sí, hija, esto ha parecido una central telefónica toda la tarde —dice meneando la cabeza de esa manera en que solo saben hacerlo las personas de su edad—. Lo que sucede es que tú estabas tan sumida en tu pena que no te has enterado de nada. Creo que he hablado más por ese dichoso trasto hoy que en mis setenta y tres años de vida. Vamos a la cocina. Te prepararé una tila y te contaré todo lo que hemos maquinado los que más te queremos sin que tú te dieras ni cuenta.

—Ya me parecía a mí que esto de que Myles se presentara en casa a horas tan intempestivas no era más que un complot.

—¿Qué complot ni que niño muerto? Te conozco más que tú a ti misma. Normalmente eres una persona razonable y con la cabeza bien amueblada, pero cuando te cierras, como has hecho hoy, no hay quien hable contigo.

Voy a protestar, pero mi madre me lo impide. Me deja con la boca abierta y la palabra en la punta de la lengua.

—Ya sé que tienes motivos más que suficientes para desconfiar, cielo, aunque hoy no sea el caso.

Me siento a la mesa de la cocina y entierro la cara entre mis brazos. Que mi madre defienda a Myles a capa y espada empieza a hacer mella en mi ánimo. ¿Debería haberlo escuchado cuando estaba aquí? No, estoy segura de que esta vez todos van por la autopista en dirección contraria menos yo. No puedo transigir. No puedo dejar que me engañen de nuevo. No quiero.

—Dime cómo ha sido que has visto esa foto.

—Myles me la ha mandado al WhatsApp ese.

—¿Por qué ha hecho eso?

—Creo que también te la ha mandado a ti, y a media Palma, de paso, para que alguien te la hiciera llegar, cuando ha visto que no leías sus mensajes.

Me levanto para ir a recoger el móvil; lo he apagado al salir de mi piso porque no paraba de sonar y no quería escuchar a nadie. Lo pongo en marcha y tengo como veinte llamadas perdidas y trescientos mensajes. *Madredelamorhermoso*, la mitad son de Myles.

Me dirijo a la cocina con una mano en la cabeza. Mis dudas cada vez son más grandes, y no quiero tener la esperanza de que todo esto no sea más que un malentendido, como ha repetido Myles tantas veces.

Myles: *Laura, Félix me acaba de decir que has visto la foto.*

Myles: *Por favor, coge el teléfono, tenemos que hablar.*

Myles: *Breac-seunach, todo esto no es más que un equívoco. Por favor, coge el teléfono.*

Myles: *Esa foto es antigua, no es de esta semana. Laura, en serio, me estoy poniendo muy nervioso. Coge el teléfono.*

Myles: *Tu teléfono dice que está apagado o fuera de cobertura. Veo que no estás leyendo mis mensajes.*

Myles: *No sé qué hacer, Laura. Entiendo que te hayas asustado con la publicación, pero ni siquiera ha sido Sheyla quien la ha hecho. He hablado con ella. Ahora me gustaría poder hablar contigo para aclararlo*

todo, por favor, breac-seunach.

Así otros veinte mensajes al menos, si no iguales, muy parecidos.

Myles: *Te paso la foto para que la mires con detenimiento.*

El siguiente mensaje contiene la maldita fotografía. Ni siquiera puedo entretenerme en mirarla: tenerla de nuevo ante mí duele demasiado. Dejo el teléfono de lado, pero mi madre me señala la pantalla.

—Joder, mamá, ¿te has convertido en la defensora número uno de Myles? Si hace menos de un mes lo odiabas tanto como yo. ¿Qué ha pasado?

—Pues ha pasado que al que yo odiaba era al chaval imberbe de dieciséis años que dejó a mi niña por otra chica que seguramente le puso las cosas más fáciles. Es típico de los hombres, y estoy segura de que ya entonces, en cuanto consiguió lo que tú no le dabas, se arrepintió de haberlo hecho.

No me puedo creer lo que me está contando.

—¿Te han abducido los extraterrestres o algo, mamá?

Se ríe.

—No, nena, pero supongo que he evolucionado. He tenido que ver como vivías con Jose sin casarte con él y asumir que mis ideas, aunque no iban desencaminadas, estaban algo pasadas de moda.

Los ojos se me salen de las órbitas.

—No me arrepiento de nada de todo lo que te he enseñado —añade con seriedad—. De hecho sigo pensando que cada cosa tiene su edad. Una niña de dieciséis años no está preparada para tener relaciones sexuales, por mucho que ella y todas sus amigas crean que sí. Si volviéramos atrás en el tiempo, te aconsejaría lo mismo que te aconsejé entonces.

Me acerco a ella y le doy un abrazo.

—Lo sé, mamá, y me alegro mucho, aunque pienses que no.

—Volviendo a Myles... —se interrumpe al ver la cara que pongo—.

Me vas a escuchar aunque no quieras, Laura. Como te decía, creo que ese hombre esta noche se ha ganado al menos que lo escuches. Si alguien te quiere tanto como para revolver cielo y tierra de la manera en que él lo ha hecho, no puede haberte engañado, hija. ¿Acaso Jose hizo algo como lo que ha hecho Myles alguna de las veces que lo acusaste de lo mismo?

Niego con la cabeza. Las lágrimas vuelven a desbordar mis párpados.

—¿Entonces, Laurita?

—Ya no puedo confiar en los hombres, mamá, he perdido esa capacidad.

—¡Tonterías! —dice mi madre, dando un golpe tan fuerte en la mesa de

la cocina que casi derrama la tisana que nos ha preparado—. Si ese gilipollas de Jose te destrozó la confianza, no tienes que hacérselo pagar a Myles.

—¡Mamá! Has dicho «gilipollas». —Me pongo la mano delante de la boca para disimular mi sonrisa.

—Gilipollas, obtuso, imbécil, infiel y tocacojones. Todo eso era ese hombre, ¡no sé qué coño veías en él!

¿Recordáis que os he dicho que mi madre tiende a ayudarte a machacar al contrincante cuando lo criticas? Vale, pues lo hace, pero nunca en la vida la había oído pronunciar ni un solo insulto; tiene formas mucho más sutiles de darte su apoyo incondicional. Si ha proferido esa ristra de improperios es porque lo odia de verdad.

Me río otra vez y la abrazo. ¡No os podéis imaginar cuánto la quiero!

—Ahora, basta ya de tonterías: lee todos esos mensajes que te ha dejado Myles y si, cuando lo hayas hecho, todavía no estás convencida de que no miente, vienes y lees los que me ha mandado a mí. ¡Que si yo tuviera cuarenta años menos, anda que iba a dejar escapar a un bombón como ese!

—¡Te he oído! —se escucha a mi padre desde la habitación.

Mi madre me guiña un ojo con cara de pilla y se pone en pie. Mi carcajada retruena por todo el piso. Vaya dos intrigantes que tengo metidos en casa.

Me he quedado sola en la cocina; vuelvo a echar un vistazo al móvil. Antes de enfrentarme a la foto, leo los mensajes que la siguen.

Myles: *El que sale en ella es Myles McKenna, sí, pero fue tomada hace más de ocho años.*

Myles: *Sheyla y yo aún estábamos en la universidad. Si te fijas bien, verás que ya no soy el mismo. Ni por dentro ni por fuera.*

Pongo la imagen en la pantalla y observo los dichosos detalles casi con lupa: Myles no lleva la barbita corta que luce últimamente, ¿cómo no me había fijado en eso? Y a Sheyla, aunque no la conozco, se la ve espléndida, pero es cierto que tiene cara de niña. Si entro en temas técnicos, de los que no entiendo demasiado, se intuye que la imagen no es tan nítida ni tiene los colores tan vivos como las que haría un teléfono actual. «Eso es una tontería, pudo haber sido tomada ayer mismo con un móvil antiguo». Mi otro yo acaba de lanzarme un gancho de derecha en toda la confianza que he amasado durante los últimos minutos.

Suelto el teléfono con rabia en la mesa y vuelvo a esconder la cabeza

entre los brazos, bufando de frustración.

«Laura —me digo—, no puedes seguir así. Tienes que llegar hasta el fondo de todo esto y decidir a quién escuchas: si a los recelos que llevas incubando tanto tiempo sin darte cuenta, o a todos los demás».

Sigo apoyada en la mesa cuando un nuevo mensaje reverbera en el silencio de la cocina.

Myles: *Hola. Siento haberme enfadado tanto antes.*

No sé qué contestarle. Aún no sé si quiero hablar con él o si me creo lo de la foto siquiera.

Yo: *Y yo siento no haber querido escucharte.*

Hala, ya lo he dicho. No tendría que haberme rendido tan rápido, ¿no os parece?

Myles: *¿Me crees ahora?*

Yo: *No lo sé, Myles. Si ni tú ni Sheyla habéis colgado esa foto, ¿quién ha sido?*

Myles: *No has leído todos mis mensajes.*

Yo: *Había cerca de ciento cincuenta, no me ha dado tiempo.*

Myles: *¿Solamente? Creía haberte mandado muchos más.*

Soplo por la nariz. McKenna no consigue arrancarme una sonrisa, pero casi.

Myles: *¿Tú puedes dormir? Porque yo, no.*

Yo: *No, yo tampoco puedo.*

Myles: *¿Me dejas ir ahora para que te lo explique?*

Yo: *Son casi las tres de la mañana. ¿No crees que deberíamos dejar descansar a mis padres?*

Myles: *Pues te recojo y vamos a tu piso.*

Yo: *Merce estará durmiendo, la vamos a matar del susto.*

Myles: *Merce no está en el piso.*

Yo: *¿Cómo lo sabes?*

Myles: *Está con JC y conmigo en casa de Félix y Claudia.*

Yo: *Vaya pandilla de amigos que me he buscado.*

En ese momento entra un mensaje de Merce y otro de Claudia en nuestro chat.

Merce: *¿Quieres hacer el favor de quedar con él para que nos podamos ir todos a la cama, por Dios?*

Claudia: *El pobre Myles está hecho polvo, Laurita, dale la oportunidad de explicarse.*

Claudia: *Y tampoco estaría nada mal que tú le contases a él el porqué de tu reacción desproporcionada.*

Yo: *¿Desproporcionada? ¿Para qué cojones quiero enemigos teniéndoos a vosotras dos?*

Merce: *Como dice Paulo Coelho: «Sea lo que sea que decidas hacer, asegúrate de que te hace feliz».*

Maldita la hora en que la hice partícipe de mi historia con las frases.

Myles: *¿Voy a por ti?*

Ya no sé qué excusa ponerle, y al fin y al cabo, si no duerme nadie por mi culpa...

Yo: *De acuerdo. Me visto, aviso a mis padres y bajo.*

TREINTA Y SIETE

No salgo del portal hasta que lo veo aparecer. Myles baja del coche y se acerca a mí. No sé si debo besarlo o no, y la indecisión hace que, cuando acorta la distancia entre nuestros labios, le ofrezca la mejilla.

Subimos al coche en silencio; no hablamos ni durante el trayecto hasta mi casa, ni mientras subimos en el ascensor, y ni siquiera cuando me dirijo hacia el comedor, en lugar de hacia mi habitación, pronunciamos una palabra.

Me siento a la mesa en un intento por situarme lo más lejos posible de Myles. Quiero que la distancia que dejo entre nosotros le demuestre que aún no estoy preparada para perdonarlo.

Myles agacha la cabeza abatido.

—No sé por dónde empezar, Laura, hay algunas cosas que no te he contado. —Mis ojos, que hasta ese momento habían estado fijos en la madera, vuelan hacia los suyos. Hago un gesto interrogante con toda la cabeza—. Pensaba que no eran importantes para nuestra relación; al fin y al cabo, Sheyla se había quedado en Escocia y, de alguna manera, la historia que tuvimos ella y yo, también.

Bueno, tengo que admitir que no es el único que ha obviado información. Yo también he dejado algunos flecos en lo que le he contado acerca de Jose.

—El día que me dijo que se le había acabado el amor —prosigue—, yo ya sabía que lo nuestro llevaba muerto un tiempo. Si me apuras, lo sabía incluso antes de nuestra boda. Solo me casé por ver si la relación mejoraba y volvía a ser la del principio. Sheyla pensó lo mismo: estábamos tan acostumbrados a estar el uno junto al otro que casarnos era el siguiente paso lógico; eso o dejarlo, pero ninguno de los dos se atrevió a poner fin a lo que teníamos.

—Entiendo, pero eso qué tiene que ver...

—Espera, todo a su tiempo, ¿vale?

Frunzo los labios en señal de rendición.

—Ella se había enamorado de alguien de su trabajo. Un chico que desde el principio resultó ser muy celoso. Me tenía tanta manía por ser el ex de Sheyla que no podía ni verme. Si yo me acercaba por cualquier razón a ella, aunque fuera para ir a recoger algunos cedés que se habían quedado en el piso que compartimos, surgían represalias para Sheyla, incluso a veces para

mí. Ese energúmeno llegó a pincharme las ruedas del coche en varias ocasiones.

Sé lo que es cogerle manía a las mujeres que hablan con tu pareja debido a los celos, pero nunca he llegado a hacerle nada a ninguna. Fuera de mis pensamientos, claro.

—Y ese chico, ¿tenía motivos para estar celoso?

—No, ¡qué va! Ya te lo he dicho: Sheyla y yo nos teníamos cariño, pero ya no nos amábamos.

—¿Qué pasó?

—Con el tiempo ella se hartó de sus acusaciones y el enamoramiento que creía haber sentido se le pasó rápido. Lo echó de su casa; a las pocas semanas conoció a otro y se olvidó de él.

—Jolines con Sheyla.

Myles se encoge de hombros.

—Es una de esas personas que no saben estar solas. No creo que haya pasado más de quince días sin pareja desde que tenía catorce años. Aunque yo fuera el que le durara más tiempo.

—Sigue.

Myles sonríe un poco, solo un poquito, pero me contagia la sonrisa de inmediato.

—¿Qué mandona eres!

—¡Ni que lo descubrieras ahora! Sigue.

McKenna resopla, pero obedece sonriendo.

—Cuando Erik se enteró de que yo estaba en Aberdeen, *hackeó* la cuenta de Sheyla y publicó esa foto. Lo único que quería era hacerle daño a ella, dice. Kevin, el novio de mi ex, le ha hecho una visita cuando yo ya había subido al avión. Lo ha grabado disculpándose. Es un poco bruto, por decirlo de manera fina. ¿Quieres ver el vídeo?

—No hace falta. Si ese Kevin es tan bruto como dices, le habrá hecho confesar lo que haya querido.

—¿Sigues sin creértelo?

—No lo sé, Myles.

—¿Por qué?

—¿Por qué has borrado esa foto en vez de llamarme y explicarme todo esto?

—A ver, Laura, ¿no sabes cómo funciona Instagram?

—Sé lo básico, ¿qué más necesito saber?

—Yo no habría podido borrar la foto aunque hubiera querido. Solo puede borrar una publicación quien la ha hecho. La borró Sheyla en cuanto la vio.

—¿Cómo? Acabas de decir que le habían *hackeado* la cuenta.

—El pobre diablo es tan imbécil que ni siquiera cambió la contraseña. En serio que no sé ni cómo logró *hackearla*. Me imagino que conocía el pin de cuando estaba con Sheyla.

Lo que dice tiene sentido, pero no puedo creerlo. Algo dentro de mí se ha roto y no sé si tendrá arreglo algún día.

—Myles, todo lo que me estás contando parece sacado de una película.

—Pues te juro que es la verdad, Laura. Puedes llamar a Sheyla y hablar con ella. Te contará lo mismo que yo. No, ella está mucho más enfadada porque su cuenta la visita mucha más gente que la mía y no ha parado de recibir llamadas durante todo el día preguntándole por la dichosa foto y para saber si de verdad volvíamos a estar juntos. —Suspira con fuerza—. Aunque con su pareja ha tenido más suerte que yo; Kevin no se ha separado de ella desde que llegué a Aberdeen porque ambos tienen vacaciones.

Myles se cambia de silla y se sienta en la que está más cerca de mí. Coge mis manos entre las suyas.

—Te dije que te amo desde que era un crío, Laura, y es cierto. ¿Por qué no me crees?

Miro nuestras manos unidas y me echo a llorar. Myles se acerca más y me abraza con fuerza. Quizás si logro hacerle entender que me he roto por dentro, verá qué es lo que me impide seguir con esta relación.

—Yo tampoco te he contado todo lo que sucedió con Jose. —Mi voz sale amortiguada porque tengo la cara apoyada en su pecho—. No has sido el único que ha ocultado información al otro. No sé si hubieras podido comportarte de manera diferente a como lo has hecho si hubieras sabido todo lo que te explicaré ahora, pero dudo que eso hubiera cambiado nada. Creía que mi pasado estaba olvidado, y ha resultado que solo estaba agazapado para salir y herirme cuando estuviera despistada.

—Yo no soy Jose, Laura. Lo que sea, lo arreglaremos juntos.

Todavía con lágrimas en los ojos, le digo:

—Estoy muy rota, Myles, no sé si tengo arreglo.

—Lo que estás ahora es muy cansada. ¿Por qué no nos vamos a dormir y lo que sea que quieras contarme lo haces mañana?

—No quiero esperar ni un minuto más. Necesito contarte lo que pasó

para que entiendas mis miedos.

Inspiro hondo. Su olor impregna mis fosas nasales y activa los receptores neuronales responsables del bienestar. Me relajo al instante. Lo necesito, porque lo que voy a confesarle no es nada agradable.

—Jose y yo llevábamos un tiempo intentando quedarnos embarazados.

—Querrás decir que tú intentabas quedarte embarazada.

—Iba a ser un hijo de los dos, por tanto el embarazo también, ¿no te parece?

—Como tú digas, *breac-seunach*. Pero creo que estás usando mal el vocablo.

Niego con la cabeza, que aún tengo oculta en su pecho, y una risita suya lo hace vibrar. Me separo un poco de él para poder mirarlo a los ojos, pero no me deja alejarme demasiado.

—Acudimos al hospital para seguir un tratamiento de fertilidad. Él aseguraba que la culpa de que no pudiéramos concebir no era suya, y yo siempre me lo tomé a cachondeo, pero las pruebas que nos hicieron demostraron que, en efecto, mis ovulaciones eran muy escasas. Es verdad que muchos meses ni siquiera tengo la menstruación. La primera vez que fui al ginecólogo por eso no tendría más de dieciocho años, y me dijo que seguramente cuando tuviera veinticinco se me habría regulado el periodo, pero aquí estoy, con treinta, y sigo igual.

—Creo que estás desviándote un poco del tema.

—Yo no te he interrumpido a ti, ¿no?

—No.

—Pues calla y escucha.

Myles se ríe de nuevo, pero yo no puedo; lo que le estoy contando todavía es doloroso para mí.

—Me callo, me callo, pero no me pegues. —Intenta hacer el payaso para quitar hierro al asunto, lo sé, así que me obligo a relajarme. Meto la nariz en su cuello para impregnarme de su aroma y Myles introduce sus dedos entre mi pelo. Se mueve para colocar sus labios cerca de los míos y casi consigue besarme. Lo esquivo en el último segundo.

—Espera a que acabe lo que tengo que contarte y después decidirás si aún quieres besarme.

—Siempre querré besarte, *breac-seunach*, eso no lo dudes ni por un instante.

Lo miro y me muero de ganas por unir mis labios a los suyos. Por un

momento la bruma se ha disipado en mi cerebro y me he visto a mí misma dentro de unos años, feliz junto a él, pero enseguida el monstruo del temor lo ha cubierto todo de nuevo de esa niebla espesa y me ha dejado sola otra vez. Me refugio en sus brazos para poder seguir hablando.

TREINTA Y OCHO

—Cuando le pregunté a Jose cómo había sabido él que no era estéril, si en teoría nos habíamos estrenado juntos, empezó con evasivas. Yo nunca había sido celosa, a pesar de que, aparentemente, tenía motivos; Jose siempre estaba rodeado de mujeres, no tenía demasiados amigos hombres. ¿Te he dicho que es enfermero? Lo conocí porque trabajó una temporada con Claudia, al poco de que ella llegara al hospital.

—¿Por eso Claudia decía antes que si no hubiese sido por ella nunca lo habrías pasado tan mal?

—¡Tonterías tuyas! ¿Había bebido? Porque eso solo lo dice cuando va medio pedo, aunque me temo que se lo cree más de lo que me deja entrever.

—No, no habían tomado nada de alcohol, al menos desde que yo he llegado.

—Tendré que hablar con ella seriamente.

—Ya —dice Myles taciturno—. Pero ahora preferiría que acabaras de contarme lo otro.

—Bueno, eso, que en teoría ni Jose ni yo nos habíamos acostado con nadie antes de estar juntos. Empezamos a salir muy jóvenes, ¿sabes? No teníamos más de veintiuno ninguno de los dos.

—No me creo que llegarais vírgenes a los veintiuno.

—Pues sí. No todos somos tan lanzados como la tetona y tú.

Myles se echa a reír.

—¿La tetona? ¿Te refieres a Ana?

—*Sep.* —Me arrepiento enseguida de haberla llamado así delante de él, pero ya está hecho—. Déjame continuar, ¿vale? Si sigues interrumpiendo, no voy a acabar nunca.

El ambiente entre nosotros se ha distendido mucho, pero yo no estaré tranquila del todo hasta que no haya conseguido sacarme todo esto de encima.

—Vale, me callo.

Le doy un besito en la mano, que todavía sujeta la mía, como señal de acercamiento. Myles no se mueve, pero puedo ver alivio en sus pupilas.

—Su afirmación de que él no era estéril empezó a rondar por mi cabeza como un torbellino. Salieron a flote otros comentarios hechos, aparentemente, en forma de broma; siempre sobre mujeres y siempre sobre lo satisfechas que las dejaba.

—Menudo gilipollas.

Alzo una ceja y Myles cierra la boca de golpe.

—Yo seguía el tratamiento hormonal que me habían prescrito en la clínica y sabía que entre los efectos secundarios podían darse cambios de humor, así que intentaba autoconvencerme de que Jose no me era infiel, que lo que sucedía era que yo estaba alterada por la medicación.

»Mientras, él dejó de acompañarme a las visitas a la clínica de fertilidad, salía de marcha con sus amigas cada vez más a menudo y llegaba a casa tardísimo. Me sentía sola, así que casi siempre estaba en el piso con las chicas. Ya puedes imaginar que Merce estaba enfadadísima. No paraba de repetirme que era muy joven para tener hijos, que ya tendría tiempo más adelante; y, por supuesto, no entendía que me sometiera a semejante tratamiento sin exigirle a Jose que permaneciera a mi lado.

Myles me aparta un poco de él y me mira a los ojos.

—Yo tampoco lo entiendo, ¿no se supone que los dos queráis ser padres?

Me encojo de hombros y escondo, una vez más, la cara en su pecho.

—Claudia tampoco estaba contenta. Intentó hablar con él varias veces, pero Jose empezó a ser muy desagradable con ella. «¿Por qué no os metéis Merce y tú en vuestros asuntos? Laura y yo sabemos lo que queremos, y dos cotillas como vosotras, que no hacen más que entrometerse en los asuntos de los demás, molestan más que ayudan».

Oigo como Myles chasquea la lengua contra el paladar, he notado que se ponía tenso; estoy segura de que si tuviera a Jose delante, le pegaría un buen puñetazo en la nariz.

—Yo tenía el corazón partido entre lo que decían mis amigas y lo que decía Jose. Mi gran suerte fue no prescindir de Claudia y de Merce; si lo hubiera hecho, como él pretendía, quizás aún estaría metida en esa relación de mierda...

Me he puesto a llorar sin poder evitarlo. Estoy cansada, más de lo que creía, pero cada palabra que pronuncio me libera un poco más del peso que llevo en el corazón. No quiero parar ahora.

Myles me acaricia el pelo con ternura.

—Vamos a dormir, Laura, ¡insisto! Mañana terminas, ¿vale?

—No, de ninguna de las maneras. Tengo que contártelo hoy; no creo que mañana tenga la fuerza suficiente para recordarlo todo de nuevo.

—Está bien —dice, con renuencia, al cabo de unos segundos—. Pero

deja que vaya a preparar un vaso de leche con cacao o que busque algo de chocolate en la cocina. A Harry Potter siempre lo reaniman con chocolate después del ataque de los *dementores*, ¿no?

Entre mis lágrimas brota una risa. McKenna es único, siempre consigue sacar lo mejor de mí. Es justo lo contrario a Jose.

Una luz brillante deslumbra la parte racional de mi cerebro. Es una revelación en toda regla. Estoy segurísima. Myles es mi luz, el faro al que llegar. ¿Cómo he podido estar tan ciega?

Cada vez que Claudia me repetía que él no era Jose, yo creía que lo único que intentaba decirme era que Myles nunca me pondría los cuernos. Ahora entiendo el significado de sus palabras. McKenna llena de luz todo lo que Jose oscureció. No se parecen en nada; Myles nunca actuaría como lo hizo el otro.

—Espera, no quiero quedarme aquí, sola. Voy contigo a la cocina.

Me ofrece una mano para ayudar a levantarme y yo me cuelgo de ella y doy un saltito. Lo que me queda por revelar, a pesar de incluir algunos de los momentos más tristes de mi vida, ya no me parece tan fatigoso. Siento mi carga mucho más liviana porque él me entiende y está a mi lado.

Continúo con mi narración mientras Myles rebusca entre los cacharros de la cocina.

—El día que fuimos a la clínica para la punción...

—¿Qué punción?

—La extracción de los óvulos —le explico—, él no hacía más que resoplar y poner cara de asco; y yo, que ya estaba bastante alterada como para soportar sus tonterías, le pedí a Claudia que se quedara conmigo. Jose no la dejó entrar en la habitación, la echó con cajas destempladas, pero ella no se alejó del todo: dejó encargado a sus compañeras que la llamaran si me quedaba sola o si había problemas. Todo fue mal desde el principio. Estuve a punto de marcharme del hospital, pero pensé en el niño que tendríamos y creí que eso lo arreglaría todo. Cuando desperté, Jose no estaba. Se aburría de esperar y se había ido con una amiga suya a tomar un café. Menos mal que Claudia había venido en cuanto la llamaron sus compañeras, porque si no, creo que me hubiese muerto de la pena ahí mismo.

—¿Te dejó sola? El muy... —Myles tiene los puños apretados y se ha puesto rojo por la rabia. En menos de un segundo relaja su postura y se arrodilla frente a mí—. ¿Por eso te enfadaste conmigo al despertar de la operación? Cuánto lo siento, Laura. No tenía que haberme marchado. Si lo

hubiera sabido...

—¡Chis! —Mi dedo índice vuela a su boca para hacerlo callar—. Se te había hundido media casa, no compares.

—Pero a ti te sentó mal, ahora entiendo por qué.

—Aún estaba molesta por la anestesia y los calmantes esos de caballo que me dieron. Tú no tienes la culpa de mis rabieta. Es verdad que habría preferido que estuvieras ahí, pero te quedaste todo el tiempo que te fue posible. No te compares con él, por favor.

Apoya la cabeza en mi regazo y yo enredo las manos en su pelo.

—Ese día, cuando llegué a casa y la encontré vacía, le declaré la guerra a Jose. Empecé a reprocharle cada una de sus salidas; estaba celosa de todas sus amigas, le espiaba el teléfono y, mientras, él juraba que no había otras, que solo me quería a mí. Durante unos días le creía; pasábamos algunas jornadas tranquilas, hasta que volvía a las andadas: a llegar tarde a casa, a quedar con alguna compañera suya en vez de salir conmigo a cenar... —Sonríó levemente—. Una vez, que yo estaba especialmente sensible, le pedí que permaneciera a mi lado, que no saliera; me contestó que ya había quedado con Carmen, una de sus mayores compinches, y con sus primas, que habían venido de Valencia, para ir a la playa y que no podía dejarlas tiradas.

—El otro día, cuando nos encontramos con ellos en la calle, me pareció que no conocías a la tal Carmen —dice con la cabeza aún sobre mis piernas.

—La conocí en ese momento, al mismo tiempo que tú.

—Pero si era tan amiga de Jose...

—Una vez le pedí que me dejara ir a la playa con ellos y me dijo: «Tú no quieres venir a la playa, si ni siquiera te gusta. Lo único que quieres es controlar lo que yo hago con mis amigas».

Myles levanta la cabeza y la sacude. Sus ojos, llenos de tristeza, están fijos en los míos y me dan la energía para terminar.

—A las tres semanas de la implantación, empecé a sangrar. Habíamos perdido al niño; tuvieron que hacerme un legrado y pasé otro día en la clínica. Esta vez Jose estuvo todo el tiempo a mi lado; nos fuimos a casa juntos y pasamos la noche muy pegados en la cama. Yo creí que lo había recuperado, porque las semanas que siguieron a esa fueron idílicas. Como una luna de miel. Hasta que le dije que quería volver a intentar quedarme embarazada. —Paro de hablar para afrontar el tramo final de mi historia—. ¿Sabes cuál fue su contestación? «Bueno, creo que he cambiado de opinión, ahora no quiero tener

un hijo. Estamos muy bien así: yo tengo a mi grupo de amigos y me divierto mucho, no quiero perderme todo eso».

—¿Fue cuando decidiste dejarlo?

—Casi. Recuerda que te he dicho que estábamos muy bien. A los pocos días las cosas volvieron a estropearse. Claudia y Merce no paraban de decirme que él no era bueno para mí, que no me veían feliz a pesar de que yo repetía incansablemente que sí lo era. Jose empezó a salir a diario, no paraba en casa, y yo me puse, de nuevo, loca de celos. Hasta que una noche, harta de esperar a que regresara a una hora decente, me puse a hacer las maletas a las tres de la mañana. Cuando llegó a las seis, yo estaba en la puerta. Le dije que me marchaba, que si lo pensaba con el corazón, lo quería mucho, pero que la cabeza ya me había dejado claro que no podíamos seguir juntos. Se enfadó y se puso de morros, pero no hizo nada para detenerme. Me vine aquí y las chicas me acogieron con los brazos abiertos.

—¿Y él?

—Al poco tiempo Claudia se enteró de que Carmen se había ido a vivir con él y que esperaban un hijo.

—El que conocimos también el otro día.

—Sí, ese mismo. ¿Sabes qué fue lo peor? Me enteré de que Carmen había tenido un aborto incluso antes de que yo empezara con el tratamiento de fertilidad. Por eso Jose estaba tan seguro de que él no era estéril. Había dejado embarazada a la «otra». Estuvo a punto de cortar conmigo entonces, pero cuando ella perdió al niño, pensó que podía seguir con las dos.

—Ese tío no te merecía, Laura, ni merece que sigas pasándolo mal por su culpa. Tienes que abrirte al futuro y dejar el pasado atrás, que es a donde pertenece.

Estoy tan emocionada que no sé darle forma a las palabras que tengo en la cabeza. Sé que tiene razón y, de una forma muy clara, sé que mi futuro es él.

Myles se levanta del suelo y me pone a mí en pie. Me lleva con él hasta la encimera, donde ha dispuesto dos vasos con leche; sin soltarme, les añade a cada uno tres cucharadas colmadas de cacao.

—Bebe. Después te sentirás mejor.

Obedezco y, mientras la leche tibia se desliza por mi garganta, una sensación de paz y bienestar se adueña de mi cuerpo. No sé si será por el chocolate o porque McKenna está a mi lado y no pierde el contacto conmigo en ningún momento, pero me siento mejor que en mucho tiempo. Incluso mejor

que cuando nos dimos nuestro segundo primer beso.

Dejo la taza sobre la encimera y Myles hace lo propio. Después tira de mí hacia mi habitación. Se tumba en la cama, de lado, y me pide que me tumbe frente a él.

Estamos tan cerca el uno del otro que puedo apoyar mi frente en la de Myles.

—Laura, te prometo aquí y ahora que nunca nunca voy a mentirte. Puede que lo nuestro no funcione, pero jamás te seré infiel o desleal. No pretendo que pienses que soy mejor hombre que nadie. Tengo mis altibajos y mis defectos. Pero de lo que puedo presumir es de que nunca actúo a espaldas de nadie. Si no te expliqué todos los pormenores de mi relación con Sheyla fue solo porque creía que no eran importantes. Solo voy a pedirte una cosa: me gustaría que tú hicieras exactamente lo mismo.

—Myles, ¿has escuchado una sola palabra de todo lo que te he contado? Algo en mi cabeza dejó de funcionar después de pasar tanto tiempo desconfiando. No sé si seré capaz de creer en la palabra de ningún otro hombre, nunca. ¿No has visto cómo me he puesto hoy? Ni siquiera he dejado que me justificaras nada. He perdido la razón. ¿Quieres pasar por el calvario de estar al lado de una mujer celosa?

—No es cierto que no creas en la palabra de un hombre: hoy, después de escucharme, has comprobado que no te mentía y has confiado en mí de nuevo. Además, no te daré la oportunidad de ponerte celosa. Nunca me separaré de tu lado.

—¿Y cuando haya un malentendido? Te he contado lo que Jose me hizo a mí, pero no sabes lo maleducada que yo llegué a ser con él. Nos perdimos el respeto mutuamente y nos dijimos verdaderas burradas.

—No habrá más equívocos, antes de que surjan hablaremos las cosas. No te has mostrado celosa conmigo durante el mes que hemos estado juntos.

—A eso me refiero, Myles. ¿Qué harás para aplacar mi furia cuando ya se haya desatado? ¿No has visto que no atiendo a razones?

—A mí tampoco me habría hecho ninguna gracia encontrarme una foto de Jose y tú en la cama en la que él clamara al viento que estaba loco por ti y que esperaba recuperarte. ¿No lo has pensado? Porque yo sí. Lo único en lo que podía pensar cuando estaba en el avión era en qué habría hecho yo de estar en tu situación, y todas mis conclusiones apuntaban a que hubiese actuado exactamente igual que tú lo hiciste. Por eso te pido que, ante cualquier problema, lo primero que hagamos sea hablarlo.

Me quedo mirándolo durante mucho rato. Myles tiene razón, no puedo saber lo que pasará mañana ni dentro de un año. Quizás sea yo quien se enamore de otro y no él; o quizás vivamos cincuenta años juntos y locos el uno por el otro, como lo han hecho mis padres. Lo único que tengo claro ahora es que debería confiar en él. Aunque para ello sea necesario un salto de fe. No puedo pasarme la vida temiendo que las cosas se repitan, escondiendo la cabeza en la arena por el miedo. Esa no sería una vida digna de ser vivida.

A tientas, le agarro ambas manos.

—Myles, te prometo aquí y ahora que confiaré en ti. Que cuando algo me haga dudar, te lo diré y escucharé tus argumentos. Yo también tengo mis momentos de gloria y de miseria; espero que mientras los compartas contigo sean más llevaderos. No volveré a levantar barreras entre nosotros. Solo espero que tú hagas lo mismo conmigo.

Myles apenas me deja terminar de hablar. Me besa con tanta pasión que creo que moriré de placer.

Cuando dejamos de besarnos, la risa invade mi cuarto. Nuestra felicidad es palpable. No pensé que contarle mi pasado a Myles me ayudara de la forma en que lo ha hecho. Amo a este hombre. Aquí y ahora. Lo que suceda mañana está por ver. Solo espero que haya muchos mañanas, todos los mañanas de mi vida.

Me estoy quedando medio dormida cuando se me ocurre preguntarle algo.

—Si vamos a ser tan sinceros el uno con el otro, tendrás que decirme qué significa *breac-seunach*.

—Creí que a estas alturas ya lo habrías buscado en Google.

—Yo no, pero Claudia sí lo hizo. —Bostezo—. Pero o bien no lo supo deletrear, o bien nadie más que tú en el mundo conoce esa palabra en gaélico.

Su risa somnolienta retumba en mi pecho.

—Supongo que no habrá una traducción literal para eso. El gaélico escocés es poco conocido hasta para los escoceses, pero mi abuela llamaba así a una prima de mi padre que tenía casi tantas pecas como tú.

—¿Quieres decir que todo este tiempo has hecho que el vello de mi cuerpo se erizara usando la misma palabra que utilizaban los chicos crueles del colegio para insultarme? —le pregunto, queriendo parecer indignada, pero no lo estoy, en absoluto. Me encanta que McKenna me llame «pecosa» de forma tan sutil.

—Para mí no es un insulto. Cuando le pregunté a mi abuela por qué

llamaba así a su sobrina, me explicó el significado de la palabra, pero no usó un término en inglés, sino que me lo describió de una forma muy poética. Enseguida me viniste tú a la cabeza y tu mosaico de pecas, y desde entonces apenas has sido Laura Melis en mi cabeza.

Esta vez soy yo quien lo besa hasta perder el aliento, aunque no tengo el cuerpo para saraos: son cerca de las seis de la mañana y ninguno de los dos ha pegado ojo en toda la noche. Cierro los párpados y empiezo a caer en un sopor muy agradable.

—Te quiero, Myles McKenna Serra, más de lo que hubiera pensado que se podía amar a alguien.

—Y yo a ti, *breac-seunach*, más que a mi propia vida.

TREINTA Y NUEVE

Acabamos de aterrizar en el aeropuerto de Aberdeen y estamos los seis muy excitados. Las obras en la casa de la abuela de Myles han progresado muy lentamente y hemos tardado un año entero en poder venir. Él ha tenido que desplazarse unas cuantas veces a la ciudad para arreglar el papeleo del accidente y ver cómo avanzaban las tareas de reconstrucción, así que ahora está deseoso de llegar y enseñarnos su casita (como él la llama).

Lucy, una de sus primas, y Sheyla se han encargado de supervisar que todo esté listo a nuestra llegada, y aunque me suena raro hasta a mí, no me ha molestado nada que McKenna haya estado en contacto con su ex durante todo este tiempo.

Hemos alquilado una furgoneta para seis, y Félix y JC se empeñan en llevarla. Les hace ilusión conducir por la izquierda, dicen, ¡serán pavos!

En cuanto a Myles, está exultante. ¡Es tan guapo y estoy tan enamorada! Cada día más.

No creáis que después de las confesiones todo fue miel sobre hojuelas, pero cada vez que hemos tenido un problema, lo hemos solucionado hablando. En algunas ocasiones, subiendo el tono un poco más de lo necesario, pero no debéis olvidar que yo estoy acostumbrada a las peleas a muerte.

—Laura —Claudia me saca de golpe de mi ensimismamiento—, díles a estos tontos del culo que visitar el castillo de Leoch no es una opción, es un hecho.

—¡Anda ya, Claudia! Si ni siquiera es real. Además, McKenna nos ha dicho que está donde Jesús perdió la alpargata. No querrás tener que conducir a través de media Escocia solo por ver el decorado de una serie de televisión.

Claudia le da una colleja a su marido y los demás intentamos retener la risa, pero se nos escapa a unos y a otros.

—Solo hay dos horas desde Aberdeen hasta Stirling, lo he mirado en Google Maps, así que no te vas a librar de ir a visitar Leoch, Félix María Tarragó López-Viejo.

Cuando Claudia pronuncia en voz alta los dos nombres y los dos apellidos de su marido, él suele echarse a temblar, pero hoy parece que no lo intimidan los modales bruscos de su esposa.

—¡Y ahora, menos! Eres una acosadora y una abusona. Ya lo eras en el colegio y sigues martirizándome veinticinco años después.

—Un momento —dice Myles, que, gracias a todo el barullo, ha conseguido sentarse frente al volante y está poniendo la furgoneta en marcha—. ¿Cómo es eso de que Claudia te acosaba en el colegio?

Los ojos de Claudia se convierten en dos rendijas, pero Félix ya ha cogido carrerilla y no parece que tenga intención de callarse.

—Sí, me pegaba cuando nadie la veía. Aducía que no podía estar enamorado de ella porque éramos demasiado pequeños para eso.

—Vaya pandilla de pardillos, todos enamorados de nosotras desde la guardería. —Merce estalla en risotadas. Yo le propino una patada en la espinilla por bocazas, porque en teoría Claudia y ella no deberían saber lo que me confesó Myles el día que nos acostamos por primera vez; JC le da un codazo porque se ve que lo suyo también debería haber quedado en secreto, y Claudia, otro porque está enfadada y le da por ahí—. Dejadme en paz, caterva de violentos, ¡me vais a llenar de moratones!

—¡Haya paz! —grita Myles en un tono pacificador—. Lo que tenemos que hacer es enterarnos de si hay o no hay juegos escoceses cerca de Stirling, y si coincide que esta semana hay algunos, aprovechamos y hacemos la visita a los dos sitios el mismo día. Félix, no te librarás de tener que viajar menos de dos horas en coche, esto no es una islita como la vuestra...

—¿Cómo que «una islita como la vuestra»? —lo interrumpo—. Si hace solo dos días presumías de ser más mallorquín que las ensaimadas.

Myles se ríe, pero los demás me dan la razón.

—*Breac-seunach*, en Mallorca soy más mallorquín que la sobrasada, pero en Aberdeen soy más escocés que William Wallace.

Gruño en su dirección, pero después le sonrío. Estoy ansiosa por llegar a su «casita» y meterme en la cama con él. Llevamos unos días de sequía porque he tenido la menstruación, pero os aseguro que la maldita regla no va a privarme de una buena noche de sexo nunca más. Ayer, cuando les contaba apenada a Claudia y a Merce que no podría tener relaciones con Myles hasta dentro de unos días, Merce rompió a reír:

—¿En serio sigues manteniendo celibato los días de regla?

—Pues sí, es un poco asqueroso ponerlo todo perdido de sangre, ¿no te parece? —terció Claudia.

—Yo creo que esas tonterías solo se las creen las mujeres de la edad de vuestras madres. Además, si ese es el problema, os informo de que se comercializan unas esponjas vaginales que van de coña para impedir el sangrado.

—¿Esponjas vaginales? ¿Eso qué es y dónde lo venden?

—Si no fuera por mí, seguiríais viviendo en la Edad Media. Son una especie de tampones, pero mucho más pequeños, y se colocan en el interior de la vagina para detener el sangrado. Lo podéis encontrar en Amazon. ¡De nada!

—¿Y será fácil de quitar y poner? ¡Mira que no tengamos que vernos en la necesidad de ir a Urgencias para que me lo saquen!

Merce chasqueó la lengua contra el paladar.

—¡Que sí, *gilipichis!* Que eso se pone y se saca como un tampón. Estoy segura de que te costará menos que retirarte la copa menstrual esa.

—¡Calla, no me lo recuerdes! Y seguro que tú tienes esponjas de esas, ¿a que me prestas unas cuantas?

—Mírala, la mosquita muerta, ¡unas cuantas, dice!

Pero me las dejó, claro que me las dejó. Y las tengo bien guardaditas en mi neceser para usarlas en cuanto nos dejen a solas a McKenna y a mí.

—En esa calle vive mi primo Liam; después os lo presento, chicas. JC y Félix ya lo conocen de cuando estuvieron aquí hace unos años.

—Sí, aparte de ser como un armario ropero de dos por dos, tiene un aguante con la cerveza que no es normal; no pienso dejarme engatusar de nuevo para hacer una competición a ver quién bebe más —contesta JC.

—¿Te ganó, amorcito? —le pregunta Merce en tono guasón.

—Pues sí, el tío no estaba ni mareado y yo ya había ido a vomitar dos veces. Nunca más. ¡Que se pique con otro!

—Y ahí está mi «casita». —McKenna nos señala un casoplón de tres pisos como si se tratara de un pisito de cincuenta metros.

—Ya te dije que lo de «casita» no era para nada cierto —le comenta Félix a Claudia, que se ha quedado boquiabierta.

Es como una casa de cuento. Aunque está entre otras dos, estas no la igualan en belleza ni en porte. Las paredes son de granito y no tiene balcones; se parece a una de esas matronas vestidas de negro que asustan pero, al mismo tiempo, te dejan intuir lo amorosas que pueden llegar a ser. Del tejado a dos aguas sobresale una ventana; debe de ser un desván, me digo. Es austera a la par que magnífica. Me he enamorado nada más verla.

—¿Podemos llevárnosla a Palma, *porfa, porfa?* —le susurro a Myles cuando me rodea con sus brazos y la observamos juntos.

—Nos iba a salir un poco caro, ¿no te parece?

—¡Pues nos quedamos a vivir aquí!

—¿Y separarte de las chicas?

—Estoy segura de que cabemos los seis en esa casa, y nuestros hijos, y nuestros nietos. —Hago un puchero.

Noto como el pecho de Myles se contrae por la risa. Me da un mordisquito en una oreja.

—Podemos venir siempre que quieras. Tenía intención de alquilarla porque el mantenimiento me está saliendo carísimo. Pero si te gusta tanto, puede ser nuestro nidito de amor.

Me vuelvo hacia Myles y lo beso una vez y otra y otra, hasta que la caricia se vuelve más profunda y nuestros amigos empiezan a carraspear.

—Ni hablar, alquílala. La tendremos para cuando nos jubilemos. De todas formas, ahora no podríamos venir más que algún fin de semana y en verano.

Myles se ríe de nuevo. No ha parado de hacerlo desde que nos confesamos hace un año. Sí, ya sé que os he dicho que hemos tenido algunas peleas, pero era una mentirijilla. Con Myles no se puede pelear; soy yo la que a veces pega cuatro gritos, pero él lo suele arreglar riéndose y haciéndome ver las cosas de forma racional. ¿Qué queréis que os diga? ¡No quería quedar como la mala de la peli!

—Vamos a entrar, ¿no? —dice Merce en tono sarcástico—. ¿O preferís que acampemos aquí, en la calle?

Myles saca las llaves de su bolsillo y las hace tintinear. Yo me acerco a la furgoneta para recoger mi equipaje y Merce viene tras de mí.

—«A veces el paraíso es apoyar la cabeza en el hombro correcto» —me suelta a bocajarro, ¡y se queda tan ancha!

La veo alejarse de mi lado como si no acabara de pronunciar una de las frases más bonitas que he escuchado en mi vida. Y estoy segura de que no está en el calendario que compré el año pasado, y que lleva ya un tiempo escondido en uno de los cajones del aparador en casa de Merce y JC.

Sí, JC se fue a vivir con Merce y nos cedió a McKenna y a mí su pisito de soltero. Le pagamos un alquiler, claro, pero muy bajito. Casi irrisorio.

De todas formas, el punto de reunión sigue siendo el piso de la abuela de Merce, y no es porque Claudia no haya intentado que nos reunamos en el suyo, es que se ve que nos tira más a todos.

Contemplo a mis amigos entrando en casa de Myles; él está en el portal haciendo los honores. De repente se vuelve hacia mí y me hace una señal para que me acerque. Su sonrisa sincera y sus ojos, clavados en los míos, me provocan unos escalofríos maravillosos que me recorren de la cabeza a los

pies.

—«Eres la forma más bonita que ha tenido la vida de enseñarme que vale la pena arriesgarse a amar» —pronuncio en un susurro mientras me acerco a McKenna.

EPÍLOGO

Estoy de pie, ante el altar de Santa Eulalia, esperando a que llegue Laura, mi prometida. Félix y JC están detrás de mí, y más que mis padrinos, parecen mis guardaespaldas.

No me había puesto tan nervioso desde el nacimiento de Megan. Pero es que esto de casarse no es lo mío. Si lo hago es solo porque sé la ilusión que le hace a Laura tener una boda por todo lo alto.

Que ella quiera estar conmigo es motivo suficiente de celebración, ¿no os parece? Hace unos años, en la boda de Claudia y Félix, se me escapó que no pensaba casarme nunca más, que con una vez había sido suficiente, y desde que estamos juntos, Laura no ha intentado hacerme cambiar de opinión, a pesar de que ella se moría de ganas.

Tuve que esperar al nacimiento de nuestro tercer hijo (que fue, al fin, niña) para decidirme. En cuanto me arrodillé ante Laura en la clínica, después del parto tan ajetreado que tuvimos, Ewan, nuestro hijo mayor, empezó a dar palmadas, y Jordi, que solo tenía cuatro años, se sumó a él, aunque no tuviera ni idea de por qué lo hacía.

Los primeros en entrar cuando suenan los acordes de la marcha nupcial son precisamente Ewan, Jordi y Megan (que ha empezado a andar hace apenas unas semanas y parece que se va a caer de bruces a cada uno de sus pequeños pasos); Lucía y Toni (los hijos de Félix y Claudia) y la pequeña Marta (de JC y Merce). Unos pasos por detrás de esa multitud de pajes, viene Seelie, que parece toda una mujercita con su vestido de dama de honor; tras ella entran Claudia y Merce.

Ahora sí que estoy temblando; la próxima en aparecer tiene que ser Laura, del brazo de su padre, pero por alguna razón se retrasa. Los pequeños van llegando y ocupando sus lugares, igual que las damas de honor, pero de mi prometida y de su padre, ni rastro.

Me estiro para tratar de ver qué sucede fuera de la iglesia, como los ocupantes de los últimos bancos, pero no distingo nada. Oigo un ligero barullo ante la puerta, y mi primo Liam, que más parece un actor de una película de época que un invitado a una boda, se levanta y se dirige a la entrada de la iglesia. Yo echo a andar hacia allí también, pero Félix me sujeta por un brazo y me lo impide.

—Liam se basta solito. Yo me acojonaría si lo viera llegar con esa

cara de mala leche.

No estaré tranquilo hasta que no vea aparecer a Laura. ¿Qué estará pasando ahí afuera?

Los niños y ella han dormido en casa de su madre esta noche. A Laura le parecía una soberana estupidez, pero a mí me hizo gracia cuando mi suegra lo propuso.

—Mamá, eso es un cuento chino, como lo de ir de blanco. Por si no lo sabías, aporto al menos tres pruebas que demuestran que no soy virgen.

—¡Tonterías! No pasará nada si por un día no dormís juntos Myles y tú. Al revés: así por la noche, después de la boda, lo cogeréis con más ganas.

—Pues Merce y Claudia dicen que eso de que la noche de bodas sea especial es un mito.

—Pues para mí fue de las más bonitas de mi vida. ¿A quién crees que deberías escuchar: a tu madre o a las descerebradas de tus amigas?

Laura respiró hondo y me miró en busca de ayuda, pero yo tengo claro que siempre hay que darle la razón a la suegra.

—No se preocupe, señora Melis, irán a dormir a su casa los cuatro.

—Y tú, ¿cuándo piensas dejar de llamarme «señora Melis»? El otro día hasta Jordi me llamó así. ¿Quieres hacer el favor de llamarme «abuela», como todos los yernos del mundo?

No le quise decir que en Escocia nunca oí que mis tías llamaran así a mi abuela. ¡Total!, ¿para qué?

—Claro, abuela.

La música empieza a sonar de nuevo y Laura, medio muerta de risa, entra del brazo de su padre. Está preciosa, como siempre. Y sí, se ha vestido de blanco, aunque se haya pasado los últimos meses diciendo que no lo haría.

Cada paso que da hacia mí hace que el corazón me retumbe de alegría. Nunca imaginé que una persona llegaría a completarme tanto como lo hace ella. Cada día a su lado es un regalo.

Algunas lágrimas traidoras inundan mis ojos, y Félix me da unos golpecitos en la espalda. Estoy tan emocionado de saber que esta mujer es y será mía, y yo suyo, que el pecho me va a estallar de gozo.

La risa de Laura se ha calmado y ahora me sonrío. Cuando descubro que está tan emocionada como yo, algo me pellizca el estómago. No creo que se pueda ser más feliz.

Le da un beso a su padre, que va a ocupar el primer banco, junto a su

mujer y a mi madre. Yo lo saludo con una leve inclinación de cabeza y vuelvo a poner los ojos en los de mi prometida.

—*Breac-seunach*, estás preciosa. —Los nervios me traicionan y no se me ocurre ningún comentario menos trillado.

—Y tú, espectacular con esa «faldita», como siempre.

—Ya hablaremos luego de ese insulto a mi *kilt*. —Esbozo mi sonrisa más sinvergüenza y ella me guiña un ojo.

Aún me da tiempo a preguntarle:

—¿Qué ha sucedido allí afuera?

—Nada, unas locas que se han asomado, han visto a un *highlander* frente al altar y estaban dispuestas a entrar para hacerse fotos con él.

Tengo que apretar los labios para que no se me escape la carcajada.

—No querían dejarme pasar si no les prometía que podrían posar contigo después —me susurra.

Niego con la cabeza. La realidad siempre supera a la ficción.

—Menos mal que ha salido Liam y se ha ofrecido a hacerse cuantas fotos quisieran con ellas.

Me ladeo un poco y veo a mi primo en la puerta de la iglesia. Parece que se lo está pasando teta, rodeado de chicas que no paran de ponerle las manos encima y sacarle fotos.

—Esa serie, *Outlander*, ha hecho mucho daño a nuestra sociedad, ¡deberían prohibirla ya! —oigo que le dice JC a Félix en un susurro.

Esta vez sí que no puedo evitarlo: una carcajada sale de mi pecho al tiempo que Merce resopla y Félix, Claudia y Laura me secundan.

AGRADECIMIENTOS

Los agradecimientos son una parte importante del libro. Aunque entiendo que quien los lee y no conoce a los protagonistas puede encontrarlos tediosos, son muy necesarios. Muchas veces, si no fuera por la ayuda inestimable de personas cercanas —y no tan cercanas— a nosotros, no sería posible sacar adelante nuestras novelas.

En primer lugar, quiero agradecer a Cati Serra su ayuda inestimable en lo concerniente a Escocia. Como buena mallorquina de madre escocesa, me ha ayudado muchísimo, y además ha aportado el nombre de Myles a la historia.

En segundo lugar, a Bárbara Sansó, por esta portada preciosa y tan profesional. Su cariño hacia mí no tiene precio, y nunca voy a poder llegar a su nivel en cuanto a regalos. Por cierto, deberíais buscar los cuentos en los que ha hecho ilustraciones; son maravillosas, y las historias, muy bonitas. *Moltíssimes gràcies, Babi.*

A continuación, viene mi caterva de lectoras cero: Marga Petro, Laura Pardo, Marta Moyá, Apol·lonia Salom, Iris Romero Bermejo, Nuria Pazos, María Jesús Valls y, esta vez, tengo que agradecer especialmente a Mariam Orazal y a Marta Gelabert que hayan leído esta historia, que les concierne tanto, para aconsejarme. No he querido hacer un chiste de una enfermedad tan extendida y nefasta como es el cáncer de mama. Ellas me han ayudado a tratarla de la forma más respetuosa posible. Muchas gracias, chicas, por implicaros en un tema tan delicado y del que sin duda sabéis mucho más que yo.

De nuevo tengo que agradecer a Érika Gael su constancia conmigo. Porque me ha ayudado a sacar esta locura adelante, por no haber escatimado las horas que ha perdido junto a mí y por su maravillosa ayuda y su cuidada corrección.

Mis asesoras en Instagram, red social en la que estoy muy pez, han sido mi sobrina, Francina Vidal, y mi compañera de trabajo, Jana Mandilego. Es genial estar rodeada de gente joven que te soluciona lo que a ti te parece un problema insalvable. Muchas gracias, preciosas. Queda pendiente el tema de ver cuál de las dos me llevará la cuenta profesional cuando la ponga en marcha.

Como siempre, a mi familia, Jeroni, Andreu y Maria, que me acompañan sin quejarse, aunque haga carreras maratonianas para acabar un

libro en tiempo récord. Os quiero con toda mi alma, mi vida tiene sentido porque estáis junto a mí.

Y a todas vosotras, por darle una oportunidad a esta novela, que llevaba tiempo tomando forma en mi cabeza y que no lograba plasmar. Espero que hayáis reído y llorado con McKenna y Laura, porque yo lo he hecho y he intentado transmitir esas sensaciones con cada palabra que dejaba sobre el papel. Gracias.

ÍNDICE

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISÉIS

DIECISIETE

DIECIOCHO

DIECINUEVE

VEINTE

VEINTIUNO

VEINTIDÓS

VEINTITRÉS

VEINTICUATRO

VEINTICINCO

VEINTISÉIS

VEINTISIETE

VEINTIOCHO

VEINTINUEVE

TREINTA

TREINTA Y UNO

TREINTA Y DOS

TREINTA Y TRES

TREINTA Y CUATRO

TREINTA Y CINCO

TREINTA Y SEIS

TREINTA Y SIETE

TREINTA Y OCHO

TREINTA Y NUEVE

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

Table of Contents

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISÉIS

DIECISIETE

DIECIOCHO

DIECINUEVE

VEINTE

VEINTIUNO

VEINTIDÓS

VEINTITRÉS

VEINTICUATRO

VEINTICINCO

VEINTISÉIS

VEINTISIETE

VEINTIOCHO

VEINTINUEVE

TREINTA

TREINTA Y UNO

TREINTA Y DOS

TREINTA Y TRES

TREINTA Y CUATRO

TREINTA Y CINCO
TREINTA Y SEIS
TREINTA Y SIETE
TREINTA Y OCHO
TREINTA Y NUEVE
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS